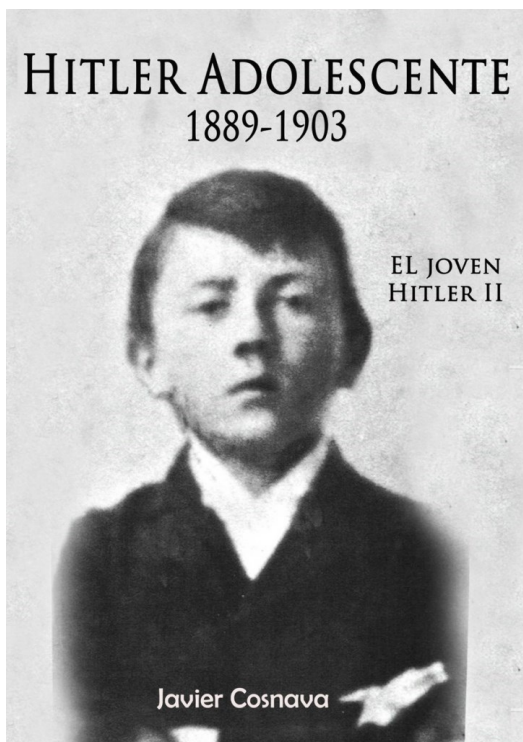


# HITLER ADOLESCENTE

1889-1903

EL JOVEN  
HITLER II

Javier Cosnava



Javier Cosnava

# **Hitler adolescente (1998-1903)**

El joven Hitler 2

Casi todos los libros de Cosnava son gratuitos.

Pero el autor debe poner algún libro de pago para  
poder ganarse su sustento y poder seguir creando historias.

Por ello, siempre que puedas y tu economía te lo permita,  
compra un libro del autor.

De esta forma, la rueda sigue girando...

GRACIAS

Segunda edición digital: abril, 2015  
Título original: *Hitler adolescente (1889-1903). El joven Hitler 2*  
© 2014 Javier Cosnava  
© De la portada, Javier Cosnava  
© Diseño y maquetación: James Crawford Publishing (William E. Fleming)  
**Contacto: [jamescrawfordpublishing@gmail.com](mailto:jamescrawfordpublishing@gmail.com)**

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.  
Todos los demás derechos están reservados.

## **Nota inicial**

Te hayas, lector, ante la novela que narra la infancia y primeros años de adolescencia de Adolf Hitler.

Conocerás a Alois, un padre violento y alcohólico, a su hermanos, a sus profesores y un misterio, el de los demonios de la mente, que el pequeño Adolf deberá enfrentar para salvar su vida y mostrar su verdadera personalidad.

Este libro puede leerse de forma independiente, si bien forma parte de la Saga de “El Joven Hitler”, formada por 5 novelas, todas ellas autoconclusivas pero con un mismo hilo conductor para poder leerse de forma continuada si así se quiere:

1-EL PEQUEÑO ADOLF Y LOS DEMONIOS DE LA MENTE

2-HITLER ADOLESCENTE 1889-1903

3-HITLER, VAGABUNDO Y SOLDADO EN LA GRAN GUERRA 1904-1918

4-HITLER Y EL NACIMIENTO DEL PARTIDO NAZI 1918-1938

5-HITLER 5, LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, AÑO 1939

# PRÓLOGO

EL CÍRCULO SE CIERRA  
Y VUELTA A EMPEZAR

*Yo soy la última esperanza de este mundo.*

***(Adolf Hitler)***

## 1.

Él solo era un niño de cuatro años. Nada más. Se llamaba Adolf Hitler y era el ser más desdichado de la tierra. Su padre le perseguía, le acosaba, le golpeaba día y noche, sin descanso.

—¿Por qué me odias, papá? —le preguntaba, con sus ojos infantiles clavados en aquella bestia, anegados en lágrimas.

Pero Adolf sabía perfectamente por qué le pegaban. Su padre buscaba a Joseph G. Su padre quería saber si le había visto, si había hablado con él últimamente, si seguían en contacto. Sobre todo, quería que le dijese si era todavía capaz de verlo, aunque solo fuera su sombra o un atisbo de su presencia en la casa de Passau donde ahora vivían.

—Dime la verdad —le advirtió su padre, levantando la mano, una mano enguantada que terminaba en un bastón muy fino, una vara de madera capaz de causar un estallido de dolor en la piel similar a un rasguño y con la intensidad del látigo—. Si no me dices la verdad seguiremos con esto hasta que se ponga el sol.

Y Alois, el padre de Adolf, decía la verdad. El niño, subido a una silla, con las pantorrillas cubiertas de verdugones, sabía que aquella bestia sería capaz de torturarlo el día entero, de subir y bajar su vara, de teñir su carne hasta volverla roja, encarnada y hasta que naciesen arañazos teñidos de sangre.

—Dime la verdad —repitió Alois—. ¿Has visto a Joseph G.?

—No lo he visto. No lo he visto desde hace mucho tiempo. ¡Te lo juro, papá!

Pero Alois no le creyó. Y el pequeño Adolf, fue incapaz de descender de la silla, enfrentarse a su torturador o de poner las manos para frenar el siseo de la vara sobre su piel. Rompió a llorar, y eso enloqueció todavía más a su enloquecido padre.

La vara subía y bajaba. Subía y bajaba.

Se estaba gestando un monstruo.



## 2.

La verdadera historia de Adolf Hitler, no obstante, comenzó mucho tiempo atrás; antes de las palizas, antes de Joseph G., antes incluso de haber nacido. Todo empezó medio siglo atrás en el tiempo, cuando su padre, Alois, era tan pequeño como él y recibía las mismas palizas, propinadas por su madre, María Schicklgruber.

—Eres débil, no tienes voluntad —gritaba la bruja—. Igual que tu padre.

Y eso que Alois no tenía padre. A María la había violado un deficiente mental de su aldea y el rostro regordete de su pequeño le recordaba a aquel idiota babeante tumbado encima de ella, babeando y penetrándola contra su voluntad. Por eso le golpeaba y por eso le odiaría hasta el fin de sus días.

El pequeño Alois, por su parte, fue creciendo lentamente, sin saber que aquellas palizas le habían truncado como si fuese la rama de un árbol. Su camino sería siempre oblicuo, tortuoso, como el de esa rama imaginaria. Así, con el correr de los años, se convirtió en un hombre violento, colérico, hasta el punto de asesinar a su primera esposa, Anna Glassl. Una mujer impedida que se ganó su destino a causa de que aquella “guarra” se atrevió a pedir el divorcio (aduciendo una bagatela como el adulterio) y abandonar el hogar conyugal.

—¿Sabes, Anna? —le dijo Alois a la mujer que agonizaba en el suelo luego de que su cabeza hubiese sido golpeada salvajemente con un atizador de la chimenea—. Nunca te perdoné aquella vez que me hablaste como si fuese tu esclavo, cuando me acusaste de ser un adúltero, de no respetarte y de todas esas cosas. Te merecías esto y mucho más. Una maldita coja como tú debería besar el suelo por donde piso en lugar de quejarte por esas menudencias. ¿Acaso esperabas que te fuese fiel? ¿A ti? ¿A tu pata de palo? —Alois se echó a reír—. No, puta, no.

Poco después, Alois se casó con Franziska Matzelberger, una sirvienta que se quedó preñada a propósito para arrastrar al bueno de Alois a un nuevo matrimonio. Él nunca olvidó que intentase manipularle y le propinó palizas durante años, tanto a ella como al pequeño Alois, su primogénito que, aunque compartía su nombre, no se libraba de los golpes y de la ira de su progenitor. Finalmente, cansado de aquella criada que no le merecía, le arrebató la vida contagiándole la tuberculosis, poniéndola en contacto con el esputo de una enferma terminal. Pocos meses después, Franziska agonizaba.

—Yo te contagié la tuberculosis, guarra —le dijo el día en que a la pobre mujer le sobrevino la muerte, tumbada en el lecho, consumida y doliente.

—No te creo, Alois —repuso ella en un hilo de voz—. Tú me amabas...

—Oh, demonios, deja de engañarte, maldita estúpida.

Cuando su segunda esposa murió Alois respiró tranquilo. Estaba enamorado de su prima Klara, una mujer dulce y obediente, mucho más joven que él, a través de la cual esperaba expiar faltas y debilidades, algunas heredadas y otras aprendidas a fuerza de golpes. Alois estaba convencido que gracias a aquella mujer podría ser mejor persona. No ignoraba que era un hombre violento, con accesos de ira, un maltratador y un asesino, aparte de un pedófilo, ya que toda su vida le habían gustado las sirvientas jóvenes de 15 años o menos. Su debilidad le había llevado incluso a preñar y tener que casarse con una de ellas. Pero lo cierto es que le atraían las niñas de 10, incluso de menos años, y hasta Alois, el monstruo, sabía que aquello no estaba bien. Por eso creía que su prima Klara le ayudaría.

¿Y cómo demonios le iba ayudar? Muy sencillo. Durante siglos se había creído que la herencia se superponía; es decir, que si un hombre con una nariz muy larga se casaba con una mujer de nariz chata sus hijos tenderían a tener una nariz normal, ni grande ni pequeña. Y así con el resto de características o rasgos tanto físicos como de la personalidad. Alois sabía que él tenía la herencia de un padre retrasado y violador, de una madre maltratadora. Quería a través de Klara frenar el estigma de su herencia podrida. Pensaba que, al casarse con una persona buena y dulce, toda esa herencia de excesos y de locura se liberaría, y sus hijos nacerían normales. Porque durante toda su vida Alois solo había aspirado a ser normal, a ser un buen funcionario de aduanas y a pasar desapercibido. Toda aquella locura que albergaba en su interior... la odiaba secretamente y quería arrebatársela tanto a sí mismo como a sus descendientes.

Por desgracia, quiso el destino que trabara amistad con un monje en de la orden de San Agustín llamado Gregor Mendel. Su amigo, mientras estudiaba la hibridación de los guisantes, descubrió cómo funciona la herencia del ser humano y le regaló un libro a Alois que cambiaría su vida. Descubrió a través de aquel libro (llamado VERSUCHE ÜBER PFLANZENHYBRIDEN) que la herencia no se superponía, que una persona de nariz larga que se casase con una chica de nariz chata no tendría hijos de nariz normal. Mendel llamó unidades hereditarias (hoy se llaman genes) a aquellas que contienen las características particulares de cada individuo agrupadas en parejas. Así, cuando dos individuos se

reproducen, crean una nueva unidad hereditaria en la que una opción (nariz chata, por ejemplo) deberá ser la dominante mientras la otra (nariz larga) deberá ser la recesiva y aguantarse hasta la próxima generación. Si llamamos a la nariz chata dominante “A” y a larga recesiva “a” nos encontraremos, dado que los genes se agrupan por parejas, que el niño de ambos tendrá una nariz híbrida del tipo “Aa”. Y el hermano Gregor Mendel postulaba que sus unidades hereditarias no se mezclaban, sino que permanecían inalteradas haciendo parejita con alguna característica dominante, preparadas para salir a la palestra cuando las leyes del azar (perdón, las leyes de la genética) así se lo permitieran. Por ello, aunque aquella pareja tuviese hijos de nariz chata, uno de ellos, o tal vez uno de sus nietos, saldría narigón como su padre.

La lectura de aquel libro casi vuelve loco a Alois Hitler, que comprendió que, como su padre era un deficiente mental, bien podría ser que sus hijos heredasen la enfermedad mental de éste. Asimismo, también podrían heredar el resto de características de su personalidad que él odiaba: desde la pedofilia a los accesos de ira, ya que no tenía la menor idea de qué había escrito en aquel código genético (o de unidades hereditarias) y qué escapaba a aquel código.

El monje Gregor tenía que estar equivocado y, para demostrar que Alois era más fuerte que el destino o los genes, envenenó a su amigo y lo disfrazó de enfermedad para quedar impune. Rompió el libro maldito del monje y decidió que todas aquellas teorías eran absurdas, que sus hijos no serían unos dementes, ni unos violadores, ni retrasados mentales, que las teorías que postulaban que la herencia se superponía eran las correctas y sus hijos serían gente completamente normal.

Sin embargo, había olvidado un pequeño punto en su razonamiento, uno esencial: Alois estaba completamente loco. Desde niño veía a tres demonios, a tres seres imaginarios, que le influenciaban, le aconsejaban o le ayudaban en las decisiones de la vida. Sus nombres eran Thomas H., Piotr K. y Joseph G.

Su presencia había sido la única compañía de un niño maltratado durante la infancia, un apoyo en las decisiones de la vida durante la adolescencia y, poco a poco, habían infestado partes de su personalidad, hasta el punto que todas las grandes victorias de la vida las celebraba con ellos. Sin embargo, el día que nació Adolf Hitler le abandonaron.

—¿Os vais? —dijo Alois, incrédulo— ¿Para siempre?

—Sí —reconoció Joseph—. Nuestra misión aquí ha concluido.

—¿Misión?

—Bueno, misión o como quieras llamarla. Todos los seres, sean reales o imaginarios, vienen al mundo para una función y en lo que a ti concierne la función se ha terminado. Nos marchamos y nunca más volverás a saber de nosotros.

Aquel día sería recordado por Alois como el más feliz de su vida. Sus teorías se habían demostrado. Los genes se superponían y una persona dulce como Klara era capaz de contener la ira y la locura que escondía un hombre como él. El nacimiento de Adolf, el primero de sus hijos con Klara que sobrevivió a la infancia, lo demostraba. Ya no tenía aquellos accesos de ira terribles que le obligaban a golpear a su mujer, como sucedía antaño, acababa de tener un hijo varón que perpetuaría su estirpe y la de Klara: además, estaban a punto de ascenderle a recaudador superior de aduanas. Cuando aquello sucediese, contrataría una cocinera y una doncella nueva.

Todo les sonreía por fin y de forma definitiva. Al menos pensó que era definitivo durante cuatro años, unos años perfectos en que su felicidad fue completa.

En 1893, ya ascendido a recaudador superior de aduanas y con la familia trasladada a un lugar mejor en Baviera (en la ciudad de Passau), una noche el pequeño Adolf vino con un dibujo de la escuela. Las maestras le habían pedido que dibujase a su familia. Los Hitler contemplaron arropados junto al fuego del hogar un palo de color rosa que simbolizaba a la madre, Klara; al lado, enorme, un palo con un gran mostacho que no podía ser otro que el padre, Alois. En segundo plano, Johanna, la hermana de Klara, una mujer entregada a la familia, algo jorobada, que vivía con ellos, y a un lado el pequeño Adolf dibujado con la forma de un palo pequeñito de color rojo sangre. Detrás del niño, esbozado con más detalle que el resto, un hombre muy alto que nadie supo entender en un primer momento qué “demonios” hacía allí.

—¿Quién es ese? —dijo Johanna, señalando al desconocido.

—Se llama Joseph —balbució Adolf, al que todavía le costaba hablar.

Alois se incorporó y miró a su hijo con el semblante gélido.

—¿Joseph G.? —Inquirió, en un tono de voz que hacía años que no se había oído en aquella casa.

Joseph G., pensó Alois, el más terrible de los demonios de la mente, el que le había empujado a asesinar y a convertirse en un monstruo. Joseph G. no se había marchado como prometió, solo había cambiado de inquilino. Pero él no podía permitir que aquello pasase.

—¿Qué sucede, tío? —Preguntó Klara, que jamás llamó a su esposo por su nombre y seguía llamándole tío como cuando era una niña pequeña.

—No sucede nada que deba importarte —repuso Alois.

Adolf contempló al principio preocupado y luego aterrorizado cómo su padre se acercaba a una escoba que había apoyada en la pared. La rompió con estrépito hasta convertirla en un palo de madera de 40 centímetros aproximadamente.

—Mañana mismo encargaré una buena vara de sauce a un carpintero —anunció Alois—. Pero por hoy tendré que conformarme con esto.

Y cogiendo a su hijo de la mano, lo llevó a la sala de la lectura, le bajó los pantalones y los calzoncillos... y lo subió una silla.

—Háblame de Joseph G. —le ordenó Alois, con una inflexión en su voz rasposa y sibilante que Adolf nunca había oído hasta aquel momento.

### 3.

De todo aquello hacía más de seis meses. Adolf juraba que solo había visto a Joseph en un par de ocasiones y que desde que su padre le golpeará por primera vez, aquel ser no había vuelto a aparecer. Pero Alois no le creía y cada tres días exactamente, el tiempo que había decidido que necesitaban aquellas nalgas infantiles para curarse mínimamente, volvía a encerrarse con su hijo en el salón de lectura y a preguntarle por aquel ser, aquel engendro que él llamaba demonio de la mente.

—¿Seguro que no has visto de nuevo a Joseph G. ni a ninguno de sus amigos?

—Seguro, papá —respondió Adolf, que ya hablaba casi perfectamente.

Pero la vara volvió a bajar y a golpear sus nalgas, sus muslos, sus tobillos. La sangre manaba escandalosa en varios hilos escarlatas que corrían lentamente por la piel del pequeño Adolf, que de pronto desfalleció y cayó de la silla. Desde el suelo, oyó que su padre le ordenaba:

—Incorpórate y vuelve a tu lugar. Aún tengo que preguntarte muchas cosas.

El niño, temblando de miedo y de cansancio, se puso de rodillas y finalmente en pie. Le costó más de un minuto regresar al pedestal donde le aguardaba la tortura. Alois había levantado de nuevo su vara cuando sucedió lo inconcebible. La puerta de la sala de lectura se abrió y Johanna, la tía del niño y su cuñada, se arrojó a los pies del maltratador. Abrazada a sus rodillas comenzó a llorar:

—Por favor, señor, no golpee más al pequeño Adolf. No se lo merece. Si dice que no ha visto más a esa persona de la que hablan, sea cual sea, estoy segura de que dice la verdad y...

Pero Alois ni siquiera la escuchaba. ¡Había una mujer en su sala de lectura! De niño, su tío Nepomuk, que le había criado debido al desinterés de su propia madre, le enseñó que hay ciertos lugares de la casa que deben estar vedados a las mujeres. Por principio, tal vez por ninguna razón en especial más que el que sean conscientes de su posición secundaria dentro del hogar y por extensión, de la civilización. Su segunda esposa, Franziska, había entrado una vez su sala de lectura y había estado a punto de matarla golpes. Solo se libró porque ya le había revelado que estaba embarazada. Pero aquella maldita enana jorobada, la idiota de Johanna, no podía estar embarazada de él porque en la vida se atrevería a poner sus manos en aquel cuerpo deforme. No, aquella solo era una mujer fea y maleducada que había tenido la osadía de poner en duda su dominio sobre el hogar, exigirle que dejara de golpear al niño, cuando Alois estaba en su derecho a matarlo si lo creía conveniente. Porque Alois creía en la noción romana del paterfamilias, de una persona con un poder absoluto dentro del hogar, dador de vida o de muerte. De hecho, si no fuese a causa de esas malditas leyes que se habían dictado en los estados occidentales, especialmente en el imperio austrohúngaro donde vivían, leyes que tendían a dar derechos a niños o mujeres, personas débiles y secundarias cuya vida no tenía verdadero valor... si no hubiese sido por todas esas nuevas leyes, habría matado abiertamente a su primera esposa Anna, y más tarde a la sirvienta Franziska, sin tener que disimular su asesinato o valerse de una argucia como contagiarle la tuberculosis. Las habría atado a un poste a la entrada de casa, como en la antigua Roma, las habría cubierto a latigazos y se habría ido a tomar un buen desayuno mientras ellas agonizaban. Pero todas esas buenas y sanas costumbres ya no estaban de moda, y Alois no podía tampoco matar a Adolf sin tener que dar explicaciones a la justicia, de la misma forma que tampoco podía matar a la jorobada de Johanna por ser una maldita entrometida y penetrar en su sacrosanta sala de lectura.

Así que se limitó a contemplarla largamente haciendo descender su cabeza hacia aquella figura arrodillada que sollozaba mojándole su pantalón.

Finalmente, se encogió de hombros.

—Llévate al niño si quieres, Johanna —le dijo alejándose de la tullida como si fuese unaapestada y sentándose en un viejo sofá Biedermeier al que le tenía mucho cariño y que llevaba trasladando de mudanza en mudanza desde hacía tiempo—. Pero debes saber que mañana continuaré interrogándole hasta saber toda la verdad.

Johanna le dio las gracias, balbuciendo unas palabras casi ininteligibles, y se dirigió hacia el niño, lo tomó en brazos y trató de restañar las heridas y la sangre con sus propios dedos antes de ponerle los calzoncillos y el pantalón. El niño lloraba de dolor mientras ella introducía una pernera de la prenda, y luego la segunda.

—Tranquilo, Adolf —le decía, susurrándole al oído—. Ahora te voy a curar y ya no te va a doler más.

Pero no era verdad: aquellas heridas iban a durar semanas y dolerle durante mucho más tiempo. Cuando ya habían alcanzado la puerta de la habitación, Alois levantó la voz:

—Una cosa te quiero decir, tullida de mierda —Alois contempló con una sonrisa cómo la mujer se detenía de golpe como si la hubiese alcanzado una descarga eléctrica y luego torcía lentamente su cuello en dirección al señor de la casa—. Hay una cosa que quiero que sepas.

—¿Sí, señor? —La voz de Johanna temblaba. Como siempre, trataba de señor y de usted a su cuñado.

—Quería decirte que, si alguna vez vuelves a entrar en esta habitación, te voy a moler a palos hasta que te mate. No tendré un instante de misericordia como ahora con Adolf. Te juro que si vuelves a entrar... al día siguiente te enterraremos.

Johanna inclinó la cabeza en una especie de reverencia y salió de la habitación todavía temblorosa de la mano de Adolf, que no paraba de llorar.

Cuando Alois se quedó a solas en la sala de lectura, respiró hondo, tratando de tranquilizarse: porque en realidad le hervía la sangre. Se había puesto una máscara de tranquilidad, de aquella vieja crueldad con la que se había vestido en la época en que le habitaban los demonios de la mente. Pero aquellos demonios que capitaneaba Joseph G. se habían marchado y Alois era un actor de sí mismo, imitando al hombre que había sido cuando aquellas bestias le insuflaban su sadismo desde el interior. Ahora ya no era aquel tipo desalmado. Era verdad que creía en el concepto de paterfamilias y que, en su momento, se había sentido con fuerzas para ser un asesino. Pero aquella rabia había huido de su interior y ahora solo quedaba el recuerdo de aquel Alois que fue en la época de los demonios. Valiéndose del recuerdo era capaz de golpear a su hijo, de amenazar a Johanna, de recordar con odio y aversión a sus anteriores esposas asesinadas. Pero él ya no era así y ya no quería ser así. Quería ser un hombre mejor, el Alois más sosegado que Klara había conjurado con su amor.

En otros aspectos, seguía siendo el mismo hombre. Seguía siendo un trabajador del servicio de aduanas de la gran nación de Austria Hungría, seguía siendo un fumador empedernido en pipa, un bebedor de cerveza compulsivo, un fornicador sin medida que perseguía a cuantas mujeres tenía a su alcance; seguía obsesionado por el qué dirán, porque sus vecinos supieran cuánto ganaba, que vestía ropa de los mejores sastres de la capital, y que podía permitirse lujos y vicios que otros solo soñaban. Seguía siendo un apasionado de la apicultura. Le encantaban las abejas, aquel mundo ordenado lleno de colmenas y de hermosos seres que danzaban al son de sus zumbidos y construían galerías interminables de miel para su reina. Con una pequeña fortuna que había heredado tras la muerte de su tío Nepomuk, se había comprado un terreno con sus colmenas en la localidad de Spital, donde entonces trabajaba. Más tarde había vendido su terreno cuando fue trasladado y ahora tenía una finca en Baviera, a media hora de su vivienda en Passau. Todos los días acudía henchido de felicidad a cuidar de sus colmenas, mientras silbaba una cancioncilla de moda. Era más feliz fuera del hogar y las cuatro paredes de su casa. Eso tampoco había cambiado, pero definitivamente, ya no era tan violento como antaño.

En realidad, aunque ni Klara, Johanna, ni por supuesto el pequeño Adolf, pudieran darse cuenta, le había costado mucho esfuerzo torturar al niño. Pero era necesario, porque si el fantasma de Joseph G. habitaba en su interior, eso significaba que el niño, con el tiempo, se convertiría en un asesino, en un monstruo terrible. Alois sabía de lo que aquel ser era capaz y, si el hermano Gregor Mendel tenía razón, sus hijos podían heredar su locura a pesar de haber mezclado su sangre con la de Klara, y todo por culpa de los malditos genes que el sabio había descubierto. Si el niño se iba a convertir en un monstruo que teñiría de vergüenza el nombre de su familia, si Joseph G. había encontrado un nuevo inquilino donde llevar aún más lejos su locura... Entonces tal vez debiera matar a Adolf.

Alois guardaba un frasco de veneno en un armario. Con él se había librado del monje jardinero Mendel y, por un momento, se preguntó si no debía usarlo y acabar con su sufrimiento y con el de su hijo.

—No, esperaré —se dijo, mientras acariciaba el frasco entre sus manos—. Observaré al niño durante los próximos años, veré si realmente habitan en su interior los demonios de la mente. Es mi hijo y debo darle una oportunidad.

Y es que Alois, a pesar de ser un monstruo (lo habitaran ya o no los demonios de la mente) pensaba que era una buena persona. Pensaba que obraba bien y con rectitud. Al postergar la condena a muerte del pequeño Adolf, le pareció que, con ese gesto, demostraba hasta qué punto había cambiado y se había convertido, gracias a Klara, en una buena persona, en una persona mejor.

Porque Alois, aparte de un demente y de un asesino, era un imbécil.

# PRIMERA PARTE

EL MONSTRUO EN POTENCIA

*Cuando finalmente, a la edad de 56 años,  
mi padre se jubiló, no habría podido  
conformarse con vivir como un desocupado.*

*Y he ahí que en los alrededores  
de la población austriaca de Lambach,  
adquirió una pequeña propiedad agrícola;  
la administró personalmente y así volvió,  
después de una larga y trabajosa vida,  
a la actividad originaria de sus mayores.*

*(**Adolf Hitler**, Mein Kampf)*

## 4.

Alois era un hombre extraño y contradictorio. Era el monstruo al que le han abandonado los monstruos (entiéndase demonios de la mente) y que ya no sabía a quién debía rendir pleitesía o quién debía ser en verdad. Seguía pareciendo un funcionario aduanas de clase media con unos ingresos más que respetables, seguía fumando de forma compulsiva y coleccionando pipas que guardaba en una estantería de la cocina, seguía amando las colmenas y todo lo relacionado con el mundo de las abejas, cuyo ordenado microcosmos le daba un instante de felicidad en un universo que, por lo demás, no comprendía; seguía siendo lo que popularmente se llama “un culo inquieto”, y tan pronto conseguía un ascenso y era trasladado a una ciudad diferente del imperio austrohúngaro, ya estaba pidiendo otro ascenso, o una nueva tarea, o presentándose voluntario para cualquier asunto que, inevitablemente, conllevaría el enésimo traslado. Desde que se casara con su dulce Klara, ya se habían trasladado en diez ocasiones y estaban a punto de hacer la mudanza a la ciudad de Linz.

Una tarde del año 1894, cogió Alois Hitler el tren hacia ese último destino mientras cavilaba sobre todo aquello que seguía siendo: borracho, fumador, trabajador de clase media obsesionado por las murmuraciones, amante de la agricultura y “culo inquieto”. Todo aquello le parecía bien y pensaba que eran cosas provechosas, fragmentos positivos de su personalidad. Pero había partes de sí mismo que secretamente odiaba y que, gracias a Klara, estaba intentando superar. Entre esas partes podridas de su persona destacaban la ira extrema, la necesidad de maltratar a los animales de la casa, a sus hijos o a su esposa, la necesidad de matar a quien lo desairaba o el profundo y libidinoso deseo de acostarse con niñas menores de diez años. Todo aquello no formaba parte del Alois Hitler que él quería ser y del legado que quería trasladar a sus hijos. Poco a poco, había comenzado a transformarse, a ser una persona distinta: acaso por eso los demonios habían abandonado. Joseph G. ya no tenía poder sobre él, no podía influirle para cometer asesinatos, no podía susurrarle al oído ideas terribles que contaminaban su existencia. Así pues, Alois estaba en pleno proceso de transformación y se preguntaba qué tipo de persona nacería de todo aquello. Se había sentido mal al torturar a su hijo, el pequeño Adolf, a la búsqueda del estigma de los demonios. Después de un rato, también se había sentido mal por insultar y amenazar a la jorobada de Johanna, por mucho que la despreciase. Todos esos sentimientos, nuevos para él, de bondad y empatía elementales, le hacían sentirse muy satisfecho. Nunca jamás había sentido empatía por ningún ser humano hasta aquel instante. Tal vez una vaga sensación de cariño hacia su tío Nepomuk. Pero nada más. Porque había sido cariño y no empatía. Lo habría estrangulado con sus propias manos si Joseph G. se lo hubiese ordenado.

Sí, ahora lo veía claro. Ella, su esposa, la dulce señorita Klara Hitler (de soltera Poelzl) realmente le estaba transformando. Su dulce Klara y el amor sencillo que sentía hacia ella le estaban convirtiendo en un hombre mejor. Por ello había dejado de maltratarla y luego de violarla cuando no le apetecía tener sexo, y más tarde habían podido tener un perro en casa sin que lo matase a patadas. Tras la última fase de su evolución, ahora se sentía culpable de golpear a sus hijos o de insultar a la tonta y jorobada de Johanna.

—Soy un hombre mejor —se dijo, mientras cerraba los ojos al compás del traqueteo del tren.

Mientras dormía, la imagen de su dulce Klara se mezcló con el ideal de belleza y perfección más alto para cualquier austrohúngaro de aquella época, la emperatriz Isabel de Baviera, más conocida como Sissí. Aquella mujer era un símbolo para cualquier ciudadano del país: la mujer más bella de la tierra, la más libre, la más perfecta.

—Isabel... —balbució Alois mientras se dormía.

Alois había nacido en 1837, precisamente el mismo año del nacimiento de la emperatriz Isabel. Desde muy joven, la había visto al frente de la nación y de la mano del emperador Francisco José. Alois había seguido los diarios y los cotilleos del día a día, las andanzas de aquella mujer. Era cierto que estaba muy mal vista en ciertos círculos, precisamente por sus ansias de libertad en el mundo constreñido de la nobleza, pero ese espíritu rebelde siempre había fascinado a Alois, que tendía de forma natural a ser condescendiente con las mujeres bellas. ¿Y cómo no serlo con la mujer más bella del mundo? Porque eso, ni sus enemigos podían negarlo: Isabel era la mujer más hermosa del viejo continente. Alois llevaba consigo, desde hacía más de dos décadas, una foto de aquella mujer maravillosa que había formado parte incluso de secretos y nunca confesados sueños eróticos mientras yacía con su Klara. Además, el respeto que sentía por aquella mujer le había ayudado a superar el odio ancestral contra las féminas que su tío Nepomuk e incluso el demonio Joseph G. le habían inculcado. Tal vez, de no haber seguido durante años la vida y obra de la emperatriz, nunca habría llegado a respetar y a amar a Klara. Solo la habría utilizado como al resto de mujeres con las que había compartido su existencia.

Sí, aquella era otra de las características esenciales de la personalidad de Alois. Era un admirador ferviente de Sissi. Y aquella, era otra de las características que no pensaba modificar en su transformación a un hombre mejor. Le gustaba admirar a aquella mujer que se había rebelado contra sus obligaciones y contra las imposiciones de su cargo para convertirse, al igual que él, en una persona mejor. Sus deberes en la Casa Real habían sido para Isabel una losa aún más grande si cabe que los demonios de la mente o los genes para Alois. Por ello se sentía íntimamente ligado a aquella mujer de una forma extraña que no sabía explicar.

— Dulce emperatriz...

Alois se despertó en el vagón con un hilillo de baba deslizándose por su mejilla. Se incorporó mientras se lo secaba con el dorso de la mano. Contempló que alguien se había sentado delante de él mientras dormía. Se trataba de una mujer muy anciana cuyo rostro ajado y consumido se ocultaba detrás de un velo oscuro. Llevaba un vestido negro con encajes y unas botas del mismo color. Completaba el conjunto un sombrero de ala ancha, también negro y un abanico de plumas opalescentes.

—Hablabais de la emperatriz en sueños —le dijo la mujer con una voz agria que le recordó sin saber la causa a un ave rapaz.

Alois tenía la lengua seca y se la pasó por los labios, tratando de salivar. Tardó al menos un minuto en poder contestar:

—Sí. Tal vez. Soy un gran admirador de Sissi. ¿Quién no?

Aun a través del velo, los ojos de aquella mujer le escrutaban de una forma tan poderosa que Alois tuvo que bajar los ojos. La anciana abrió la boca para decir algo más, cuando una joven muchacha vestida completamente de blanco, se levantó de su asiento de la fila a la diestra de ambos. Se inclinó sobre la dama:

—Señora condesa, tenemos que apearnos aquí.

La mujer asintió y se apoyó en el hombro de la muchacha mientras se incorporaba:

—Gracias, Irma. —La condesa comenzó a caminar detrás de la muchacha, pero de pronto pareció recordar algo y se detuvo. Volviéndose hacia Alois, dijo: —Un placer haberle conocido. Espero que coincidamos de nuevo en este trayecto.

Alois se tocó el ala de su sombrero en señal de reconocimiento e inclinó luego la cabeza. Una mujer noble, una condesa, alguien de la realeza. Ahora lo entendía. Por eso había sentido la presión y el poder de su mirada. Era como la mirada de los demonios, una visión maravillosa y a la vez terrible. La mirada de alguien con un poder y con una furia especial e incomprensible.

Y es que Alois era un monárquico, y creía realmente que aquellos seres de sangre azul se hallaban por encima de la plebe. Así como él se hallaba de forma natural por encima de las mujeres o de los animales.

Pero el viaje a Linz fue un fracaso. Alois no encontró ninguna vivienda que le satisficiera. Se sentía extraño. Tan pronto pensaba en los demonios de la mente como en Klara, como en la emperatriz Isabel o en aquella condesa cuyo nombre ni siquiera conocía y cuya mirada le resultaba tan temible y a la vez tan fascinante.

Volvió aquel mismo día en tren a Passau, esperando acaso volverse a encontrar con aquella anciana del velo y su mirada escrutadora. Pero no tuvo esa suerte y se sintió terriblemente desamparado nada más llegar a la ciudad. Se metió en su bar predilecto y estuvo bebiendo y fumando hasta las tantas de la noche. Alois Junior, su hijo mayor, aquel que había tenido con la criada Franziska, vino a buscarle ya de madrugada.

—Padre, tenemos que volver a casa —le rogó el muchacho, disimulando el gesto de desprecio que sentía hacia su progenitor.

Alois cogió la cabeza de su hijo y la hizo descender hasta besarle la frente.

—No sabes cuánto siento todas esas palizas que te di cuando eras niño. Estaba poseído por los demonios de la mente. ¡No era yo! ¡No era yo! ¿Lo entiendes?

Alois Junior no comprendía de qué hablaba su padre, ni tampoco le interesaba. Solo esperaba a tener un par de años más para conseguir un trabajo y marcharse de casa. No quería volver a ver en su vida a aquel hijo de puta que le había dado de patadas en el suelo mientras su madre agonizaba de tuberculosis. Pero, de momento, tenía que tragarse su orgullo y esperar a que llegase la hora de abandonar el hogar para siempre. Tratando de fingir una sonrisa, cogió del hombro a Alois y consiguió levantarlo de la mesa.

—Vamos a casa, padre. Es hora de irse a dormir. Si mañana quiere ir a trabajar... tiene que estar mínimamente despejado.

Eso hizo reaccionar a Alois Hitler. Lo primero para él, incluso más que los demonios o que Klara, que la emperatriz o que su evolución hacia un hombre mejor, que cualquier cosa humana o divina, era su trabajo en el servicio imperial de aduanas. Su expediente era intachable: ni una sola baja en todos aquellos años, ni un problema, ni una queja de sus superiores.

—Bien dicho, muchacho. Ayúdame a salir de aquí. Quiero dormir unas horas antes de empezar mi jornada laboral.

Mientras caminaban por la calle, un joven repartidor de periódicos gritaba voz en grito:

—¡Vuelven los rumores de que la emperatriz Isabel se está volviendo loca! Lean las últimas excentricidades de Sissi en el Periódico de Passau. ¡Lean el último escándalo de la emperatriz en Niza!

Alois estiró la mano, intentando coger al pilluelo del pescuezo, pero se hallaba al menos a diez metros en la acera contraria. Lo único que consiguió fue perder el pie y trastabillar peligrosamente, inclinándose sobre la calzada.

—Cuidado, padre, ya casi estamos en casa —dijo Alois Junior, intentando agarrarle un poco más fuerte a pesar de que aquel hombre le doblaba la altura y le triplicaba el peso.

Alois se deshizo del abrazo de su hijo y, no pudiendo coger del cuello al repartidor de periódicos, cogió al pobre Alois Junior de la garganta. Apretó hasta que el muchacho comenzó a ponerse pálido y a sacar la lengua, aterrorizado.

—La emperatriz es sagrada, ¿me oyes? No permitas nunca que nadie mancille su nombre. ¡La emperatriz es sagrada!



Y arrojando a su hijo al suelo, mientras este tosía y escupía bilis, siguió su camino Alois Hitler zigzagueando mientras vociferaba que la emperatriz Isabel de Baviera era sagrada y que mataría con sus propias manos al que le faltase el respeto a la Divina Sissi.

## 5.

Finalmente, Alois encontró una buena fonda para su familia en Linz y se llevó a cabo el traslado número once de la familia. El primer miembro de la misma que se trajo a la nueva vivienda fue al pequeño Adolf. Este le tenía un miedo cerval desde la paliza que le propinara un año atrás (el mismo miedo que había tenido Alois Junior a su misma edad a causa de las mismas palizas) y miraba a su padre abriendo sus grandes ojos infantiles, como si temiera que en cualquier momento pudiese sacar una vara de su gabán y golpearle. Pero esto no sucedió y, en su lugar, fueron pasando lentamente las estaciones del trayecto, mientras ambos iban sentados en aquel viejo tren de provincias y su padre le explicaba anécdotas de la vida de la emperatriz Isabel.

Porque había otra cosa que no había cambiado en el carácter de Alois: su talante obsesivo. Fuera lo que fuese aquello que despertara su interés lo hacía de forma absoluta. Fueran colmenas o tabaco en pipa o abejas o cigarros turcos o jóvenes doncellas y sirvientas de la casa. Mientras duraba la obsesión no pensaba nada más que en una de estas cosas... y ahora le había tocado el turno a la vida de Sissi.

—Desde su más tierna infancia fue una niña extraordinaria, pequeño Adolf. Nuestra emperatriz de Austria y reina de Hungría y Bohemia, no creía en la realeza ¿No es esto algo extraordinario en alguien que ha nacido en el seno de una familia real? Ella se reía de reyes y de príncipes, pero aun así el destino le tenía reservado que, con quince años, el emperador Francisco José I pidiera su mano.

—Los chicos en el colegio dicen que se ha vuelto loca, que habla sola y que aparece con su séquito a horas intempestivas entrando en casas ajenas contra la voluntad de sus moradores. También que hace paseos por la noche, bajo la lluvia, a través de las montañas, como si persiguiera fantasmas.

Alois alargó la mano como si fuera a abofetear al niño, pero se contuvo a tiempo y solo le zarandéo.

—Eso solo son habladurías, Adolf. Estamos hablando de la mujer más extraordinaria del imperio y...

Su padre paró de hablar cuando vio que una mujer, vestida de negro riguroso, entraba en el vagón del tren. La acompañaba una dama más joven vestida de blanco inmaculado, acaso buscando el contraste con su ama. La anciana pareció reconocer a Alois y se dirigió a donde estaba sentado con su hijo. La dama y su doncella tomaron pues asiento delante de Alois y de Adolf.

—Un placer volver a verla, condesa —dijo Alois en un tono melifluido y condescendiente que Adolf no había oído en boca de su padre en toda su vida.

—El placer es mío, señor...

—Perdone mi torpeza, no nos hemos presentado. Yo soy Alois Hitler, recaudador superior del servicio imperial de aduanas.

La anciana hizo una mueca apreciativa que fue visible aún a través del velo oscuro que, como siempre, llevaba sobre el rostro.

—Yo soy la condesa Eugenia de Hohenembs. —La anciana, alargando una mano hacia su derecha y señalando a la joven que la acompañaba dijo—: Esta es mi amiga y acompañante la duquesa Irma de Sztáray.

—De nuevo, un placer —repuso Alois con el mismo tono melifluido.

La anciana volvió a inclinar la cabeza levemente.

Alois quería comenzar la conversación preguntando cómo era posible que dos mujeres de tan alta categoría viajaran solas en el tren, pero por el rabillo del ojo vio a una docena de hombres, tal vez más, de traje oscuro, que habían entrado justo detrás de las dos damas en el tren. Ahora permanecían de pie en la puerta del vagón, sin sentarse a pesar de que había asientos libres, y sin perder de vista a las dos señoras. Uno miraba por la ventana, otro leía el periódico, un tercero parecía ensimismado en la contemplación de sus propios zapatos, pero todos lanzaban constantes miradas esquivas hacia las dos damas. Así pues, comprendió Alois al momento, no valía la pena tocar aquel asunto, ya que era evidente que dos personas de su categoría nunca viajarían solas. Así pues, inspiró hondo y dijo:

—Precisamente estaba hablándole a mi hijo Adolf, acerca de la emperatriz Sissi.

—Ah, el mismo tema de conversación de nuestro primer encuentro —dijo la dama intercambiando una mirada de inteligencia con su acompañante.

—La mujer más intrépida y bella del mundo —dijo Alois, soñador. Y añadió el momento—: Me pregunto si usted, desde su posición, habrá tenido la oportunidad de conocer a la emperatriz Isabel.

—La he visto alguna vez —reconoció la mujer con una sonrisa—. Pero hace mucho que coincidimos.

—¿Y es tan bella, tan intrépida, con tanta resolución y carácter como he leído? ¿Es tan buena amazona que puede atravesar aros de fuego como los especialistas del circo? ¿Realmente es tan grande poetisa? ¿Ha hecho todas esas cosas maravillosas que dicen?

La mujer volvió a sonreír y a intercambiar una mirada con su acompañante. La duquesa Irma soltó una risita y se tapó la boca, como si Alois hubiese dicho algo muy divertido.

—Isabel ha hecho muchas cosas —dijo la anciana— y le han atribuido muchas otras que realmente nunca ha hecho ni dicho. Ahora, incluso murmuran las malas lenguas que se ha vuelto loca.

Alois levantó una mano, cerró el puño y lo agitó con ira.

—Hace un momento le explicaba a mi hijo que todos esos rumores son mentiras, burdas difamaciones de nuestros enemigos en el extranjero.

La condesa Eugenia inclinó la cabeza como si fuese a hacer una confidencia. Se acercó a Alois y le dijo casi al oído con un tono de voz muy bajo, rozando lo inaudible:

—Eso será, señor recaudador superior. Eso será sin duda

Irma y Eugenia volvieron a reír. Alois, aun sin saber de qué reían, se sumó a la carcajada dando un codazo al pequeño Adolf para que este, al menos, sonriese, cosa que hizo estirando sus facciones en una mueca fría, porque entendía todavía menos aquella conversación que su padre. El resto del trayecto lo pasaron hablando de los primeros años de Isabel en la corte austrohúngara. Fue una buena deportista: gran nadadora, gran amazona y montañera. Hablaron también de lo accesible que era para la gente sencilla, a la que hablaba y se dirigía por su nombre, al contrario que otros nobles estirados de la corte que nunca hablaban con inferiores.

Lo cierto es que era una emperatriz extraordinaria para una nación extraordinaria. Austria Hungría era, después de Rusia, el país más grande de Europa. Alois se sentía muy orgulloso de su nación y era un patriota austrohúngaro de los pies a la cabeza. Sus inflamadas soflamas patrióticas hicieron las delicias de las dos nobles damas, que se despidieron poco después seguidas por su séquito de acompañantes masculinos, siempre caminando a escasa distancia como si estuvieran haciendo cualquier otra cosa menos vigilar a unas señoras que pretendían pasar desapercibidas entre la gente común y corriente.

—Es maravilloso haber conocido a dos mujeres de tan elevado estatus social, ¿no es verdad, Adolf?

El niño, aunque todavía no había cumplido seis años, ya sentía un cierto desapego hacia los nobles y sus prebendas. Se encogió de hombros. Él habría preferido conocer a un payaso o a un titiritero que le hubiese hecho reír, en lugar de ver a una vieja estirada y a su acompañante. Pero no dijo nada de eso y prosiguieron camino hasta Linz.

Lo cierto es que Alois se había traído a Adolf en primer lugar (antes que al resto de miembros de la familia Hitler) porque todavía estaba obsesionado con vigilarle. No terminaba de creerse que Joseph G. y el resto de demonios le hubiesen abandonado. Quería tenerlo lo más cerca posible por si en algún momento le veía volverse hacia algo que no estaba allí o conversar en una habitación vacía. Entonces sacaría su vara y, en contra de su voluntad, de su deseo interior de no volver a maltratar a ningún ser humano, le daría una soberana paliza hasta que aquel demonio saliese de su cuerpo. No quería que su hijo fuese un asesino, no quería que su hijo fuese un demente, no quería que su hijo se pareciese a él.

Pero Adolf, en aquellos días, no dio muestras de locura ni de hablar a solas con amigos imaginarios o demonios de la mente. Cuando, pocos días después, llegó el resto de la familia, Klara traía una buena noticia:

—Estoy embarazada —dijo y Alois la abrazó dando muestras de júbilo.

Y lo cierto es que estaba muy contento porque, aunque habían muerto todos sus hijos habidos en el seno de aquella relación excepto Adolf, seguía teniendo la esperanza de que Dios le concediera más descendencia. Sus hijos mayores, tanto Alois Junior como Ángela, le importaban bien poco porque le recordaban a aquella criada que se había dejado preñar para arrastrarle a un matrimonio que no deseaba. Aquellos mocosos tenían la misma cara de idiota que su madre, Franziska Matzelberger. Alois secretamente los detestaba. También los amaba de alguna manera extraña y contradictoria, como casi en todas las cosas relacionadas con aquel hombre. Pero lo cierto es que, pese a amarlos un poco, no disfrutaba de su compañía tanto como de su esposa o de Adolf. Tal vez por eso había sufrido tanto cuando el demonio Joseph G. pareció tomar contacto con el pequeño. Adolf era su mano derecha, el que había de seguir sus pasos en el servicio imperial de aduanas y convertirse en un gran hombre. Tenía muchas esperanzas puestas en él y los demonios de la mente no se las arrebatarían.

Pasaron los meses y Klara dio a luz. Pero Edmund Hitler, desde su nacimiento, fue un niño débil y enfermizo. Todos creyeron que moriría en las primeras semanas de vida como lo habían hecho sus hermanos Idda, Gustav y Otto. Y todos rezaron para que, como su hermano superviviente, Adolf Hitler, el nuevo retoño viviese por mucho tiempo en el seno de la familia.

Cuando el pequeño Edmund, tembloroso y diminuto, fue depositado por primera vez en su cuna, Alois lo contempló largamente con un sentimiento de dicha su corazón:

—Quiero que vivas, pequeño Edmund. Tengo muchas esperanzas puestas en ti. —Se inclinó, introduciendo la parte superior del tronco en la cuna para dar un beso en la frente al pequeñín. Aquel acto de humanidad fue uno de los primeros momentos realmente sensibles y de empatía de aquel monstruo que había sido Alois. Las lágrimas asomaron a sus ojos y se sintió feliz de haberse convertido por fin en un ser humano.

Emocionado por aquel arrebató, abandonó la habitación dejando al pequeño Edmund a solas. El niño, luego de abrir sus ojos al sentir el contacto de aquellos labios en su frente, contempló a una figura borrosa que se alejaba. La puerta de la habitación se cerró tras Alois Hitler.

Edmund era apenas un recién nacido y solo podía ver formas, brumas y sonidos aún ininteligibles. Sin embargo, fue capaz de discernir a aquellas dos nuevas figuras, dos sombras que estaban junto a su cuna. Por descontado, como le había sucedido a Adolf la primera vez que oyera hablar a un demonio de la mente, no entendió sus palabras. Pero

también, de forma instintiva, comprendió que aquellos seres eran sus acompañantes, sus ángeles de la guarda, y se sintió ligado a ellos.

—Alois se va a dar cuenta de nuestro plan. Lo sé. Al final se olerá el engaño —dijo Piotr K. a su compañero.

—No. Para nada —Thomas H. le devolvió a Piotr una mirada de superioridad y jactancia—. Alois es el mismo estúpido borracho y débil de siempre. El mismo cobarde sin voluntad al que su madre apaleaba cuando era un mocoso. No será capaz de anticipar nuestros movimientos.

—¿Y si al final sospecha algo? ¿Qué haremos? —Piotr K. miraba al pequeño en la cuna y a Thomas H., alternativamente, temblando de la cabeza a los pies.

—Entonces peor para él —sentenció Thomas H. frunciendo el ceño—. Si al final se interpone en nuestros planes, llamaremos a Joseph G. Él sabrá que hay que hacer para deshacerse de ese cobarde estúpido de Alois Hitler.

## 6.

Adolf estaba a punto de cumplir seis años en la época en que comenzó a hablarse en casa de la jubilación del padre de familia. Alois Hitler recibió una carta formal, casi indiferente, en la que se le informaba que sus muchas décadas de trabajo en el servicio imperial de aduanas tocarían a su fin en unos meses, el 15 de junio de 1895 exactamente. Cuando leyó la carta, Alois estaba sentado a la mesa con su familia alrededor. Todos contemplaron su gesto de estupefacción, luego un leve encogimiento de hombros, y más tarde vieron como arrugaba y lanzaba al suelo la carta de sus superiores. Aquel hombre que guardaba como oro en paño hasta el último comunicado del servicio imperial de aduanas, acababa de realizar un acto tan impensable que todos dejaron de comer, las cucharas en alto, esperando el desenlace de aquella situación. Alois Junior y Adolf Hitler, que habían sufrido en sus carnes la ira del monstruo, temieron que este fuera a buscar su vara. Klara, a fuerza de compartir la intimidad con él, le conocía un poco mejor; supo intuir el mismo gesto cansado y exhausto que componía aquel hombre cuando, luego de penetrarla y montarla durante cinco minutos en el mejor de los casos, se hacía a un lado en la cama, con la respiración rápida, en silencio.

—¿Un poco más de carne? —preguntó Klara, sin levantar la mirada de la bandeja de Wiener Schnitzel.

Pero Alois negó con la cabeza y permaneció callado al menos otros cinco minutos, ajeno a la expectación del resto de miembros de la familia. Pasado ese tiempo, dijo:

—El siglo XIX se muere y el Alois Hitler que vivió durante este siglo se muere también, se transforma. Da igual cómo lo llamemos. Debo buscar nuevos objetivos para mi vida.

Alois no era una persona que compartiese en voz alta sus pensamientos. Tal vez aquella fuera una primera muestra de aquel hombre nuevo que caminaba hacia el siglo XX alejándose de sí mismo, de los demonios que le habían atezado en el pasado y el ser terrible que había sido y ya no quería ser.

En su búsqueda de aficiones con las que llenar su tiempo, se compró una granja de 4 hectáreas y media en la localidad de Hafeld (Lambach). Realizó también varios viajes en su tiempo libre durante las semanas siguientes, las previas a su jubilación. En casa y durante las comidas seguía más hablador que de costumbre, y apenas chillaba a su parentela. En su lugar reflexionaba en alta voz sobre el siglo que estaba a punto de nacer, del progreso tecnológico, de la concentración de capitales, de que la era de los pequeños burgueses emprendedores había terminado y nacía un nuevo mundo de grandes empresas multinacionales en el que hombres como él, anónimos y diminutos, quedarían engullidos por la sociedad capitalista.

Su familia contempló aquella metamorfosis de Alois Hitler con sorpresa primero, aceptándola progresivamente y por fin con desinterés. Era solo una nueva excentricidad del paterfamilias. Y, en realidad, era la mejor de cuantas excentricidades le habían dominado en mucho tiempo, ya que esta no conllevaba violencia, insultos ni vesania. Sencillamente, aquel hombre al que habían aprendido a amar y a detestar a un tiempo, les impartía clases magistrales sobre economía o política mientras ellos engullían la comida que había preparado su madre.

—Nuestro gran imperio austrohúngaro agoniza —les reveló un día de mayo, apenas a dos semanas de distancia de la jornada en que debería abandonar su trabajo—. Demasiada extensión, demasiados habitantes: austríacos, bohemios, húngaros... Demasiadas nacionalidades. El emperador Francisco José no es como la gran Sissi, es un hombre débil que no ve venir el desmoronamiento del sistema y del propio Estado. Caminamos hacia un mundo donde dominará el petróleo, la electricidad y el ritmo acelerado de los vehículos a motor. Donde las grandes potencias de ultramar y de la Europa central lucharán a brazo partido por el dominio económico. Países como Inglaterra, la nueva Alemania, Francia y sobre todo Rusia o los Estados Unidos. Un mundo donde dominará el capitalismo y solo se opondrán soñadores y revolucionarios de izquierda, anarquistas y terroristas. Un mundo nuevo. Pero mientras ese mundo nuevo evoluciona a gran velocidad... en nuestra patria, Austria Hungría, seguimos avanzando a paso de borrico —Adolf rio y dio un codazo a Ángela que se lo devolvió tapándose la boca con la mano. Tal vez reían de alguna broma privada—. Seguimos siendo un país agrario, atrasado, que no está preparado para el salto de siglo, como llaman los periódicos a esta época que estamos viviendo. Nuestro tiempo se acaba, como el mío en el servicio imperial de aduanas. Porque todo tiene que tocar a su fin.

La época, llamémosla así, “filosófica” de Alois Hitler no duró demasiado. El día que oficialmente se convirtió en un jubilado del gran imperio austrohúngaro, inició un viaje de una semana a su recién adquirida finca en Lambach. Se llevó únicamente al pequeño Adolf a aquel viaje, en el que no solo le enseñó la ubicación de las colmenas que pensaba construir, sino que lo condujo por toda la comarca, ruinas y monumentos incluidos, acabando el trayecto en el convento benedictino de las afueras de la ciudad.

—Siempre me ha encantado el canto gregoriano—le explicó al pequeño Adolf, que avanzaba cogido de su mano por el refectorio y la biblioteca para acabar contemplando unos maravillosos frescos de inspiración bizantina—. He hecho una donación al coro de este monasterio y, cuando seas un poco más mayor, formarás parte de los elegidos que cantan para mayor gloria del Todopoderoso. Todo está hablado. Tan pronto regreses a casa comenzarás tus clases de canto a fin de estar preparado para ese día.

Adolf Hitler enarcó una ceja. Había cumplido seis años hacía exactamente seis semanas. Pero significara lo que significase la conjunción de aquellas cifras, el caso es que el canto le traía totalmente sin cuidado. Aunque fue lo bastante inteligente como para no oponerse a la voluntad del padre.

—Gracias —dijo, sencillamente, inclinando la cabeza—. Espero aprender mucho de esas clases.

—Oh, por supuesto que lo harás: me van a costar mucho dinero. Aprenderás a cantar y lo harás bien por la cuenta que te trae.

Por mucho que Alois se esforzase en abandonar sus viejas costumbres (ser un asesino, un violador, un hombre violento y maltratador) seguía siendo un tipo duro, inflexible y con bastante mal talante. Además, esos eran aspectos de su personalidad que no tenía pensado cambiar, porque creía que eran signos de su fortaleza interior, de la firmeza de su carácter.

—También quiero que seas monaguillo en este convento —añadió entonces Alois Hitler.

—¿Monaguillo? —A pesar de su corta edad, Adolf despreciaba de forma innata a la religión. Sentía aversión, e incluso un odio irracional, hacia aquellos hombres vestidos de negro y aquellas monjas de anchas hopalandas.

—Sí, serás monaguillo. He hablado con el padre Kloster. Me ha dicho que para ser miembro del coro debes tener una sólida formación en la vida religiosa de este lugar. Yo me he mostrado de acuerdo con él.

Ya que todo estaba dicho y todo estaba hablado, no valía tampoco la pena en esta ocasión enfrentarse a los deseos de su padre. Así que el pequeño Adolf esbozó una sonrisa completamente falsa y dijo:

—De nuevo gracias, padre. Será un honor hacer todo lo que usted mande.

Adolf, mientras hacía esta afirmación, no exenta de una cierta ironía, se prometió a sí mismo que llegaría la jornada en que se enfrentaría a aquel gordo estúpido que se creía con derecho a decidir todas sus acciones e intereses en la vida. Pero de momento, con tan solo seis años, aún no estaba preparado para oponerse a aquel adversario. El primer adversario de cuantos enfrentaría a lo largo de su vida.

—Ya llegará el día —dijo Adolf en voz alta.

—¿Ya llegará el día de qué? —preguntó su padre

Adolf tragó saliva. Comprendiendo demasiado tarde que había expresado de viva voz sus pensamientos, se limitó a mentir una vez más:

—Decía que estoy deseando que llegue el día de comenzar mis clases de canto, así como mi servicio en el convento como monaguillo.

Alois miró a su hijo de reojo, levemente consciente esta vez de la mentira y el cinismo que destilaban sus palabras. Pero removió la cabeza, convencido de que debían ser imaginaciones suyas. El crío era demasiado pequeño todavía para albergar ideas complejas como la mordacidad o el sarcasmo. Ni siquiera debía saber lo que eran aquellas cosas. ¿No?

Y echaron a andar cogidos de la mano de regreso a su granja y al ordenado universo de las colmenas que tanto amaba Alois Hitler.

## 7.

Y por fin llegó el día en que Alois Hitler se jubiló. Tenía cerca de sesenta años y mucho tiempo por delante en el caso de que, por supuesto, fuese capaz de disfrutarlo. Porque muy pronto se dio cuenta que su afición a la apicultura no le bastaba, tampoco su interés en el coro del monasterio de Lambach y sus otras actividades musicales. No había pasado un mes desde que abandonara su trabajo, cuando se pudo observar un cambio en su carácter. Estaba aún más serio, aún de peor humor y sus borracheras se volvieron todavía más frecuentes.

—Tienes que buscarte otras cosas que hacer, otras aficiones —le aconsejó su esposa una mañana en que le descubrió, taciturno, observando al pequeño Adolf mientras jugaba a los soldados con unas figuras de plomo que le había regalado su hermana Johanna.

—Dedicaré tiempo que me dé la gana a las aficiones que a mí me parezca —le respondió secamente Alois que, por supuesto, no podía decir ni explicar a nadie que vigilaba a Adolf porque todavía sospechaba que se habían metido en su interior uno o varios demonios que venían persiguiéndole desde la infancia.

—Pero...

—Déjame, mujer.

Klara bajó la cabeza y obedeció, como había hecho durante todo su matrimonio. Murmuró un “naturalmente, tío” y recogió a Edmund, que apenas contaba un año de edad, y lo mecía mientras lo arrullaba con una canción. Luego ambos se alejaron pasillo abajo.

—¿Se aburre, padre?

Alois dio un respingo, sorprendido. Una figura había aparecido a su espalda y le sonreía con una mirada extraña. Se trataba de Alois Junior, que acababa de cumplir trece años y era extraordinariamente alto y desarrollado para su edad. Parecía un muchacho de quince o de dieciséis años al menos.

—¿Decías, junior?

—Le preguntaba si se aburre, padre.

Alois estuvo a punto de responder al muchacho que se metiera en sus propios asuntos. ¿Qué maldita manía había cogido todo el mundo con preocuparse de si estaba o no entretenido luego de su jubilación? Pero no dijo nada: vio algo extraño en la mirada del muchacho, en sus puños cerrados y rabiosos. Alois supo que no quería tener aquella conversación. Hizo un gesto con la mano, de indiferencia y de hastío, hacia Alois Junior, y abandonó el salón de la casa a la búsqueda de un bar donde emborracharse.

Adolf levantó la vista de sus muñecos de plomo y miró a su hermanastro (en realidad, su hermano de padre) y le dijo:

—Si le hubieses dado un puñetazo, habrías salido mal parado. Ha cambiado mucho, pero sigue siendo una bestia y un hombre mucho más fuerte que tú.

—Ese hijo de puta mató a mi madre delante de mí —dijo Alois Junior, con los puños aún crispados y clavándose las uñas en las palmas de la mano—. Y me ha dado más palizas de las que puedo recordar. Ahora comienzo a hacerme mayor y se lo haré pagar.

Adolf negó con la cabeza.

—Ya me has explicado todo eso y yo mismo he recibido los golpes de ese bruto y de su vara. Pero debes ser inteligente y aguardar tu momento. No debes enfrentarte a él ahora que comienzas a ser un hombre. Aún no estás preparado. Tú no eres lo bastante fuerte ni él lo bastante débil. Pero las agujas del reloj juegan en nuestro favor. El día llegará. Solo tienes que sentarte tranquilamente a esperar el momento de tu venganza.

Alois Junior miró a Adolf con renovado respeto. Aquel mocoso no tenía ni siete años y hablaba con la sabiduría de un hombre mayor, casi como si hubiese alguien que le aconsejase y le guiase en sus decisiones.

—Sí. Tal vez tengas razón, hermano. Pero no voy a poder aguantar mucho más tiempo en esta casa ahora que ya no le tengo miedo. Tengo que matarle o que marcharme de aquí.

—Pues entonces márchate. Cuando llegue el día en que Alois esté lo bastante viejo, senil o débil... ya te llamaré.

Alois Junior sonrió.

—Eso sería maravilloso.

Adolf Hitler se levantó del suelo y contempló a su medio hermano con aprobación.

—Sí, será maravilloso. Pero hasta ese día...

Y entonces Adolf dejó de ser y de comportarse como si él fuese realmente el hermano mayor y Alois el más joven: su voz perdió la profundidad y el tono de la sabiduría. Acercándose a la mesa cogió una pistola de madera y se la atendió a Alois Junior. Este, al ver el juguete, dejó de clavarse las uñas en las palmas de las manos, y tomó el arma.

—¿Y esto?

—Había pensado que, ya que tenemos que esperar un tiempo, podríamos divertirnos entretanto. Podríamos jugar a indios y vaqueros —Adolf sonrió y se puso una cinta de plumas en la cabeza—. Yo me pido a Toro Sentado.

Alois Junior sonrió. Por un momento, había olvidado que aquel era su hermanito, un niño pequeño que debería estar jugando a todas horas y no pensando en vengarse de un padre maltratador.

—Yo seré Custer o, mejor, Old Shatterhand —dijo Alois Junior blandiendo un arma imaginaria en dirección a Toro Sentado.

—¿Old Shatterhand?

—Es un personaje de las novelas de Karl May. Old Shatterhand es un germánico como nosotros, pero vive en el viejo oeste. ¿Nunca has leído a May?

—No.

—Pues primero te leo unos párrafos y luego jugamos —dijo Alois, dirigiéndose a la estantería del salón, donde cogió uno de los libros de la trilogía de Winnetou—. Ya verás, te va a encantar.

Y así fue cómo Adolf Hitler conoció al escritor Karl May, su preferido en la infancia y uno de los más leídos o lo largo de toda su vida, hasta el punto que, en la Guarida del Lobo, en la hora final de la caída del Tercer Reich, se encontrarían múltiples novelas del autor entre las pertenencias de Hitler. Porque siempre sería en el fondo un niño soñador que pensaba en términos simples: indios y vaqueros, malos y buenos, amigos y enemigos, como los personajes de las novelas de May.

Por mucho que su mente avanzase, se transformase y se corrompiese, Adolf Hitler siempre sería ese niño soñador, una mente infantil que soñó el viejo sueño de la razón... hasta poblar el mundo de monstruos.



## 8.

—Tengo la sensación de que desaparezco, condesa Eugenia de Hohenembs. Es mucho más que eso, en realidad. Desde que me jubilé tengo la sensación de que solo el pequeño Adolf importa. Yo he dejado de ser el protagonista de esta historia para convertirme en un secundario, no sé si me entiende.

Alois llevaba unas semanas sin acudir a su finca de Lambach. Incluso había descuidado sus amadas colmenas. Se sentía solo, vacío. Sus hijos le ponían nervioso y no soportaba su presencia. Ya nada le consolaba, ni siquiera su amor por la música coral o por las abejas. Aquel mundo ordenado y previsible lleno de hermosos seres alados... ya no le daba esa sensación de unión con la naturaleza que siempre le había aportado. Su obsesión por Adolf se hacía cada vez más fuerte, tanto que ni siquiera ya se trataba de si en su interior anidaba el demonio de la mente Joseph G., o no. Hacía tiempo que ni siquiera se lo preguntaba. Era como si Alois desapareciese, tal y como él mismo había expresado. Era como si ya no fuese lo más importante en aquella historia.

—Le entiendo —dijo la condesa Eugenia, pensativa. Hacía años que no se encontraban en aquel trayecto en tren. El azar había querido que, en aquel preciso instante, sus vidas se cruzasen de nuevo, precisamente en un día en que la condesa se había escapado de su séquito y había viajado sola, huyendo de sus propias obsesiones y de sus propias obligaciones—. No sabe hasta qué punto le entiendo. Creo que incluso la propia emperatriz Isabel le entendería.

Alois asintió. Sí, de alguna forma, lo que él sentía ese momento era lo mismo que la joven Isabel había sentido al llegar a Viena y casarse con el emperador Francisco José. De pronto, ella ya no era la protagonista de su propia vida. Lo eran las obligaciones al Estado, la sombra de su suegra, la archiduquesa Sofía, que intentaba controlar hasta el último acto de la mujer y joven esposa. Ahora era protagonista su condición de Emperatriz y no su persona: Sissí.

—Sissí superó aquellos momentos terribles de su vida a través de la belleza —le explicó Alois a la condesa—. Yo no poseo esa arma ni ninguna otra en realidad frente a Adolf.

La Emperatriz se había valido de su hermosura a toda prueba y de su ascendiente sobre el emperador para, poco a poco, ir arrinconando a la archiduquesa Sofía, a sus deberes y sus obligaciones. Con el tiempo, se había convertido en una mujer rebelde, dueña de sí misma, odiada por la corte, pero capaz de construir su propia vida al margen de los demás.

—La belleza es algo efímero, señor recaudador superior de aduanas —le confesó la condesa, secándose una lágrima a través del velo que cubría su rostro ajado por el tiempo—. Yo misma fui hermosa una vez, hace mucho tiempo. Tal vez no pueda creerlo, pero...

—Naturalmente que la creo.

—Bueno, es usted muy amable. Pero precisamente oculto con un velo mi rostro porque una vez quise valerme de la belleza, como la Emperatriz, para conseguir las cosas que me importaban en este mundo. Pero cuando la belleza se marchó, me sentí sola y vacía como usted mismo ahora que se ha jubilado.

—¿Y cómo superó ese momento, esa desdicha?

—Nunca lo he superado —le confesó la anciana, bajando la cabeza.

Durante unos minutos permanecieron ambos en silencio. El traqueteo del tren disminuía con la llegada a una nueva estación. Alois volvió la vista y vio a un grupo nutrido de hombres armados que abordaba el tren a la carrera. Reconoció a algunos de los hombres del séquito de la condesa y, detrás de ellos, a su acompañante habitual, la duquesa Irma de Sztáray.

—Me han encontrado —reconoció la mujer, haciendo una mueca que, tras el velo, Alois no supo desentrañar si era sonrisa, media sonrisa o acaso un mero gesto de cansancio—. Yo también tengo demasiadas personas a mi cargo, demasiadas obligaciones de las que no puedo escapar, por mucho que le intente.

La anciana se irguió y entregó una tarjeta a Alois.

***Condesa Eugenia de Hohenembs***

***Villa Hermes (Parque zoológico de Lainz)***

—Gracias, señora condesa —dijo Alois con una inclinación de la cabeza.

—Venga a visitarme algún día. Paso mucho tiempo en Corfú y en la Riviera francesa. Pero los veranos suelo estar en esta villa. Pase un día y traiga a su hijo Adolf. ¿Quién sabe? Yo no he podido luchar contra mis propios demonios de la mente y me sigo sintiendo sola y vacía. Pero tal vez usted pueda superarlos.

Alois se quedó sorprendido con que apareciera la palabra “demonios de la mente” en la frase de la condesa. Sin duda se trataba de algo casual, pero a veces no hay que perder de vista el azar como motor de los sucesos de este mundo. Él no le había hablado a la condesa, por supuesto, de Joseph G. ni del resto de los demonios de la mente. Le habría tomado por loco. Acaso aquello era una señal del destino y no sería mala idea hacer una visita a aquella mujer en su villa. Además, nunca en su vida había podido hollar el palacio de un noble de tan alta cuna. Sería una buena manera de disfrutar de su recién ganada jubilación.

—Si nada me lo impide, el año que viene le haré una visita.

—Será un honor recibirle.

Antes de que Alois pudiera corresponder con otra frase de cortesía, el tren se detuvo y completaron su abordaje varios hombres del séquito de la condesa. Iban acalorados, con el rostro enrojecido, como si anduvieran corriendo de aquí para allá desde hacía horas. Entre ellos se hacían aspavientos mientras esperaban que la condesa se incorporase y se llegase hasta ellos. La duquesa Irma de Sztáray, que iba a abrir la boca, sin duda para reconvenir a su señora y amiga por haberse escapado, no tuvo oportunidad de hacerlo.

—Sé bien que es un peligro ir sola por el mundo cuando hay tantos enemigos de las casas reales entre el pueblo llano —dijo la anciana mientras se acercaba a la puerta del vagón—. Sé bien que hay ladrones, estafadores e incluso terroristas que profesan el anarquismo o el nihilismo y pretenden acabar con los nobles. Y nos ponen bombas o nos disparan con pistolas si se encuentran a alguno en su camino. Sé que hay muchos peligros, pero ¿sabéis? No me importan. Hoy he pasado un buen día en el anonimato, paseando y cogiendo el tren como una persona normal, sin tener que sentirme vigilada. He comido en una tasca sencilla y he disfrutado de buena compañía. —En ese momento, se volvió hacia Alois y le hizo una leve inclinación de cabeza—. No me arrepiento de nada y no voy a pedir disculpas a nadie. Así que vayamos al mejor hotel de la localidad y dejémonos de reproches y de tonterías.

La condesa descendió del vagón con aire majestuoso y comenzó a caminar por el andén seguida por su acompañante y su séquito. Qué mujer más extraordinaria, pensaba Alois mientras la veía alejarse. Se preguntó si todas las damas de la corte austríaca serían como Eugenia de Hohenembs o la emperatriz Isabel. Para él, que había odiado a su propia madre, que se había comportado de forma tan injusta y tan bárbara con todas las mujeres de su vida, era importante tener figuras femeninas a las que admirar.

De vuelta a casa, se encontró a Adolf como siempre en el salón. Pero en lugar de jugando, como acostumbraba, a indios y vaqueros con soldaditos de plomo, lo halló leyendo un libro.

—¿Qué haces? —preguntó Alois, aunque resultaba evidente lo que sucedía.

—Leo a un escritor que me ha recomendado mi hermano —contestó Adolf, sin levantar la vista del volumen—. Ahora mismo estoy en las montañas de Arizona con Old Shatterhand y su hermano de sangre, el apache Winnetou.

—Eso está muy bien. Yo no creo que pueda llevarte a las montañas de Arizona, pero tal vez dentro de unos meses vayamos al este del país, a pasar unos días en un palacete de una amiga de tu padre.

Adolf, en esta ocasión, apartó los ojos de su libro y miró fijamente a su progenitor.

—Me gustaría conocer un sitio semejante, padre —Adolf, por supuesto, no le dijo que preferiría visitarlo solo o en compañía de su madre o de su hermano Alois Junior o incluso de su hermana Ángela, pero en modo alguno con Alois.

—Bien, pues quedamos así. Te avisaré cuando vayamos a emprender ese viaje.

El padre se dio la vuelta para encontrarse de bruces precisamente con Alois Junior. Aquella situación no era la primera vez que la vivían. Alois padre vigilaba a Adolf y Alois Junior vigilaba a Alois padre. A menudo lo veía en los rincones, observándolo ceñudo, siempre con los puños crispados.

—No sé qué te pasa, muchacho —dijo Alois, apartando con suavidad al joven para poder pasar—. No quiero pegarte. Ya no soy ese hombre. No me obligues a volver a hacerlo y sal de mi vista.

Alois Junior no dijo nada y se limitó a contemplar a su padre alejándose pasillo abajo en dirección a la habitación de matrimonio. Entonces oyó una voz conocida, una voz que le calmaba en los instantes de tensión como aquel.

—Paciencia, hermano —le aconsejó Adolf—. Paciencia.

Al fondo, Alois, después de entrar en la habitación de matrimonio, se quedó mirando su imagen reflejada en un espejo de cuerpo entero que pendía junto a un armario. Vio su figura difusa, borrosa, como si realmente se estuviera volviendo opaco, como si ya no fuera el protagonista de una historia que alguien estaba contando. Solo duró instante, tal vez fuera un efecto óptico. Pero comprendió que su sensación de pérdida de identidad continuaba. Adolf era la persona más importante de aquella casa y él solo un secundario. El punto de vista había cambiado. No sabía cómo ni sabía por qué. Pero era el momento de pasar el testigo a su hijo.

—¡Si al menos estuviera seguro de que lo que habita en su interior no es ese maldito demonio de la mente de Joseph G.! —le confesó Alois a su propio reflejo en el espejo.

# SEGUNDA PARTE

EL MONSTRUO EN ACTO

*Creo que ya entonces  
mis dotes oratorias  
se ejercitaban en altercados  
más o menos violentos  
con mis condiscípulos.  
Me había hecho un pequeño caudillo  
que aprendía bien y con facilidad  
en la escuela,  
pero que se dejaba tratar difícilmente.*

*(**Adolf Hitler**, Mein Kampf)*

## 9.

Adolf Hitler iba camino de los ocho años. Extremadamente astuto, lector voraz, con una mirada penetrante llena de silencios, estaba preparado para dar el salto al mundo de los hombres. A pesar de su corta edad era ya un manipulador, y se valía de rabietas, de gritos y de enfermedades imaginarias para manejar a su madre, para conseguir cuanto quería de ella. Cuando Alois no estaba en casa, el rey era Adolf... y eso que Alois Junior tenía catorce años, Ángela Hitler trece y el pequeño Edmund, que debería ser el joven rey de la casa, solo dos y medio. Pero el verdadero soberano de aquel hogar era Adolf, que conseguía dominar a su madre con las dosis justas de amor y de requerimientos, de rabia y de enfermedad simulada. Aquel mismo día, como su madre no le compraba el jersey y los pantalones que había visto en una tienda de modas, se hallaba en el suelo, despotricando, chillando, arrastrándose como una culebra sobre el enlosado.

—Quiero esos pantalones de vestir. ¡Los quiero!

Klara había recortado en otras ocasiones la economía familiar para conseguir la ropa que quería al pequeño Adolf, su mimado, el centro de su existencia. Pero aquellos pantalones eran demasiado caros y no podía recortar más el presupuesto familiar.

—Tal vez el mes que viene, hijo. Tal vez...

—¡Ahora!

Klara suspiró y contempló a su pequeño retoño lanzando alaridos en medio del salón, rodando por el suelo sobre sus novelas de Karl May (que había tirado de la estantería), arrastrándose imitando a un reptil hasta la mesa y derribándola desde abajo, quedando cubierto de soldaditos de plomo.

—¡Ahora! —repitió.

Tal vez si cogía parte del dinero que habían destinado para la ropita del nuevo bebé, pensó entonces Klara, que se hallaba embarazada de ocho meses. Tal vez... Suspiró y bajó la cabeza. Si Adolf necesitaba aquellos pantalones, entonces ella tenía que comprárselos.

—Mañana mismo iremos a la tienda y te los compro —concedió la mujer por fin, abriendo los brazos para recibir el esperado premio de aquel niño, de alguna forma un pequeño maltratador, aunque un maltratador diferente de Alois. Klara había sustituido un maltrato físico por uno psicológico, porque ya se había acostumbrado a que la maltratasen y lo encontraba natural.

—¡Me haces muy feliz, madre! —dijo Adolf, levantándose del suelo y acudiendo al regazo de Klara—. Pero mañana es demasiado tarde. Vístete. Iremos a la sastrería del centro en media hora.

La madre asintió con la cabeza y caminó pasillo abajo torpemente, los pies hinchados por su próxima maternidad. Si Adolf había dicho que debían comprar los pantalones aquel mismo día, aunque tuviera náuseas, aunque apenas pudiese tenerse en pie, entonces irían aquel mismo día.

—Muy bien, mi amor. Voy a vestirme.

Mientras Adolf colocaba de nuevo en pie la mesa y ordenaba sus soldaditos de plomo, de mayor a menor, con su escrupulosidad de costumbre, recibió una inesperada visita. Todos en la fonda sabían que Adolf estaba siempre en el salón; aquel lugar se había convertido en una especie de despacho: el lugar donde su hermana Ángela venía a pedirle consejo, el lugar donde el pequeño Edmund venía a jugar con los soldaditos de su hermano, el lugar donde Alois Junior venía a recibir instrucciones. Aquella mañana, el propio Alois Junior, sin embargo, parecía dominado por una extraña resolución. Había perdido la paciencia que tanto le aconsejaba Adolf y no podía más. El niño lo vio en sus ojos y dejó de ordenar sus figuritas de plomo.

—Te vas para no tener que matarle —sentenció Adolf cuando su hermano mayor vino a su encuentro con los labios temblando de emoción.

—Ayer volví a verle en el pasillo antes de que se marchase a los nuevos terrenos que se ha comprado para sus malditas colmenas. Fui a coger un cuchillo de la cocina y lo tuve en mi mano un buen rato. Madre entró dos veces y le dije que quería pelar una manzana. Pero no había manzanas en el cesto. Se habían terminado. ¿Lo entiendes, Adolf? ¡Se habían terminado!

Adolf le entendía. Puso una mano en el hombro del muchacho y esta vez le aconsejó prudencia.

—No pierdas el contacto con la familia. Tienes que pasarte a menudo, sobre todo cuando no esté el monstruo. Pero también alguna vez cuando él se halle entre estas cuatro paredes.

—No puedo. No quiero volver a verlo y...

—Harás lo que yo te diga —ordenó Adolf—. Si dejas de verlo, poco a poco el odio irá disminuyendo. También las ansias de matarle. Esos sentimientos tan poderosos y tan intensos que hay dentro de ti no puedes ni debes menospreciarlos. Si lo haces, cuando el viejo pierda sus fuerzas ya no te sentirás motivado para asesinarle y tu venganza se quedará en nada, así como todo el dolor que llevamos arrastrando estos años. Incluso la muerte de tu madre habrá sido inútil.

Alois Junior reflexionó acerca de las palabras de su hermano. De alguna forma retorcida tenía razón. Llevaba tanto tiempo soñando con matar a su padre que el no hacerlo significaría haber perdido toda su infancia en vano. Desde que su madre muriera cuando él tenía cuatro años, había vivido únicamente para el día de su venganza. Adolf tenía razón. Se debía a sí mismo matar a aquel hombre. No podía quedar impune de nuevo. Alois quedó impune una vez del asesinato de Franziska, su dulce madre. Se lo debía, pues, no solo a sí mismo, sino al recuerdo de aquella mujer buena y dulce que le dio la vida.

—Haré lo que dices. Vendré de visita a menudo y también alguna vez cuando esté mi padre —Alois Junior pronunció las palabras “mi padre” con un asco infinito y volvió a cerrar los puños como siempre hacía, hincándose las uñas en las palmas.

Adolf sonrió.

—Muy bien. Así quiero que te comportes, que no olvides nunca lo que te ha hecho ese hombre. Que cultives ese odio que tienes en tu interior para el día que puedas sacarlo afuera.

Y de pronto el Adolf manipulador desapareció. Su madre había cumplido sus órdenes y venía desde la habitación de matrimonio vestida con un traje gastado que hacía años tendría que haber tirado a la basura. Alois Junior se marchaba finalmente de casa, pero le obedecería y vendría a menudo a verles. Todo sucedía según sus deseos y Adolf volvía a ser un niño feliz de siete, casi ocho años, ingenuo y bueno, enamorado de los juegos infantiles, de las novelas del oeste, de las figuritas de plomo y de los juegos de indios y vaqueros. Un niño pequeño que le dijo a su hermano mayor con una sonrisa: —Alois, ¿por qué no vienes con nosotros al centro? Voy a comprarme un pantalón nuevo y quiero que me veas con él puesto. Quiero que me digas si me queda bien.

Alois Junior contempló a su hermano mientras este le cogía de la mano y se la acariciaba.

—Porfa, hermanito —dijo Adolf, poniendo morritos.

Y Adolf Hitler consiguió, como siempre, lo que pretendía. Fueron los tres de muy buen humor a la sastrería para comprarle unos pantalones.

## 10.

Adolf Hitler vestía como un dandy. Por aquel tiempo, el ideal de hombre perfectamente vestido era el rey Eduardo VII de Inglaterra, que representaba para los sastres el ideal de la elegancia y del comportamiento en el vestir, cosas que estaban íntimamente ligadas. El pequeño Adolf sentía un gran respeto por los ingleses, a los que consideraba hermanos de raza, y le gustaba pasearse frente a los espejos simulando ser Eduardo VII o su homólogo alemán. Lo cierto es que su propio monarca, el emperador Francisco José de Austria Hungría, no le era especialmente simpático, y lo encontraba un tipo fatuo y sin clase. Tampoco le interesaba demasiado la emperatriz Isabel, por mucho que a su padre le obsesionase, o acaso precisamente por esto. Su ideal de monarca estaba más cercano al de Inglaterra o, por supuesto, al de la nueva Alemania unificada. El niño admiraba al kaiser Guillermo II y a veces soñaba con que Austria y Alemania se unieran en el futuro. Por aquel tiempo, sin embargo, muy pocos defendían aquella idea en su país.

—Te he traído un pequeño regalo, mi niño.

Hitler dejó de admirar su imagen eduardiana reflejada en el espejo (se estiró su dinner-jacket, su nuevo esmoquin) y volvió los ojos lánguidamente hacia su izquierda, donde su tía Johanna le mostraba una pajarita negra a juego. Adolf hizo una mueca condescendiente hacia la hermana de su madre y tomó el complemento de sus manos. Mientras lo prendía del cuello de su camisa, dijo:

—No me llames “mi niño”. Ya no soy un bebé.

Johanna, una sombra encorvada y diminuta que a Alois le pasaba siempre desapercibida y que el resto de miembros de la casa observaban de reojo avanzando por los pasillos, siempre silenciosa, asintió de forma vehemente:

—Claro, lo que tú quieras mi niño... Quiero decir Adolf.

—¿Me queda bien la pajarita?

Adolf Hitler estaba deslumbrante y Johanna aplaudió de felicidad.

—Un hombre respetable —le explicó Adolf, repitiendo las palabras de su sastre—. Debe parecer confortable y ligero en su traje. Sin importarle la excelencia y las buenas hechuras de la pieza, un hombre con buen gusto debe dar la impresión de haberse puesto lo primero que ha encontrado en su armario, pero que, a pesar de ello, debido a su gusto insuperable, su ropa de diario está por encima de los vestidos de los domingos de la gente vulgar.

El pequeño dandy estaba pensando en exigir a su madre que le comprase un bastón para completar el conjunto, cuando le llamó la atención que Johanna no hubiese aplaudido ni hecho comentario alguno acerca de su última afirmación. Volvió la vista y la distinguió a su lado, contemplando el enlosado, procurando no llamar la atención. Apenas unos metros más allá, en el umbral de la puerta, estaba Alois Hitler, que repasaba el aspecto de su hijo con desprecio. Meneando la cabeza, le explicó:

—El vestido, hijo mío, es un espejo de la persona que somos. Mostramos al mundo lo que nos hemos ganado en la sociedad y el tipo de persona que hemos alcanzado a ser. Pero cuando uno es un niño que no sabe nada del mundo y no se ha ganado nada por sus propios medios, presumir de vestido es presumir de nada. Porque aún no se es nada y no hay nada de lo que presumir.

Como siempre, Alois había encontrado la forma de golpear con su vara al pequeño Adolf. Al verlo vestido así, como un dandy, sabiendo que había hurtado a través de lisonjas y rabietas el dinero que se necesitaba para otros asuntos de la casa, estuvo a punto de, literalmente, coger su vara y volverlo a subir a una silla como años atrás, cuando le habló por primera vez de Joseph G. Por el contrario, decidió golpearle con una vara imaginaria en su orgullo. Porque hasta él intuía que aquella era una de las debilidades esenciales de su hijo: un enorme y desmesurado orgullo. Viendo como el rostro del niño se tornaba pálido y luego enrojecía de ira y de frustración, entendió Alois que había conseguido su objetivo y que su vara imaginaria había golpeado con fuerza los muslos del pequeño.

—Ahora vístete como lo que eres, como un mocoso, con una chaqueta sencilla y unos pantalones cortos de niño pequeño. Que tu madre te haga la maleta porque vamos a pasar el día fuera. Y no tardes más de media hora porque de lo contrario cogeré la vara. Y esta vez será la de verdad, la vieja vara de sauce que aún guardo en la sala de lectura.

Klara le pidió Alois que permaneciera en casa y postergara el viaje, pero este no le hizo caso. Las razones nada tenían que ver con Adolf sino con el avanzado estado de gestación de su quinto hijo juntos: Paula Hitler. Aún no había decidido el nombre en caso de que fuera varón porque estaba convencida de que sería niña,

—Me queda apenas una semana para salir de cuentas y rezo para que Paula también sobreviva como Adolf y Edmund. Quédate conmigo estos días, por favor, Alois.

—No puedo. Tengo otras cosas en mente —adujo el padre de familia—. ¿Y cómo demonios estás tan segura de que será niña?

—Esas cosas se saben.

Klara se acercó a su hombre y le cogió del antebrazo, reclamando su presencia, pero Alois, que últimamente se mostraba muy cariñoso, la apartó sin violencia, pero con determinación.

—Tengo que irme un día, tal vez dos. Ya he quedado y no puedo echarme atrás. Pero a la vuelta me quedaré contigo el tiempo que haga falta, te lo prometo.



## 11.

Una mansión en medio de un parque zoológico era una excentricidad y solo alguien muy rico como la condesa de Hohenembs podía permitírselo. Adolf, vestido de forma infantil por orden de su padre y para su vergüenza, se paseaba de una sala a otra del palacete, contemplando la estatua de Hermes que franqueaba la entrada al recinto y daba nombre a la mansión: Villa Hermes. Más tarde se detuvo a contemplar los frescos que adornaban los techos de las diferentes estancias, representando el sueño de una noche de verano de Shakespeare. En otra sala encontró frescos y pinturas que representaban luchas de gladiadores romanos y, más tarde, una enorme estatua de Aquiles, agonizando tras ser alcanzado por la flecha de Paris. Todo era tan enorme, diseñado y pensado a escala tan monumental, que el pequeño Hitler se sentía abrumado: por los altos muros, por las torres con centinelas, por las increíbles obras de arte, por las propias estatuas y, más allá, por las rejas del zoológico de Lainz, donde se paseaban libremente diversos animales salvajes, sobre todo jabalíes y corzos.

—Es un placer que haya decidido finalmente aceptar mi invitación —dijo la condesa, luego de que un grupo de sirvientes les acompañaran a un templete a las afueras de la mansión, un lugar que la señora de la casa llamaba “su castillo encantado”. Se trataba de un cenador monumental de madera labrada, rodeado de prados verdes y de uros, venados y otros animales, que pastaban como si estuvieran en medio de la espesura, indiferentes a los hombres y sus locas construcciones.

Alois correspondió con una inclinación de cabeza y afirmó que había venido tan pronto sus obligaciones lo hicieron posible. En realidad, estaba pasando por unos momentos delicados y necesitaba consejo. La condesa enarcó una ceja y Alois prosiguió:

—Recientemente, mi hijo mayor, Alois Junior, se marchó de casa. Ni siquiera pude hablarlo con él. Me dejó una nota y no ha querido ponerse en contacto conmigo desde entonces. Tengo la sensación... —Alois se interrumpió, mientras buscaba la frase justa—: No, tengo la seguridad de que no me comporté bien con él en el pasado y comprendo, asimismo, que ya no puedo deshacer aquel error. Han pasado demasiados años y él no sabría perdonarme. Por otro lado, yo no siento la culpabilidad necesaria por aquellos hechos que mi hijo me exigiría para empezar a perdonarme. Y es que no me siento culpable exactamente de lo que hice, que sin duda fue terrible, sino de haber sido en aquel tiempo un hombre tan abyecto, capaz de actos semejantes. A veces, en el matiz está la diferencia entre lo posible y lo imposible. Y no es posible encontrar un punto de encuentro entre nuestras almas. Nunca podré reconciliarme con mi hijo mayor.

Alois, por supuesto, se estaba refiriendo a las palizas que le había propinado a Alois Junior, pero sobre todo al asesinato de Fanny, la madre del muchacho y de Ángela Hitler. Alois le había contagiado una enfermedad terrible a su esposa para librarse de ella y casarse con Klara. Además, no se arrepentía de haberse librado de la maldita “criada jodevidas”, como todavía la seguía llamando, o de que los demonios de la mente le hubiesen empujado a obrar de aquella manera en lugar de divorciarse de ella y darle parte sus bienes, como hacían el resto de hombres civilizados. Pero los demonios le habían instigado siempre a vivir al margen de la civilización, al margen de la humanidad y de la empatía hacia los seres vivos. Alois odiaba al hombre que escuchaba a los demonios de la mente y se arrepentía de haberlos escuchado, no de haber matado a aquella estúpida sirvienta con aires de grandeza ni de haberle contagiado la tuberculosis, que la tuvo penando durante meses antes de pasar a la otra vida. Sin embargo, todas estas puntualizaciones no podía exponerlas delante de la condesa de Hohenembs (para no escandalizarla) y por eso se había valido de vaguedades para poder explicarse sin explicarse del todo.

—Ya entiendo —dijo la condesa Eugenia, por mucho que no entendiera por completo el fondo de la cuestión—. Aunque no sé hasta qué punto puede ayudaros. He tenido mis propios hijos y con algunos de ellos, con Rodolfo y con Gisela, tampoco tengo una gran relación, aunque sí con Valeria. Cada padre tiene su propia experiencia y acaso para dar consejos ninguno seamos lo bastante bueno. Solo para cometer nuestros propios errores y aprender de ellos.

—Por supuesto, condesa. Pero el asunto de mi hijo es solo una preocupación momentánea. Ya pasará. La tengo en mente y con ella he dado inicio a nuestra conversación. Mas no es exactamente acerca de este asunto del que quería hablarle y pedirle consejo, sino acerca de la emperatriz Sissi.

Eugenia de Hohenembs enarcó de nuevo una ceja.

—Sí. Recuerdo que fue nuestro primer tema de conversación, años atrás. Te declaraste un ferviente admirador de Isabel de Baviera.

—Más que un admirador, en realidad. Por alguna razón que desconozco, la he convertido en una obsesión. Siempre

que tengo dudas, o problemas, que no me siento satisfecho con mi vida... acudo a un álbum con recortes de periódico de la emperatriz. Miro sus fotos, me asombro ante su enorme belleza y tengo la sensación de que ella puede entenderme, como si también se hubiese enfrentado en el pasado con los demonios de la mente que un día habitaron mi cabeza. —Alzando la voz, Alois añadió, temiendo haber hablado demasiado—: Demonios en un sentido figurado, por supuesto. Me refiero a los errores que cometemos en la vida, a las cosas que nos empujan a obrar mal.

La condesa contempló a Alois un instante con nuevos ojos. Siempre escondía su semblante ajado tras un velo, un abanico y, en aquel momento, incluso un parasol cuya sombra se proyectaba sobre su rostro. El óvalo de la cara de la mujer era una tiniebla que prácticamente no podía verse, solo intuirse.

—Así pues, acudís a mí, si lo estoy entendiendo bien, porque habéis recordado que os hablé que he tenido relación con la Emperatriz. Pretendéis acaso que os de alguna explicación acerca de vuestra obsesión, o de las experiencias de la propia soberana, o de esos demonios figurados que habitan en la mente. Que os aconseje sobre vuestra vida y cómo enfrentarla en los años venideros alejada de esos demonios.

Adolf, que se hallaba sentado en el templete detrás de su padre, percibió que la condesa había pronunciado la palabra demonios con un énfasis peculiar; más tarde, se sorprendió de que la mujer alzara una mano hacia uno de sus sirvientes, que acudió presto ante su señora inclinándose:

—Trae mis lecturas de cabecera.

El sirviente, ataviado con una recargada librea, asintió y acudió a la carrera hace un carrito que había las afueras del templete. Poco después llegó con tres libros que depositó sobre la mesa.

—A veces pensamos que los demonios son solo nuestros, que solo en nuestra cabeza hay ciertas ideas locas que bullen y nos convierten en misántropos. La Emperatriz pensaba también que su rebeldía era algo particular, que su enfrentamiento con los nobles austríacos de Viena, su sed de libertad y sus excesos eran algo único. Pero luego advirtió que su primo Luis II de Baviera estaba acosado por esos mismos demonios. Lo vio languidecer y volverse loco hasta que se suicidó ahogándose con su psiquiatra en un lago. Y entonces reflexionó, comprendiendo que los demonios están en todas partes.

—¿En todas partes? —se asombró Alois, echándose atrás en su silla como si algo le diese miedo.

—En todas partes y en ninguna, querido amigo.

La condesa desplegó los libros sobre la madera labrada y, dándoles la vuelta, los colocó a la vista de Alois. El primero era “Palabras de un Rebelde”, de Piotr Kropotkin; el segundo era “Certificación de la Posición del Hombre en la Naturaleza”, de Thomas Huxley; el tercero “Sobre la Desigualdad de las Razas Humanas”, de Joseph Gobineau.

—Hay ciertas ideas, escritos, pensamientos... que no son solo obra del hombre que las escribió. Son fruto de una época. Hay ciertos conceptos que hacen evolucionar o causan la involución de nuestra sociedad. Están en el aire; incluso en el aire que respiran aquellos que nunca han leído estos libros y que, por tanto, podrían creer que no comparten estas ideas. Anarquismo, racismo, darwinismo, selección natural, selección racial... Nuestro mundo está al borde de varias revoluciones que van a cambiarlo todo. Y no solo revoluciones: tal vez grandes guerras, conflictos que vayan más allá de un par de países y sus fronteras. Enfrentamientos mundiales entre todas las potencias. No somos únicos, querido Alois, tus demonios son los demonios de todos.

Adolf observó a su padre, que estaba petrificado en su silla, contemplando aquellos libros que jamás había leído y asintiendo lentamente. El niño, como resultaba evidente, no podía entender el sentido final de las palabras de la condesa, tal vez Alois tampoco lo hiciera por completo. Finalmente, comenzó a aburrirse, estuvo golpeando el suelo con los pies, apenas sin darse cuenta, reproduciendo una canción de moda. Su padre y la condesa siguieron hablando un buen rato sin que él prestara atención. Volvió a hacerlo cuando el tono de voz de su padre cambió y comenzaron a hablar de él. Oyó pronunciar su nombre y se volvió hacia la conversación:

—Pero dejemos de hablar de qué son o dejan de ser los demonios de la mente. Me preocupa más su relación con mi otro hijo. Adolf, aquí presente, es lo único que me queda. En él deposito (ahora que Alois Junior marchó de casa) todas mis esperanzas de futuro. Sueño en que se convierta en uno de los mandos superiores del servicio imperial de aduanas: quiero que siga mis pasos en todo menos en el asunto de los demonios. Quisiera que él no pudiera verlos y que ellos no pudieran influirle.

La condesa puso una mano sobre la cubierta del libro de Joseph Gobineau y dijo:

—Nadie puede librarse de los demonios. Hay quien puede verlos y hay quien no. Pero todos estamos bajo su influencia. A veces creo que quienes los ven, como vos, son los que tienen más suerte. El resto no tienen armas para enfrentarse a ellos porque no conocen de su existencia.

Volviéndose hacia Adolf, la condesa añadió:

—No hablemos más estos temas. El muchacho se aburre. Demos un paseo.

Caminaron por la finca, momento en el que su unió al grupo la inseparable compañera de la de la condesa, Irma de Sztáray. Avanzaron sin prisa entre los prados, entre animales que pastaban y el vuelo de los pájaros carpinteros. La duquesa, con su eterno abanico negro y su sombrilla blanca, y la condesa Irma a su lado, contando anécdotas de palacio con su engolado acento húngaro. A Adolf no le gustaban los húngaros, pero aquella mujer le cayó simpática, porque era hermosa y noble y vestía con clase, algo que Adolf apreciaba por encima de muchas cosas.

Poco después, comenzó a llover, pero la condesa de Hohenembs se negó a detener su paseo, y caminaron bajo el ímpetu de las fuerzas de la naturaleza. La condesa Eugenia parecía poseída, hablando de sus escritos poéticos, rodeada de sirvientes cuyas pelucas volaban, con el rostro deformado, portando combadas sombrillas adicionales con las que intentaban, en vano, protegerla de los elementos.

Finalmente, completamente mojados, regresaron a la Villa Hermes. Mientras su ropa se secaba, escucharon delante del fuego las poesías de la condesa. Alois y Adolf estaban sentados en el sofá menos cómodo, un sencillo Biedermeier (nada que ver con los recargados sillones neogóticos donde reposaban las dos nobles) que, sin embargo, a Alois le

resultaba el más cómodo del mundo. Le encantaba desde niño el estilo sobrio de aquellos divanes y siempre tenía un en su sala de lectura.

Durante horas, oyeron declamar a la condesa su último libro de poemas: “Abandonada”. Adolf bostezó en tres ocasiones. Hasta a su padre, tan devoto de aquella dama, le costaba aguantarse los bostezos, y tan pronto su ropa estuvo seca, devolvieron las batas a la servidumbre y, pretextando que se hacía tarde, se despidieron. Adolf salió el primero de la casa, quedándose de nuevo maravillado ante la estatua de Hermes, absorto en su pose altiva y su casco alado. Poco después, llegaron la duquesa Irma y su padre, acompañando a Eugenia de Hohenembs. Un cabriolet vino a buscarles para conducirles a la estación. El niño subió de un salto y su padre, con un pie ya en el vehículo, se quitó el sombrero y dijo adiós a las damas.

—Espero que un día volvamos a coincidir, queridas señoras.

—Sería maravilloso —dijeron al unísono las dos damas.

—Saluden de mi parte a los tres caballeros que tenían también como invitados este fin de semana. No tuve la ocasión de saludarlos. Siempre los vi a lo lejos, como ahora, y no he podido presentarles mis respetos. —Alois señaló a los tres hombres que había en un banco, justo delante de la gran estatua de Hermes. Inclínándose de nuevo, término de subir al cabriolet y cerró la puerta.

Cuando el coche comenzaba su avance con el habitual sonido de los cascos de los caballos sobre el pavimento, Adolf se asomó a la ventanilla y miró al banco delante del “Hermes der Wächter”, el Guardián, pues así se llamaba la estatua, obra de Ernst Herter. El problema era que allí no había nadie. Ningún hombre. Ningún invitado más que los Hitler.

—¿A qué caballeros se refería? —dijo la duquesa de Sztáray mirando a su señora con preocupación.

—Oh, es una broma privada entre el señor recaudador superior de aduanas y yo. Tú no la entenderías.

Eugenia pidió a su amiga que la dejase un rato a solas paseando delante de la estatua de Hermes y de los hermosos parterres que la rodeaban. Ella la obedeció y la condesa hizo ver que realmente paseaba mientras leía un libro, hasta que, una vez estuvo segura que se hallaba sola y no la vigilaban, se dirigió al banco y tomó asiento. Entonces dijo en voz muy baja, casi inaudible:

—¿Es el niño del que una vez hablamos? ¿También puede veros? ¿O solo el padre?

—¿De quién hablas? —dijo Thomas H., fingiendo ignorancia.

—Lo sabes bien. El niño. Adolf Hitler.

—No, no puede vernos. ¿Pero desde cuándo ese ha sido un obstáculo para nosotros? —terció Joseph G., sonriendo con una mueca grotesca.

La duquesa se volvió hacia su izquierda.

—¿Y tú, vas a permitirlo?

Piotr K se encogió de hombros.

—Ojalá pudiera evitarlo. Nadie me entiende, nadie me escucha. Yo no tengo el poder de ninguno de estos dos. Tal vez en Rusia... Tal vez algún día... Pero no hoy. No ahora.

Eugenia de Hohenembs levantó las faldas de su vestido y entró airada en la Villa Hermes. Los tacones de sus zapatos resonaban sobre la piedra.

—¡Malditos demonios! —repetía una y otra vez.

## 12.

Mirando en derredor, Adolf Hitler concluyó que ahora, por fin, eran una familia numerosa. Y una familia al completo. Alois Junior había venido de visita por primera vez desde que se marchara del hogar casi dos años atrás. Estaba sentado delante de Adolf, a la una en punto de un reloj imaginario que corría de derecha a izquierda en torno a la mesa. Le seguía su hermana Ángela, frutos ambos del matrimonio anterior de Alois con Franziska “Fanny” Matzelberger. A su izquierda estaba el pequeño Edmund, de solo tres años de edad, y finalmente, cerrando la mitad inferior de la mesa, en la posición de las seis, la dulce Klara, la madre de Adolf y la esposa de Alois: la señora de la casa. Concluían el giro de la mesa la recién nacida Paula Hitler, en brazos de su madre; Johanna Poelzl, la tía jorobada de Adolf, siempre atenta, siempre vigilando en las esquinas y en los pasillos como su ángel tullido de la guarda. Más tarde, el propio Adolf Hitler y finalmente Alois, presidiendo la mesa en la posición de las doce.

Todos juntos eran como un reloj siniestro que avanzaba al compás del dictado de sus corazones, hoy acelerados. Y esto era así porque la vuelta del primogénito de la casa había causado un gran desasosiego. Nadie se atrevía a hablar y a romper el silencio. Alois y Alois Junior se lanzaban miradas furtivas, mientras Adolf seguía lanzando sus propias miradas benevolentes y tranquilizadoras a su hermano, miradas que parecían apostillar: “recuerda lo que te dije. Ten paciencia. El viejo caerá. Solo hay que esperar”.

—La comida estaba muy buena —dijo finalmente Alois Junior.

Todos estuvieron de acuerdo. Se dijeron las frases habituales y vacías de sentido. Adolf asintió con la cabeza, como apoyando la reacción de su hermano. La comida prosiguió en un silencio sepulcral.

La familia acababa de trasladarse a Lambach, cerca del lugar donde años atrás había comprado el padre de familia su última granja de abejas. Luego de un tiempo de tranquilidad, tras la marcha del primogénito, el desasosiego había regresado al espíritu de Alois. Por eso había querido visitar a su amiga, la condesa de Hohenembs, por eso volvía a investigar los recortes de la emperatriz Isabel y a interesarse por sus viajes a Munich, su ciudad más querida, y que le recordaba escenas de su niñez en Alemania. La mujer más bella del imperio austrohúngaro y aún de toda Europa, a juicio de los diarios más sensacionalistas, se volvía cada vez más excéntrica, y muchos temían que hubiese heredado los problemas mentales de su primo Luis II de Baviera. Incluso se llegó a rumorear que había perdido definitivamente la razón y la habían ingresado en un psiquiátrico. Aunque luego esto fue desmentido por la familia real, el prestigio de la Emperatriz quedó definitivamente empañado. Todo el mundo la imaginaba sentada en los divanes de los psiquiatras, gente como el doctor Freud, matasanos intentando meterse en la cabeza de una de las más grandes soberanas del mundo para sofocar sus problemas nerviosos.

Pero la obsesión de Alois por la Emperatriz, su álbum de recortes y de noticias, sus borracheras y su consumo constante de tabaco, no pudieron calmarle esta vez. Por eso regresó a otra de sus viejas obsesiones: los traslados de vivienda. Una mañana ordenó a la familia recoger los bártulos y marchar a Lambach, en el norte, en la Alta Austria. Sería el decimosegundo traslado de la familia. Verse en una nueva localidad, con nuevos muebles, con un nuevo entorno, siempre tranquilizaba la mente febril de Alois. La visita del hijo pródigo, de Alois Junior, esperaban todos que, a la larga, también le tranquilizase y que el señor de la casa recuperase la tranquilidad. Una tranquilidad que todos necesitaban para vivir de forma ordenada sus propias vidas, ya que, de lo contrario, Alois se entrometería, gritaría, golpearía o haría cualquier cosa para desbaratar los planes de todo el mundo.

—He empezado las clases de canto, padre —dijo entonces Adolf, con la familia todavía sentada a la mesa, tomando los postres. Alois pareció respirar de forma más sosegada. Otra de sus obsesiones era el canto coral y destinaba una parte de su peculio al convento benedictino donde Adolf había comenzado sus clases. Ya años atrás le había advertido a su hijo que le hacía mucha ilusión que el muchacho aprendiera a cantar y fuese monaguillo de aquella congregación.

—Vas aprender mucho en tus clases, hijo. Estoy seguro que esa nueva percepción del arte que adquirirás te va a servir de mucho en la vida —dijo Alois, mientras daba un bocado a su Sachertorte.

La conversación derivó en adelante hacia aquel asunto del canto y demás temas musicales que agradaban a Alois. Eso hizo que la reunión familiar fuese un moderado éxito y que, cuando Alois Junior se marchó, ambos se dieran la mano: el mayor de los Alois, con 60 años cumplidos, y el menor, de solo 15.

—Hasta pronto, padre —dijo Alois Junior, sintiendo que se le hacía un nudo en el estómago.

—Hasta pronto, hijo —dijo Alois padre.

Cuando el muchacho abandonaba la casa, Adolf pasó a su lado sin saludarle, como si fuese un encuentro casual en el

pasillo. En un murmullo, porque su padre se hallaba al otro lado viendo cómo marchaba su primogénito, dijo el pequeño Hitler:

—Paciencia. El monstruo se derrumbará muy pronto y ambos contemplaremos su caída.

Por la tarde Adolf fue a la escuela de Lambach y cuando terminaron las clases acudió al monasterio benedictino a continuar su entrenamiento en canto gregoriano. Dos de sus compañeros de clase también acudían a la clase de canto. Caminaron los tres por las afueras de la ciudad en dirección al monasterio, mientras hablaban de los últimos cotilleos del pueblo:

—He oído que una gran señorona ha comprado la villa más grande de la ciudad. Se ha instalado con un montón de sirvientes y de cocheros y de criadas.

—¡Hala! —dijo el segundo niño, batiendo palmas—. Tenemos que pasar delante de su casa y ver cómo es esa señora. ¿Será una noble de palacio, de esas de Viena?

Adolf permaneció callado. No le gustaban las conversaciones estúpidas de sus estúpidos compañeros de clase. Aunque no se lo decía a la cara, prefería ahorrarse las palabras y contemplar en segundo plano las conversaciones de los idiotas. Debido a ello, pasaba por introvertido cuando en realidad sucedía que los despreciaba.

—Yo sé cómo es. La vi el otro día por la calle —dijo el primer niño—. Es una señora muy vieja y arrugada con la cara tapada con un velo. Lleva siempre una sombrilla blanca.

Y entonces Adolf Hitler hizo algo que no solía hacer a menudo. Intervenir en la conversación de sus compañeros.

—¿Y no sabrás por un casual el nombre de esa señora? —inquirió, volviendo el rostro.

—Condesa Eugenia de Hohenzollern, creo que oí a mi padre que la llamaba.

Adolf le corrigió.

—¿No habrás oído tal vez condesa Eugenia de Hohenembs?

—Sí, sí —reconoció el niño, recordando por fin—. Eso es lo que dijo mi padre.

Se volvió entonces el muchacho para preguntar a Hitler como conocía el nombre de aquella mujer. Pero Adolf estaba lejos de allí, mirando fijamente en dirección al río Traun, que discurría a los pies del monasterio. El niño conocía aquella mueca de su compañero de clase. Aunque le hiciese más preguntas, ya no le contestaría. Así que siguió conversando con su otro compañero acerca de aquella señora misteriosa que había llegado a la ciudad. Por ello no pudo darse cuenta que Adolf no estaba realmente contemplando el ancho río de aguas parsimoniosas, ausente e indiferente a las conversaciones de sus amigos. Su rostro denotaba un punto de ira y de preocupación. Tenía los labios fruncidos y maldecía en voz baja.

### 13.

Alois no había tenido bastante con el traslado a Lambach y, a los pocos meses, estaba preparando un nuevo traslado, esta vez a la ciudad de Leonding, muy cerca de una de las villas más famosas de Austria Hungría: la Lentia de los romanos, la Linz bañada por el río Danubio.

La familia tuvo que volver a liar sus bártulos e iniciar una nueva vida en una nueva ciudad. El padre de familia vendió también su granja de abejas y compró unos terrenos en los alrededores. Según era su costumbre, la finca se hallaba a una media hora a pie de su casa en Leonding, de tal forma que se obligaba todos los días a dar un buen paseo matinal para cuidar de sus pequeñas y aladas amigas. Esta rutina, aparte de los traslados, era otra de las cosas que conseguían tranquilizar un poco el carácter excitable de Alois.

—Gracias a tu tío abuelo Nepomuk pude comprarme mi primera granja de abejas —le explicó un día a Adolf—. Tras su muerte pude obtener el dinero suficiente para cumplir mi sueño. Nepomuk sabía lo importante que era para mí ese mundo ordenado, ese microcosmos de perfección. Le debo mucho a ese hombre.

Cuando hablaba de Nepomuk, Alois tenía la costumbre de acariciar (acaso de forma inconsciente) un pequeño baúl de no más de un palmo de largo que colocaba siempre sobre la chimenea de cuantas casas terminaba habitando la familia. Se trataba de un pequeño cofre finamente labrado y con incrustaciones de alpaca, que se decía que Nepomuk había comprado en un viaje a la India. Aunque estaba cerrado con llave y nadie sabía su contenido, Adolf siempre pensó que allí había algo de suma importancia, al menos para su padre.

Se trataba, en realidad, del veneno que había utilizado para asesinar a Gregor Mendel, y que el propio Nepomuk le consiguiera años atrás. Y es que, el anciano Nepomuk, en vida, había sido un tipo con un carácter tan monstruoso que no necesitaba ver ni oír a demonio alguno para ser tanto o más despreciable que Joseph G. o que cualquiera de sus amigos.

—Debió ser un hombre extraordinario mi tío abuelo —dijo Adolf, sin quitar la vista del cofre indio. Decidió que en breve fecha conseguiría la forma de abrirlo y descubriría que se ocultaba su interior—. Me hubiese gustado conocerlo.

—Sí, tú le habrías gustado mucho. Estoy seguro.

Y luego Alois calló abruptamente porque sabía que a Nepomuk solo le caían bien las personas con un carácter egoísta y manipulador, el carácter que había tenido Alois en la época salvaje de los demonios de la mente y que intuía que su hijo Adolf guardaba dentro de sí.

—Veo que adquiriste en la librería de segunda mano aquellos libros que te enseñó la condesa en Villa Hermes.

Adolf había cambiado de tema porque había percibido que su padre se había sumido en uno de sus silencios y que le miraba de una forma extraña. El hombre, al oír el título de la condesa y pensar en aquella Villa maravillosa en el parque zoológico, sonrió por un momento, pero luego recordó los tres libros a los que se refería su hijo. Su rostro volvió demudarse.

—Sí. Compré “Palabras de un Rebelde”, de Piotr Kropotkin; y también la “Certificación de la Posición del Hombre en la Naturaleza”, de Thomas Huxley. Aunque me costó un poco más, finalmente conseguí el tercero: “Sobre la Desigualdad de las Razas Humanas”, de Joseph Gobineau. Pero no los he leído todavía.

—¿Por qué?

Alois tardó un momento responder.

—Ya una vez me obsesioné con un libro de un amigo, de Gregor Mendel. Mi obsesión por ese libro me valió cometer un acto terrible. Y no quiero que vuelva ocurrir. Quiero tener estos libros en mi poder por si un día me son necesarios. Pero, al mismo tiempo, quiero alejarme de su influjo, aunque no termine nunca de comprender plenamente qué son esos demonios que me acosaron tiempo atrás.

Alois se refería, por supuesto, al asesinato de Mendel, cuya vida había segado tras descubrir en su libro que, al ser el hijo de un deficiente mental, haberse convertido en un criminal, ver visiones, tener raptos de ira y ser un pedófilo, algunas o varias o todas aquellas características de sus genes se podían “contagiar” a su descendencia.

No quería saber nada más de los misterios que encerraban los libros. No quería tener más explicaciones. Solo quería paz de espíritu, tranquilidad: la seguridad, aunque fuese falsa, de que sus hijos no nacerían locos ni deficientes mentales. Necesitaba auto engañarse, necesitaba ser feliz.

Luego de un suspiro, Alois Hitler colocó los tres libros y su cofre indio encima de la chimenea. Allí los dejó. Como un recordatorio del hombre que había sido y ya no volvería a ser.

—Estoy cansado, hijo. Me voy a una taberna a tomar una copa.

En realidad, iba a fumar como un carretero y a emborracharse hasta perder el conocimiento. Pero “tomarse una copa” quedaba mucho mejor, era políticamente correcto. Si finalmente se emborrachaba hasta ser incapaz de regresar a casa, ya vendría Johanna o alguno de sus hijos a ayudarlo a volver a la vivienda. Durante años esa tarea había sido cosa de Alois Junior, pero ahora que se había marchado, el resto de miembros de la casa debían ayudar a traer al borracho a casa.

—Que lo pases bien, padre —dijo Adolf.

Aquella misma tarde, por primera vez, Adolf interceptó una primera carta de la condesa a su padre. Fue a mediados del mes de mayo de 1898. El correo que recibían en Leonding era en su mayor parte misivas del banco, notificaciones del servicio imperial de aduanas referentes casi todas a la jubilación de Alois, papeles legales y postales de familiares llenas de frases hechas. Pero la carta que la condesa de Hohenembs mandó aquella mañana estaba tan perfumada que Adolf tuvo que dar un paso atrás luego de olfatearla. Jazmines y algo que no supo identificar.

Abrió la carta, la leyó y volvió leerla. Solo pequeña cédula de papel. Apenas dos líneas:

***Deberíamos volver a vernos. Hay un tema que desearía hablar con usted.  
Condesa Eugenia de Hohenembs***

Adolf, previsor, había prestado atención esta vez a los cotilleos. Al día siguiente de que la condesa se trasladara también desde Lambach a Leonding, él ya había oído hablar de aquella mujer del velo en el rostro que había comprado un castillo a las afueras de la localidad. Al igual que la vez anterior, no había informado a su padre. Tampoco se había encontrado con ella en la calle. Adolf no la había visto desde la visita un par de años antes a la Villa Hermes. Alguna vez, mientras paseaba, había creído intuir un vestido negro y una sombrilla blanca a lo lejos, espiándole. Pero nunca se había cruzado con aquella mujer: ella era demasiado inteligente y él ni siquiera había cumplido los nueve años. Aquella mujer podía disponer de coches de caballos, de criados, de espías... y él no tenía nada. Solo la seguridad de que le observaban. Por la noche, cuando su padre regresó a casa ayudado por Klara y Johanna, preguntó por el correo.

—¿Ha llegado algo interesante? —preguntó Alois cuando su hijo le entregó un puñado de cartas atadas con un cordel.

—Nada, padre —mintió Adolf—. Lo de siempre.

Alois, sentado a la mesa, se tambaleaba, se escoraba a derecha y a izquierda como un barco a la deriva. Su cabeza, en un par de ocasiones, estuvo a punto de tocar la madera de cedro. Pero finalmente se incorporó y pidió su libro de recortes de la emperatriz Sissi.

—Dicen que se somete a todo tipo de torturas para estar bella, hijo mío —le explicó a Adolf, que seguía de pie delante de su padre, contemplándole con desprecio—. Baños a temperaturas bajo cero. Curas de hambre. Una dieta rica en leche con lo cara que está. Todo para permanecer bella.

Adolf hizo el gesto de marcharse. Su padre no había reparado en el olor a jazmín que impregnaba todavía las cartas e incluso lo había pasado por alto. Ése era su único temor y la única razón por la que permanecía allí. Pasado el riesgo, no tenía por qué quedarse a escuchar los desvaríos habituales de su padre acerca de la Isabel de Baviera.

—No te vayas, Adolf —le ordenó su padre—. Esa mujer se lo debe todo a su belleza y es algo que quiero que entiendas.

—¿Por qué?

—Porque todos tenemos que alcanzar nuestros objetivos de alguna forma. A través de la inteligencia en algunos casos. A través de la fuerza bruta en la mayoría. A través de la astucia en contadas ocasiones. A través de la belleza sobre todo si has nacido mujer. Cada uno tiene que valerse de sus armas y ella supo utilizar las suyas para alcanzar la libertad a pesar de todas las limitaciones de su cargo. Ella se sirvió de los demonios que la acosaban en Viena, de todos esos nobles que la obligaban a ser quien no quería ser. Consiguió librarse de los demonios de la corte como yo me libré de los demonios de la mente. ¿Lo entiendes?

Adolf Hitler entendía que su padre era un imbécil que desvariaba. Un imbécil que le había molido a palos de niño por haber dibujado a Joseph G., pensando que así conseguiría alejarlo de su influencia. Pero se calló y asintió con la cabeza.

—Ojalá hubiera un retrato de ella que no sea antiguo. Desde el matrimonio de su hija Valeria no ha permitido que nadie le tome una instantánea ni pinte un cuadro. Se ha vuelto celosa de su vida privada y nos ha dejado a nosotros, sus súbditos, huérfanos. ¡Cuánto daría yo por una foto de hace menos de diez años de la emperatriz!

Se quedó Alois en silencio, acariciando el último retrato que poseía de Sissi, uno del matrimonio de su hija Valeria en 1890. No dijo nada durante más de cinco minutos y Adolf llegó finalmente a la conclusión de que se había olvidado de él. Moviéndose apenas los pies, en un avance silencioso, dejó el salón de la casa y los despropósitos de su padre.

Aquella tarde, mientras iba de camino a sus clases de canto en la cercana Linz, Adolf olvidó por un momento tanto a su padre como a la condesa. Le encantaba la ciudad de Linz, la ciudad más alemana del imperio austrohúngaro. Porque Adolf amaba todo lo alemán, no solo al kaiser Guillermo II, sino que comenzaba a sentirse más unido a los germánicos que al pueblo austríaco al que pertenecía. ¿Qué eran al fin y al cabo los austríacos sino alemanes?, pensaba. Desde que Bismarck unificara los diferentes estados germánicos, se habían convertido en un pueblo orgulloso, en un pueblo en ascenso en lugar de una nación en decadencia como Austria Hungría. Ojalá los austríacos pudieran unirse a los alemanes en una Gran Nación que dominase Europa entera.

—Dominar Europa entera. Qué sueño tan maravilloso —murmuró en voz alta mientras caminaba.

Tan embebido se hallaba en sus pensamientos que no reparó en una mujer que, apenas a un metro, se cruzaba con él por una calle lateral. Se trataba de una dama anciana con un vestido de negro riguroso y un velo que le tapaba el

rostro. Llevaba una sombrilla blanca en la mano y, cuando el muchacho pasó a su lado, se lo quedó mirando largamente.

Y luego le siguió a distancia durante los más de cuarenta y cinco minutos que separaban la ciudad de Leonding de la noble villa de Linz.



## 14.

Se hospedaban en el hotel Beau Rivage, en Ginebra. Se trataba de un hotel moderno, de reciente construcción, con vistas al Mont Blanc y junto a un lago de aguas cristalinas.

Un lugar de lujo que no solía albergar a gente como los Hitler.

Adolf esperó hasta que su padre se quedó dormido nada más meterse en la cama, todavía leyendo el periódico con los dedos agarrotados. Habían sido muchas las horas de viaje en tren desde que recibieran la misiva de la condesa. El viejo estaba agotado.

La maldita misiva de aquella puerca entrometida, musitó Adolf, y condujo su pensamiento al pasado, a dos días atrás, al instante justo en que un lacayo llamó a su casa a última hora de la tarde.

—Traigo una carta para el señor Alois Hitler —dijo el hombre, vestido con una levita negra, en tono engominado. Adolf reconoció al momento a uno de los sirvientes de Eugenia de Hohenembs, pero como su madre había abierto la puerta en persona, no pudo interceptar la misiva como otras veces. La mujer la tomó y la guardó en un bolsillo de su delantal.

—Ahora mismo no está. Ha salido por un asunto de negocios —mintió la mujer, que no podía decirle a aquel hombre tan estirado que su marido estaba emborrachándose en la taberna de la esquina—. En el momento en que regrese le entregaré el correo.

—Muchas gracias —dijo el asistente con una inclinación de cabeza.

—A usted —repuso Klara.

Cuando, cuatro horas más tarde, llegó tambaleándose un errático Alois a la casa, leyó la misiva de la condesa con ojos desorbitados:

***Me ha extrañado que no respondiera a mis otras cartas.***

***Pero da igual. Lo que cuenta es que ahora el asunto es urgente.***

***Le espero en 48 horas en el hotel Beau Rivage de Ginebra (Suiza).***

***Se trata de algo muy importante. Si viene, podrá conocer a la emperatriz Isabel.***

**Eugenia de Hohenembs**

***PD: Traiga a su hijo pequeño, es imperativo que lo haga.***

En el sobre se incluían los billetes de tren necesarios para llegar a Suiza y la reserva del hotel en Ginebra. Y también una generosa cantidad de dinero para gastos. Pero todo aquel asunto no le sorprendió tanto a Alois como la referencia en la carta a unas misivas anteriores que él no había recibido. Preguntó a Johanna, que normalmente se ocupaba del correo, si habían llegado cartas anteriores de la condesa. La pequeña mujer, que sabía de sobras que Adolf había estado hurgando en el correo desde hacía tiempo, negó cualquier conocimiento del asunto y se limitó a mirar de reojo al pequeño, colocando su cuerpo diminuto y jorobado en la línea de visión de Alois con el niño, como tratando de protegerle de la ira del monstruo. Y el monstruo, por supuesto, desgranó su ira por toda la casa, aunque no de forma especial hacia Adolf. Rompió a manotazos la cubertería, lanzó varios jarrones al suelo y, algo más sereno, le preguntó a su esposa por aquellas cartas nunca recibidas, también a su hija mayor, a Ángela e incluso al pequeño Edmund. Repartió un par de bofetadas gratuitas antes de acercarse a Adolf y preguntarle:

—¿Y tú? ¿Sabes algo?

—Nada en absoluto, padre, se lo prometo.

Alois miró fijamente a los ojos de su hijo, dentro de los ojos de su hijo, y no supo distinguir la mentira. Era difícil hacerlo con un ser como Adolf Hitler. Finalmente, se encogió de hombros y dijo:

—De cualquier forma, quiero que vayas a tu habitación y prepares tu maleta. Esta vez sí puedes ponerte esos pantalones caros y esa chaqueta de Dandy que te ha comprado tu madre —Alois sonrió, irónico—. Nos vamos a Suiza.

Todo aquello había pasado algo menos de dos días atrás. Ahora se hallaban en un hotel en el extranjero, y Adolf había aguardado pacientemente a que el ogro se durmiese antes de poner en marcha la primera parte de su plan. Vestido con sus pantalones de buen corte y su esmoquin, descendió hasta el vestíbulo del hotel y preguntó por las habitaciones de la condesa de Hohenembs. Un recepcionista estirado miró hacia abajo con gesto de desprecio, hacia aquel diminuto muchacho que vestía pobremente, a sus ojos, comparado con nobles, duques y duquesas. Le indicó con indiferencia la planta donde Eugenia había alquilado diez habitaciones para ella, sus acompañantes y la servidumbre. Adolf dio las gracias y se encaminó hacia el ascensor. Apenas dos minutos después estaba llamando a la habitación 23. Luego de pasar el obstáculo de un sirviente y de un ayuda de cámara, y hasta la vigilancia de la duquesa Irma de Sztáray, se halló por fin delante de la condesa Eugenia.

—Dejadnos solos —dijo la mujer, en dirección a Irma, que inclinó la cabeza y abandonó la estancia.

Eugenia de Hohenembs había envejecido años vista en los dos últimos meses. Tenía sesenta años, pero aparentaba más de ochenta. Delante de Adolf se había quitado su velo y su rostro mostraba la terrible verdad: una masa de carne arrugada y avejentada. Se trataba de una mujer de un metro setenta y cinco de altura y no pesaría más de cuarenta kilos. La extremada delgadez había consumido sus facciones y acrecentado los surcos de su piel. Era una sombra de la mujer que había sido.

—Sé lo que eres —dijo la condesa, mirando a Adolf con desprecio.

—Y yo sé quién eres —repuso el pequeño inclinando la cabeza a un lado en señal de indiferencia. Pero en realidad se trataba de un desafío, como si quisiera decir: “No te tengo miedo y me da igual lo que hayas preparado en mi contra”.

La mujer se incorporó ayudada de un bastón. Temblaba de la cabeza a los pies. Aquel paso rápido y decidido que Adolf contemplara apenas unas semanas atrás, cuando ella le perseguía por las calles de Linz o de Lambach o de Leonding... Ese paso resuelto había desaparecido. El peso de los años, de los excesos, o tal vez todas aquellas curas de hambre que los periódicos afirmaban que seguía, le estaban pasando factura. Su salud se había resquebrajado y aquella batalla contra Adolf, el pequeño demonio, era su última batalla.

—¿De verdad sabes quién soy? —preguntó la mujer, con voz cansada.

—Oh, sí, Divina Emperatriz Sissi. Tengo casi diez años y no soy ningún idiota. Poco a poco las piezas fueron encajando. Una mujer tan importante que viaja de incógnito, bien debe hacerlo bajo un nombre supuesto. Una mujer que viaja de incógnito puede perfectamente sorprenderse al encontrarse con un recaudador de aduanas que la adora en secreto, y con el que coincide por casualidad en un tren sin saber que tiene delante al objeto de su obsesión y de su deseo. Una mujer que viaja de incógnito se emociona ante la devoción sincera de un ciudadano anónimo, un idiota llamado Alois que no se da cuenta que hace años que nadie ha podido hacer un retrato de la Emperatriz porque ella no quiere mostrar su rostro, devorado por la edad. —En este punto, Adolf sonrió con malicia—. Lo he visto en las mujeres de mi entorno, incluso en las madres de mis compañeros de clase. Una mujer puede permanecer bella hasta los treinta, si se cuida, hasta los cuarenta, incluso bordeando los cincuenta gracias a muchas cremas y afeites. Pero a partir de los cincuenta la cosa se hace complicada. Tal vez en un futuro, con los avances de la cosmética, las mujeres puedan permanecer bellas aún más tiempo, pero a día de hoy, ni siquiera la mujer más bella del mundo puede permanecer hermosa más allá de los cincuenta años. Y vos, Divina Emperatriz, estáis a punto de cumplir sesenta y uno. Sois una vieja que se protege de la verdad detrás de un velo para que nadie vea los estragos que el tiempo ha cincelado en una faz que un día fue alabada por su hermosura.

—Yo hice de la belleza mi lanza y mi escudo, bien es verdad —dijo Isabel Eugenia de Baviera, más conocida como Sissi—. Gracias a ella pude ser libre en medio de los cortesanos de Viena que me apremiaban para ser como ellos: tardos, fatuos e ignorantes. Cuando ni siquiera con los más modernos tratamientos pude mantener mi aspecto juvenil, ni siquiera un vago recuerdo de la mujer que fui, decidí protegerme tras mi velo negro y mi sombrilla blanca. Pasé a llamarme condesa de Hohenembs e inicié una vida de travesías y peregrinajes por ciudades que me traían gratos recuerdos, o por balnearios donde dar cobijo a mis cansados huesos. Sí, has descubierto el último truco y añagaza de una mujer anciana, pero eso no te da ninguna ventaja sobre mí. Porque no es sobre la emperatriz sobre quién has venido hablar.

—¿No?

—No. Has venido, hemos venido... a hablar de ti, de quién eres y de lo que eres.

—Solo soy un niño.

Sissi caminó con dificultad hasta una mesita baja, donde cogió un libro. Era “Sobre la Desigualdad de las Razas Humanas” del conde Joseph de Gobineau, más conocido por ambos como Joseph G.

—Ahora solo eres un niño, como este escritor un día solo fue un hombre. —La mujer señaló el nombre del autor del libro y luego lo arrojó al suelo, donde rodó con estrépito antes de detenerse junto a la chimenea—. Joseph G. me dijo que no podías verle.

Adolf respiró hondo.

—Y no puedo. Solo los dementes como tú o como mi padre veis seres imaginarios, demonios de la mente. Yo estoy perfectamente cuerdo.

La emperatriz retrocedió y volvió a sentarse en su sofá con un suspiro de alivio. Sus dientes castañeteaban de frío, aunque en la habitación hacía un calor sofocante.

—Mi primo Luis también los veía. Se enfrentó a ellos hasta su suicidio en 1886. A veces tengo miedo de seguir sus pasos, de perder definitivamente la razón como le pasó a él. Otras veces lo que temo es seguir viva, obligada a observar mi rostro decrepito en el espejo y este cuerpo ruinoso que comienza a fallarme. —De pronto, como si aquel tema hubiese dejado de interesarle, cambió totalmente el rumbo de sus pensamientos y, volviéndose hacia el niño, añadió—: Pero todo eso no importa, lo que cuenta es que sé quién eres.

Adolf juntó las palmas de las manos y luego entrelazó los dedos.

—Suponiendo que tengas razón en lo que dices. Aun suponiendo que sepas quién soy y que eso tenga algún sentido, mi pregunta es qué vas hacer con esa información. ¿Ordenarás a alguno de tus criados que me de muerte? No lo veo muy de tu estilo. Aunque endogámicos y un tanto locos por tanto matrimonio entre primos, en la casa de los Wittelsbach de Baviera sois gente de honor. ¿Mandarías matar a un niño por sospechar lo que es o, peor aún, por la sospecha de lo que pueda ser en un futuro?

La emperatriz negó con la cabeza.

—No me hará falta. Me limitaré a decirle a tu padre lo que pienso que eres y por qué, cuando no puedes ver a Joseph G. ni a ninguno de los demonios de la mente, dibujaste al propio Joseph cogido de tu mano cuando tenías cuatro años.

Los ojos de Adolf se agrandaron de terror. Recordaba la vara de su padre golpeándole una y otra vez en la sala de lectura cuando cometió el error de hacer aquel dibujo. Si aquella bruja le decía a su padre lo que había descubierto, Alois le mataría. Sencillamente, sin dudarlos dos veces. Le estrangularía con sus propias manos antes de que volviera a amanecer. El niño estuvo completamente seguro de ello en el momento en el que oyó la amenaza de la Emperatriz. Si no actuaba, y rápido, sus días (en realidad sus horas) estaban contados.

—¿Estáis realmente decidida a hacer eso? ¿Vais a contarle a mi padre lo que habéis descubierto o lo que creéis que habéis descubierto?

—Sí —respondió la emperatriz—. Hoy le dejaré descansar después del largo viaje que ambos hicisteis desde Austria, pero mañana por la mañana me reuniré con él y le contaré la verdad sobre ti.

Adolf vio en la mirada triste pero decidida de Sissi que decía la verdad. Nada de lo que él dijese, suplicase o adujese serviría para convencerla de dar marcha atrás. La mujer le había vigilado durante meses y había descubierto su secreto. Tenía que salir de allí y moverse rápido para poner en funcionamiento la siguiente parte de su plan.

Porque la Emperatriz solo había cometido un error. Pensar que Adolf terminaría siendo un peligro en el futuro, pero en el presente solo era un mocoso sin fuerza, valor ni recursos. No podía ni siquiera imaginar que el niño encontrase la forma de evitar que Alois y ella se reuniesen. Pero le demostraría que estaba equivocada.

Decidido a derrotar al destino, Adolf hizo una reverencia que en realidad pretendía ser grosera, una forma de mostrar su desprecio humillándose falsamente:

—En ese caso, excelsa dama, si la decisión está tomada, creo que lo mejor es que me retire a dormir yo también como está haciendo mi padre.

La emperatriz movió una mano lánguida como dándole permiso para marchar; con la otra hizo sonar una campanilla que cogió de la misma mesa baja donde estaban sus libros. El sirviente que había traído la misiva a su casa en Leonding le llevó hasta la puerta de la habitación 23, que finalmente se cerró su espalda.

Adolf se quedó quieto, en el pasillo de un hotel de Ginebra, sabiendo que estaba disfrutando de unas horas regaladas, probablemente de los últimos momentos de su vida.

Debía actuar y debía hacerlo ya. El problema era... ¿Cómo?

## 15.

El plan de Adolf Hitler era de una simplicidad absoluta: como él era demasiado pequeño para salvar su propia vida, tendría que hacerlo otro en su lugar. Pero primero debía encontrar a esa persona que pusiera en funcionamiento la rueda de las parcas y del destino. La primera parte de su nuevo plan, era atraer el mayor número de personas interesadas en la Emperatriz al hotel. Entre ellas ya elegiría a su víctima. Aunque, para conseguir eso, debía dar un paso previo.

—Hola, me llamo Joseph y trabajo en el Hotel Beau Rivage. Quería informar a su periódico que... —Una voz al otro lado de la línea percibió que Adolf estaba intentando poner una voz gruesa de adulto.

—Niño, aquí no estamos para bromas —le interrumpió—. Este es un local serio. Si vuelves a intentar hacer una de tus travesuras llamaré a la policía.

Adolf sabía perfectamente que nadie escuchaba a los niños. Por eso había intentado modificar su voz para parecer un hombre más mayor. En su segundo intento fue más inteligente, ya que no tardó en darse cuenta que un niño difícilmente puede hacer pasar su voz por la de un hombre hecho y derecho, pero si por el contrario la vuelve un poco más aguda (en lugar de más grave) puede pasar perfectamente por una mujer:

—Hola, soy la señora Rotschfild —dijo el niño, poniendo el tono más melifluido que le fue posible—. Quería informar de un hecho increíble.

—Sí, dígame —dijo una voz masculina. Naturalmente, Adolf había llamado en esta ocasión a un periódico distinto para evitar que el redactor del primer intento le reconociese.

—Quería informar —dijo Adolf Hitler, alias señora Rotschfild— que en el hotel Beau Rivage se hospeda la emperatriz Isabel Eugenia de Austria Hungría en persona.

Al otro lado de la línea hubo un silencio estupefacto.

—¿Está usted de segura? ¿Es Sissi?

—No le quepa la menor duda, caballero —insistió Adolf—. La conocí en una recepción en Viena hace unos años y, aunque está muy cambiada y lleva un velo para taparse el rostro, estoy completamente segura de que es ella. Aunque ahora se hace llamar condesa de Hohenembs.

Luego de un par de minutos más de conversación y de algunas explicaciones adicionales, Adolf consiguió que, al menos el periodista, se interesase por el asunto y decidiera investigarlo. Le dio las gracias y se despidió poco después.

Y entonces se limitó a tomar asiento en un sofá de la recepción del hotel y esperar. Ni siquiera durmió aquella noche, presa de la excitación, sabedor que, de no tener éxito, sus opciones serían dos: huir de casa a la tierna edad de nueve años o arriesgarse a que su padre le estrangulase con sus propias manos.

Pero, al menos al principio, todo salió a pedir de boca. Aún no había amanecido y el hotel era ya en un hervidero, un lugar donde transitaban constantemente decenas de periodistas con sus libretas y sus lápices en alto, gritando y haciendo preguntas, pasando dinero a hurtadillas a los botones y a las sirvientas, intentando colarse en las habitaciones y protagonizando carreras y discusiones con los miembros de la seguridad del hotel.

Por suerte para la Emperatriz, no se hallaba en ese momento en el hotel, pues había acudido al centro, a una tienda de pasteles a la que era asidua para encargar unos bombones; más tarde fue a una juguetería y se llevó unos caballos de madera antiguos para sus nietos. De regreso al Beau Rivage se encontró al gentío haciendo cola a la entrada y ni siquiera bajó de su cabriolet. Ordenó a un sirviente que fuese a recoger sus cosas y se dirigió al embarcadero del lago, pues tenía pensado coger a la una y cuarenta minutos exactamente un barco en dirección a Montreaux.

Cuando Adolf regresó a la habitación que compartía con su padre, encontró que el hombre estaba todavía en pijama, desperezándose.

—¿Dónde estabas?

—Me desperté pronto y fui a pasear por el hotel. Es un sitio muy bonito.

—No deberías haberlo hecho sin mí. Eres demasiado pequeño. Pero casi mejor. —Alois le mostró una pequeña nota que llevaba en la mano—. Siempre has sido muy lento vistiéndote y si ya estás con tu traje puesto acabaremos antes. Me ha despertado un criado de la condesa con una nueva misiva. Nos espera a las doce y media en el embarcadero de Lemán. Allí por fin conoceré a la Emperatriz.

—Estoy seguro de ello —repuso Adolf, curvando los labios en una expresión extraña.

Cuando bajaron a la recepción, se encontraron el mismo alboroto que Adolf había contemplado desde hacía horas. Alois llevaba prisa y no prestó mucha atención a los periodistas ni a los curiosos que se agolpaban. Cuando supo que la

habitación ya estaba pagada (según lo prometido) se sintió muy contento, porque estaba seguro que aquel hotel era muy caro. Se despidió tocando la punta de su sombrero y salió a la calle, donde alquiló un coche.

—Cómo está de gente el hotel esta mañana —le dijo a Adolf mientras tomaba asiento.

—Creo que hay una convención o algo así —mintió el niño, sin abandonar su mueca curvada en los labios, una mueca de superioridad que nació aquel día y le acompañaría el resto de su existencia.

Porque Adolf no abandonó aquel rictus de satisfacción en todo el camino hasta el embarcadero: estaba pensando en Luis Lucheni.

Luis Lucheni era un tipo cualquiera. Tenía el cabello de color rubio, el pelo cortado casi al rape, un sencillo bigote mal rasurado, barba de dos días, orejas ligeramente de soplillo y un traje viejo y ajado que le venía demasiado largo. Era un pobre cualquiera en una ciudad llena de ricos. Era ese tipo anónimo de sonrisa encantadora que pasa desapercibido aunque esconde una ira incontrolada.

En sus veinticinco años de vida su existencia había sufrido diferentes altibajos. Aunque era hijo de un gran terrateniente, nunca había podido disfrutar de la fortuna de su padre porque era un bastardo y decidieron dejarlo abandonado en un orfanato. Quiso la suerte que una familia de Parma le cuidase durante un tiempo y le diese la oportunidad de estudiar. Resultó ser un alumno brillante que habría acabado convertido en universitario y doctor en leyes, como siempre había sido su sueño. Pero el coste de su manutención y, aún más, de sus estudios, era excesivo, por lo que aquella buena familia de Parma que durante un tiempo lo había cogido, tuvo que renunciar a la adopción y decidió traspasar sus derechos. Su nuevo hogar le condujo a un universo completamente distinto y que él odiaba: el trabajo en una granja. Durante años se dedicó a cuidar ovejas, no pudo continuar con sus estudios y convertirse en un doctor en leyes. Esa oportunidad perdida le obsesionaría hasta el fin de sus días.

Quiso ser soldado, pero la sangre, la destrucción y la locura de los hombres pudo con su resistencia; luego fue camarero y hombre de confianza de un príncipe, pero terminó odiando el gesto de superioridad de su amo, el desprecio con el que le mandaba las tareas más serviles. Su resentimiento y amargura a causa de las oportunidades perdidas fue creciendo.

Vagando por toda Europa, acabó en Suiza. Allí traspasó la frontera del resentimiento y un odio vesánico se instaló en su alma. Un buen día, decidió que estaba destinado a ser un gran hombre y a perdurar en la historia. Si no se le había permitido ser alguien por méritos propios, él obligaría a la historia a recordarle, aunque fuera por sus deméritos. Entre los mendigos y los vagabundos, trabó amistad con los desesperados, y entre los desesperados conoció algunos izquierdistas, y entre los más radicales de los izquierdistas a algunos anarquistas y terroristas. Fueron estos últimos los que, pensaba, se parecían más a él: almas gemelas hartas de los nobles y de sus injusticias. Radicales dispuestos a sacrificar la vida para terminar con esas injusticias que habían empobrecido a todos los ciudadanos de Europa.

Y concibió la loca idea de asesinar al príncipe de Orleans. Por los periódicos supo que iba a visitar Ginebra y se estuvo preparando durante semanas. Quería dar un golpe rápido, porque sabía que los reyes y los príncipes estaban siempre rodeados de una fuerte seguridad. Debía correr, debía abalanzarse, debía golpear con su cuchillo a gran velocidad y asesinar al príncipe antes de que nadie pudiese reaccionar. Hizo ejercicio; corría todos los días infinidad de carreras muy cortas, de menos de veinte metros, y fortaleció sus músculos para ser tan rápido que nadie pudiera frenar su cuchillo en un sprint tan breve como un rayo.

Pero a última hora sucedió una desgracia, algo que cambió sus planes. El príncipe de Orleans tuvo que posponer su visita a Ginebra y el cuchillo de Luis se quedó en su funda, palpitando en su cinturón, ahito de sangre noble.

Quiso el azar que la misma mañana y en el mismo periódico en el que se publicaba que Felipe de Orleans no viajaría a Ginebra, se daba la noticia de que la emperatriz de Austria Hungría se hallaba en la ciudad de visita. Luis acudió al hotel que indicaba la publicación y se mantuvo durante horas en las inmediaciones, aferrando el mango de su cuchillo, tratando de encontrar una oportunidad.

Fue entonces cuando vio al niño.

—Me gustan tus ojos —le dijo el mocoso—. Escupen fuego.

Luis Lucheni alejó al niño de un empujón.

—Aparta. Estoy con un asunto de mayores y no quiero que nadie me moleste.

El muchacho no le gustaba. Si sus ojos eran de fuego, los del niño también, y su boca estaba curvada en una sonrisa extraña, que daba miedo.

—Es esa mujer que llega en el coche de caballos —le indicó el niño—. La del velo negro y el abanico de flores y la sombrilla blanca. Te hablo de la vieja flaca.

El terrorista siguió con la mirada el cabriolet que acababa de detenerse. Un criado bajaba en ese momento del pescante y se dirigía al hotel con una nota en las manos.

—¿De qué me hablas? ¿Qué pasa con esa mujer, niño?

—Ella es la Emperatriz. Va de incógnito. Si eres listo y sigues sus movimientos, descubrirás que no te miento y tendrás la oportunidad que andas buscando.

Antes de que Luis Lucheni pudiera responder al mocoso, este ya se alejaba hacia el otro lado de la calle. Le vio hablando con otros mendigos, con curiosos, con anarquistas, algunos de los cuales exhibían pancartas contra la realeza. El niño se acercó a varios de ellos y les susurró cosas al oído. Unos negaban con la cabeza, otros asentían con excitación. Alguien estaba sembrando la semilla. Adolf Hitler no sabía si alguno realmente sería capaz de hacerlo. Ignoraba que su semilla ya había fructificado.

Luis no pudo asesinar a Sissi delante del hotel. Demasiada gente, demasiados sirvientes, maletas, gentío y voces. Además, el coche partió de inmediato. Por suerte pudo oír que la anciana daba orden de marchar al embarcadero de Lemán, que tan solo estaba a medio kilómetro del hotel.

Y allí esperó Luis durante una hora hasta que volvió a ver a la anciana paseando por la calle. Un sirviente llegó

entonces a la carrera.

—El señor Hitler pasará a verla a la hora indicada, Emperatriz —dijo el hombre, inclinando la cabeza.

—Muy bien, pero ya sabes que debes llamarme condesa de Hohenembs —objetó la mujer, con un tono de reprobación en la voz. La anciana miró en derredor, preocupada, pero no reparó en el vagabundo apoyado en una barandilla. Estaba buscando periodistas y aquel hombre no parecía nadie de importancia.

Luis Lucheni le haría pagar el no haberse fijado en la única persona importante que había en el embarcadero: el propio Luis.

Sissí prosiguió entonces su paseo. Le acompañaba una dama vestida completamente de blanco: se trataba de su acompañante habitual, la duquesa Irma de Sztáray. Una mujer joven que tal vez podría haber detenido a Luis en otras circunstancias, cuando menos haberse interpuesto en su ataque. Pero el entrenamiento riguroso al que se había sometido el terrorista le sirvió para abalanzarse sobre Isabel Eugenia y clavarle su estilete a la altura del corazón. La mujer cayó de espaldas cuan larga era.

—¡Mi señora! —chilló Irma inclinándose hacia la Emperatriz.

Varios transeúntes que circulaban por el embarcadero acudieron en su ayuda. Otros prendieron al asesino mientras el resto ayudaba a incorporarse a Isabel Eugenia. Para sorpresa de todos, ella recompuso sus vestiduras y dijo:

—Muchas gracias, caballeros. Pero ya ven que me encuentro perfectamente. Solo ha sido un susto.

—¿Y el cuchillo? —objetó la duquesa de Sztáray.

—Creo que no llegó ni siquiera a clavarlo —explicó la Emperatriz—. Tal vez solo quisiera robarme alguna joya. No importa. Vayamos hacia el barco. Espero una visita importante y no quiero más retrasos.

La policía se llevó a Luis Lucheni, acusado en aquel momento de intento de asesinato en la persona de la condesa de Hohenembs. Mientras, en una cómoda y lujosa embarcación de pasajeros, sentadas en unos sofás de terciopelo, las dos damas aguardaron la llegada de Alois Hitler y su hijo. Sissí preguntó por dos veces la hora. Aunque aún faltaban diez minutos para las doce y media (la hora pactada para la reunión), la Emperatriz parecía tener prisa.

—Espero que llegue pronto —le dijo a su dama de compañía.

—¿Por qué es tan importante esa reunión? Incluso añadiría... ¿Por qué es tan importante ese hombre para usted?

—No me importa ese hombre, me importa su hijo. Tengo que decirle a Alois que...

La emperatriz se llevó una mano al pecho. Suspiró. Luego añadió:

—Tengo que decirle la verdad sobre su hijo y el dibujo. Joseph G. y... Los demonios...

Luego la emperatriz permaneció en silencio por un par de minutos, como si le costase respirar, tanto más hablar. Volvió a pedirle la hora a Irma y finalmente se incorporó.

—Tal vez sea el destino, querida Irma. Tal vez ese muchacho sea demasiado poderoso para poder frenarlo y ahora ya sea tarde —dijo, mirando por la ventana cómo Alois Hitler atravesaba junto a Adolf la pasarela del barco camino de los camarotes de primera clase.

Entonces Sissí cayó de rodillas sobre la madera de la embarcación y luego se desplomó, quedando en posición fetal. Llamaron al médico del barco, que no tardó en dictaminar la defunción. Incluso un galeno avezado como él, tardó un buen rato en encontrar el diminuto agujero del punzón en el vestido de la mujer. Su asesino le había clavado una hoja finísima hasta el fondo, atravesando su corazón. La Emperatriz, cansada de la vida, supo desde el primer momento que era una herida mortal, pero disimuló el alcance del ataque de Lucheni. Por el contrario, presa de un terrible dolor, continuó camino hasta el barco de pasajeros como si tal cosa. Solo quería vivir el tiempo suficiente para poder entrevistarse con Alois y decirle la verdad.

Pero no le fue posible.

Durante las horas y los días siguientes, Alois Hitler estuvo anonadado por lo sucedido. Y no solo por la muerte de su amada Sissí sino porque ahora sabía que no fue capaz de reconocerla disfrazada de condesa de Hohenembs, tras los velos y las sombrillas que ocultaban su ancianidad y decrepitud física. La duquesa Irma le hizo un resumen de las pocas palabras que había intercambiado con su señora poco antes de que esta perdiese el conocimiento, aunque no le supo explicar por qué era tan importante para ella la conversación que debía tener con Alois, ni qué pretendía explicarle acerca de su hijo.

—Al final desvariaba —le confesó la duquesa—. Hablaba de demonios y de un tal Joseph que no conozco.

Aquellas explicaciones incompletas bastaron, sin embargo, para que, durante el viaje de vuelta, el padre no le quitase la vista de encima a Adolf.

Las sospechas habían regresado. Tal vez debiera coger su vara y subirlo a una silla como cuando tenía cuatro años, para que le revelase todo lo que sabía acerca de los demonios de la mente. Porque todo aquel asunto giraba en torno a los demonios de la mente, ¿no? Aunque la Emperatriz había dicho el nombre de Joseph, pero no el de Adolf. Aun así, tenía que ser algo relacionado con Adolf y los demonios. O tal vez se trataba de alguna otra cosa. Ahora, Alois nunca lo sabría, y esa duda le carcomía.

Y había otra cosa que todavía le preocupaba más: ¿Por qué una mujer tan importante como la Emperatriz había empeñado los últimos momentos de su vida en tratar de explicarle aquel secreto? Sin duda se trataba de algo importante. La cuestión era: ¿lo bastante importante para matar a su propio hijo?

Eso, aún tenía que decidirlo.

## 16.

Cuando regresaron a casa, Adolf fue testigo de un cambio sutil y ominoso en el carácter de su padre. Ya no le perseguía por los pasillos, ya no saltaba de la silla para asomarse a la ventana y contemplarle alejándose camino del colegio, ya no parecía estar obsesionado por él. Luego de la muerte de la Emperatriz y de los extraños sucesos que rodearon aquella desgracia, Alois se limitaba a mirarle de reojo, casi como si temiera mirarle directamente a los ojos. A veces, luego de haberle echado un vistazo, murmuraba algo entre dientes, como si estuviera elucubrando alguna cosa terrible.

Y eso es lo que más preocupaba a Adolf Hitler. Lo lógico hubiese sido que Alois le hubiese interrogado hasta la saciedad acerca de lo que sabía de lo sucedido en Ginebra. Poco importaba que no supiera nada. La duquesa de Sztáray había dejado muy claro que las últimas palabras de Sissi fueron para el hijo pequeño de Alois. Parecía que aquel asunto era capital para la mujer, aún en el trance de la muerte. Su padre se alejó con la duquesa y hablaron más de diez minutos mientras la policía llegaba al barco de pasajeros y levantaban el cadáver. Adolf estaba convencido que, por más que no pudiera saber que su hijo estaba implicado en el asesinato, lo llevaría de vuelta al hotel y le daría una paliza memorable intentando sonsacarle el menor detalle acerca del magnicidio de la Emperatriz o de los demonios de la mente.

Pero Alois no hizo nada de esto. Se sorprendió mucho, por supuesto, de que la condesa de Hohenembs fuese en realidad la Emperatriz Sissi, de que la belleza de aquella mujer se hubiese marchitado hasta convertirla en un remedo de sí misma. Lloró en silencio por aquella a la que idolatraba, pero a Adolf no le dijo ni le hizo nada. Ni siquiera le ordenó volver a vestirse como un colegial de vuelta a Austria Hungría. Le dejó hacer todo el camino de vuelta con su traje de dandy, como si no le importase que pareciese un petimetre estirado. Como si ya nada le importase.

Alois se mostraba hosco, introvertido, no prestaba mucha atención, murmuraba palabras para sí mismo.

A última hora, cuando estaban a punto ya de llegar a Leonding, Adolf comprendió que su padre sopesaba la decisión de asesinarle.

No podía probar que su hijo que era un monstruo. No podía probar que dentro de él estuviesen los malditos demonios de la mente. No podía probar que estuviese implicado en el asesinato de la Emperatriz. No podía saber de qué quería hablarle aquella mujer cuando le pidió que se reunieran en el vapor de pasajeros en el lago de Lemán. Solo sabía que su hijo era malvado, de la mismísima piel del demonio, habitasen o no en él los malditos “demonios” de la mente.

Así pues, Adolf se vio obligado a preparar otro plan, uno distinto, uno que le salvase la vida por segunda vez. Se hallaba en el fondo en la misma situación que semanas atrás, cuando comenzó a percibir que la condesa de Hohenembs le seguía, aunque ahora su enemigo fuese distinto. Porque su padre no sería un enemigo tan fácil de derrotar. Un noble siempre tiene rivales, gente que quiere verle muerto.

¿Pero a quién encontraría dispuesto a asesinar al bueno de Alois? Alois Junior, por supuesto, podía ser manipulado para hacerlo. Pero aún no había cumplido los dieciséis años y él mismo ni siquiera tenía los diez. Demasiado jóvenes ambos. No, tendría que encontrar una solución aún más imaginativa que en el caso de la Emperatriz Isabel. Tendría que encontrar la manera de eliminar para siempre el estigma de los demonios de la mente y así poder seguir actuando de forma impune.

Por suerte, el carácter de Adolf había evolucionado. Si en el pasado había sido un niño introvertido, que hablaba poco con sus compañeros de clase porque no le importaban en absoluto ni sus historias ni sus vidas, con el tiempo había aprendido a disimularlo. Ahora era todo un manipulador, como había demostrado con Luis Lucheni, que por entonces estaba siendo juzgado por el magnicidio perpetrado en Ginebra y condenado a cadena perpetua.

Adolf estaba leyendo en el periódico la noticia de la condena del anarquista mientras sus amigos jugaban a policías y ladrones en un claro del bosque bañado por el Danubio. Desde hacía un tiempo, marchaba todos los días con sus compañeros de clase a jugar en aquella arboleda. Los imbéciles de sus amigos no le gustaban, pero un manipulador no es nada sin gente a la que manipular, y Adolf se había convertido en un consumado actor. Todos estaban convencidos que eran su mejor amigo y aquel grupo, formado por siete muchachos, le idolatraba. Jugaban a las batallas, intentaban reproducir escenas de la guerra franco prusiana, que fascinaba a Adolf. Una semana atrás había encontrado una historia ilustrada de aquella guerra en la librería de su padre y la había devorado en apenas un par de días. No en vano, Adolf era un pangermanista, amaba todavía más a la nueva Alemania que a su propio país y soñaba con la unión de ambos en una Gran Alemania. Por ello, él siempre asumía el papel del mariscal prusiano Von Moltke y, ayudado por un par de sus amigos, se enfrentaba al resto, que representaban al ejército galo del Rin de Napoleón III.

—El ejército francés ha retrocedido hacia Metz —gritaba en ese momento Adolf, mientras armaba con piedras y

palos a sus huestes para la próxima batalla de Gravelotte.

Todos los días jugaban hasta que Napoleón III se rendía, flanqueado y humillado por la brillante maniobra de Adolf, alias Von Moltke.

—¡Mañana incendiaremos París! —gritaba siempre al acabar la jornada, feliz de una nueva y resonante victoria que repetiría al día siguiente.

Una victoria, por cierto, que en la vida real condujo a que la confederación alemana del Norte, que agrupaba diversos estados germánicos, terminase de convertirse en una Alemania unida y Guillermo I en su emperador.

Tal vez por eso al pequeño Hitler le gustaba tanto repetir aquella batalla hasta la saciedad, aquel sitio, aquella campaña, porque había forjado el inicio de la Alemania del futuro, el primer Reich que prefiguraría el segundo y el tercer Reich del porvenir.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Adolf a su hermano Edmund cuando lo vio detrás de una roca, espiando sus juegos.

El pequeño Edmund tenía seis años y la salud bastante débil. A menudo estaba en cama, pero cuando era capaz de levantarse se dedicaba a imitar al único niño mayor que él que había en casa: Adolf Hitler. Edmund amaba a Adolf por encima de todas las cosas. Leía como él las novelas del oeste de Karl May y estaba intentando también hacer lo mismo con la historia de la guerra franco prusiana, pero era todavía demasiado pequeño para entender las implicaciones políticas y estratégicas. Por ello ardía en deseos de que su hermano le explicase los fragmentos más complicados, o que le dejase participar en las batallas con sus amigos. Pero nunca había tenido el valor de preguntárselo, de pedirselo, porque le idolatraba hasta tal punto que sentía verdadero pavor a que le rechazase.

—Solo miraba lo que hacías con tus amigos —dijo Edmund—. Me aburría en casa.

Adolf se mesó la barbilla. Rara vez hablaba con el muchacho, que le importaba bien poco. Él fue siempre hombre de mujeres. Hablaba a menudo con su tía Johanna, con su madre o con su hermana Ángela, y sobre todo con algunas de sus primas o con las sirvientas. Pero los hombres siempre le aburrieron. Solo hablaba con Alois Junior, por interés, porque tenía planes para él en el futuro. Y solo tenía relaciones con sus amigos, a pesar de considerarlos casi unos retrasados mentales, porque la relación con las personas normales le permitía aprender cómo manipular a los inferiores. De niño había comprendido que, si uno se concentra demasiado en sí mismo, termina por no ser capaz de relacionarse de la gente común. Y la gente común es mayoría. Por ello, cuando hay que manipular a un grupo de personas, inevitablemente la mayoría serán tipos comunes, es decir, unos completos idiotas. Comprender a los idiotas es decisivo por tanto para ser alguien en la vida.

Pero Edmund era un buen muchacho por el que sentía un vago aprecio y ningún interés. Al menos hasta aquel momento.

—Tal vez podrías jugar un día con nosotros —le ofreció Adolf.

A Edmund se le abrieron los ojos como platos

—¿De verdad?

—Sí, por supuesto. Eres mi hermano; mis amigos te aceptarán en el grupo si yo lo digo.

Los siguientes días fueron los mejores de la vida de Edmund. Su hermano Adolf, que era su ideal, se pasaba el día a su lado, no solo explicándole los pormenores de la guerra franco prusiana sino también los detalles menos conocidos de otro de los temas de moda en aquellos días: la guerra de los Boers. Se trataba de un nuevo conflicto que acababa de estallar entre Inglaterra y colonos germanos de origen neerlandés. Llevaban años luchando en Sudáfrica y las batallas más famosas estaban en boca de todos y también en los periódicos. La Primera Guerra Anglo-Bóer le fue explicada por su maravilloso hermano con diagramas y esquemas. Al poco, comenzó a jugar con los amigos de Adolf, tal y como este le había prometido. En una ocasión, su hermano le dejó ser el comandante en jefe de las fuerzas prusianas, el gran estratega Von Moltke. Edmund acabó subido a los hombros de su amado Adolf, desfilando por las calles de París, victorioso y jaleado por la multitud.

Edmund creía que su hermano era el mejor hermano del mundo. Y durante dos semanas realmente lo fue. Sin embargo, una mañana Adolf le pidió un pequeño favor a cambio de todo cuanto estaba haciendo por él. Una cosa diminuta en realidad, aunque fuese algo que Edmund siempre había guardado en secreto.

—Quiero que esta noche le pidas a padre que te arrope. Cuando venga a darte las buenas noches, quiero que le cojas de la mano y le enseñes a tus amigos.

Edmund se quedó por un momento sin habla. Trago saliva y finalmente dijo:

—Tengo miedo de lo que piense. Nunca se lo he enseñado a nadie y...

—¿Confías en mí?

Adolf había tocado el punto flaco de Edmund. El niño asintió vehementemente.

—Claro que sí.

—Entonces haz lo que te pido. Como un favor. Ya verás lo maravilloso que acabará siendo todo.

Aunque el pequeño tenía dudas acerca de que aquello pudiese acabar siendo realmente “algo maravilloso” hizo lo que su hermano le pedía. Después de comer, dijo que le dolía la barriguita y le pidió a su padre que le arropase durante la siesta. Alois, de mala gana, acompañó al pequeño a su habitación y, luego de ayudarlo a ponerse el pijama, le cubrió con las sábanas. Ya no era el monstruo de antaño y procuraba comportarse de una forma mínimamente digna con sus hijos. Lo cierto es que le costaba, porque seguía siendo una mala persona, por mucho que intentase librarse de los demonios y de todas esas zarandajas. Pero intentaba ser una versión mejorada de sí mismo, que es mucho más de lo que se puede decir de la mayoría de los hombres.

—¿Ya estás un poco mejor? —inquirió Alois, alisando las sábanas en torno al cuerpecito de Edmund.

El niño, en lugar de responder, cogió de la mano de su padre y señaló a la pared de la habitación, a la derecha, junto a la ventana.

—El de la barba se llama Piotr K. El de las patillas largas es Thomas H.



Alois se quedó de piedra al ver a los demonios de la mente contemplándole con gesto triste. Se quedó tan sorprendido que no pudo moverse ni apartar la mano de su hijo. Estaba petrificado. Thomas H. se acercó hacia Alois y dijo:

—No intentes comprender lo que pasa. Es demasiado tarde para que entiendas que...

Alois soltó un alarido y Adolf entró a la carrera en la habitación. Zarandéo a su padre, que gritaba fuera de sí.

—¡Padre, que le sucede!

Pero el alarido de Alois se hizo todavía más fuerte, porque en ese momento vio al tercer demonio de la mente, a Joseph G., con su bigote y perilla de estilo francés. Su viejo adversario le contemplaba con desprecio al lado de los otros dos demonios.

—Qué se puede esperar de un imbécil —dijo Joseph, en tono despectivo—. Pues que haga una imbecilidad tras otra como nuestro Alois.

Y entonces Alois huyó de la habitación a la carrera. Adolf y Edmund se quedaron a solas. El pequeño miraba a su hermano temblando de miedo. No había resultado para nada algo maravilloso. Edmund se preguntó si acaso habría hecho alguna cosa mal. Sin duda era culpa suya. Adolf nunca se equivocaba.

—No te preocupes —le dijo entonces su hermano, tratando de tranquilizarle—. Todo ha salido bien. Todo ha salido como yo pensaba. En unos pocos días lo entenderás.

Pero el pobre Edmund no tuvo ocasión de entender nada. Enfermó gravemente al día siguiente y en menos de una semana había muerto de un ataque agudo de sarampión. Adolf espió a hurtadillas los movimientos de su padre que, tal y como él había previsto, se acercó a las pocas horas de la escena con los demonios de la mente, al cofre indio que tenía encima de la chimenea. De un receptáculo secreto extrajo el frasco de veneno que le había dado su tío Nepomuk.

—La Emperatriz me avisó, quiso avisarme del peligro que representaba mi hijo pequeño. No se refería a Adolf, claro, ahora lo entiendo —murmuraba mientras ponía unas gotitas en el vaso de leche matutino de Edmund—. Se refería a mi hijo “pequeño”, al más pequeño de todos, a Edmund. Es él quien está maldito, el que siempre ha estado maldito y en contacto con los demonios.

Alois asesinó a su hijo de una forma muy similar a la que utilizara para matar a Gregor Mendel. Un médico amigo suyo, compañero de borracheras, confundió las escarificaciones y señales en la piel que dejó el veneno, con las manchas blancas que aparecen al principio del sarampión. La bronquitis, el dolor de garganta y el muscular, también encajaban. Naturalmente, también encajaban con un envenenamiento, pero eso no se le pasó a nadie por la cabeza.

Porque nadie pensó ni siquiera en la posibilidad de que aquello fuera un crimen.

Y Alois quedó impune de su cuarto asesinato. Sería el último.

El día del entierro del pequeño, Adolf sintió la mano poderosa de su padre en el hombro. Alois tenía el semblante deformado por la pena más sincera (matar a su hijo era lo más duro que había hecho en su vida). De forma increíble, le pidió perdón a Adolf:

—Durante mucho tiempo he desconfiado de ti. Creí que no eras todo lo bueno que aparentabas. He sido demasiado duro contigo y en absoluto lo buen padre que mereces. Pero eso va a cambiar. Voy a ayudarte en todos los asuntos de tu vida y veré con mis propios ojos cómo te conviertes en un alto mando del servicio imperial de aduanas. Te voy a ver ascender a un puesto aún mayor que el mío. Te lo mereces.

Adolf, con su sonrisa torcida de superioridad cruzándole el rostro, se preguntó cómo aquel hombre podía ser tan imbécil. Bueno, al fin y al cabo, su madre María se lo había dicho desde niño, también Joseph G. y el resto de demonios de la mente. Aquel hombre era un imbécil redomado. Mientras fue un hombre malvado y un asesino sin moral o un maltratador... su imbecilidad había sido soportable a ojos de Adolf. Pero ahora solo era un imbécil y ya no tenía ni la excusa de la maldad para serlo.

—Siempre has sido un buen padre para mí y te admiro profundamente —dijo Adolf, esforzándose por no estallar en carcajadas. Fue tanto su esfuerzo por no echarse a reír, que se mordió los labios hasta casi hacerse sangre, y una lágrima se escapó bajo una de sus pestañas.

—Pobre Edmund —dijo su padre, malinterpretando como siempre los pensamientos y emociones del niño—. Pero créeme cuando te digo que esto ha sido lo mejor para él. Los demonios... —Alois interrumpió, no quería hablar con Adolf de los demonios, solo quería olvidarse de ellos para siempre. Ahora que los había eliminado de forma definitiva de su stirpe, solo quería olvidarse de aquellos monstruos—. Bueno, solo quería decir que ahora Edmund está en un lugar mejor.

Klara, que lloraba desconsolada junto al féretro de su hijo, se levantó y tomó la cabeza de Adolf entre sus manos, besándole ambas mejillas.

—Sí. Está en un lugar mejor. A la derecha de nuestro señor, jugando con los ángeles.

Adolf tuvo que hacer un esfuerzo todavía mayor para no carcajearse. Le temblaban los carrillos y se tuvo que morder los labios de nuevo. Dos gruesas lágrimas le corrieron por las mejillas.

Klara le abrazó y Alois, emocionado y comido por la culpa, lo hizo también, quedando los tres entrelazados y llorosos junto al cadáver del niño.

—Oh, Adolf —susurró Klara al oído de su único hijo varón superviviente—. ¡Eres un muchacho tan dulce y tan bondadoso!

# **TERCERA PARTE**

ENTELEQUIA

*Nada me entristecía tanto  
en los agitados años de mi juventud  
como la idea de haber nacido en una época  
que parecía erigir sus templos de gloria  
sólo para comerciantes y funcionarios.*

**(Adolf Hitler, Mein Kampf)**

## 17.

—Deberías echarle tierra en los ojos a Friedrich —le susurró Adolf a su amigo—. Sería divertido ver la reacción de ese imbécil.

Franz se volvió hacia Adolf y parpadeó un par de veces. Luego sonrió.

—Sí, sería divertido.

Finalmente, casi como un autómata de feria, Franz avanzó en el patio de recreo hasta el grupo de los empollones, que encabezaba Friedrich y otros alumnos de matrícula de honor. Luego se inclinó hacia el suelo, recogió un poco de tierra y la arrojó a los ojos del muchacho.

Un minuto después, ya se había formado un alboroto considerable. Los profesores Edward Huemer y Leonard Potschl habían acudido a la carrera para socorrer a Friedrich, que se retorció en el suelo, medio ciego.

—Solo ha sido un poco de tierra. No es para tanto en realidad. No es nada —dijo Adolf torciendo su media sonrisa socarrona.

—Solo ha sido un poco de tierra. No es para tanto en realidad. No es nada —dijo Franz.

Leonard, el tutor de ambos niños en la escuela real de Leonding, se acercó hasta los dos muchachos y los reprendió:

—Yo decidiré qué es importante y qué no lo es. Qué es una travesura y qué es una falta muy grave. De momento, os vais a quedar después de clase copiando el capítulo tres de las Catalinarias.

Edward Huemer, el otro profesor, objetó que le parecía poco castigo por aquel ataque gratuito contra el pequeño Friedrich, que era de una conocida familia con contactos en Linz. Pero el doctor Postchl le contestó que, después de todo, solo eran unos críos de doce años. Que había que tener más manga ancha con aquellos asuntos.

Mientras Adolf y Franz acudían, vitoreados por una multitud de niños crueles, hacia su clase para copiar la obra cumbre de Salustio, los dos profesores se quedaron discutiendo un buen rato sobre el castigo exacto que debían recibir los niños. Huemer no tenía en alta estima a Hitler. Lo consideraba un peligro para la escuela. Un muchacho manipulador y malvado que odiaba la disciplina y que susurraba en voz baja, en los oídos de los débiles, nuevas formas de violar esa disciplina. Era una mala persona y una mala influencia, a su juicio. Leonard, por su parte, veía a un joven dominado por la pasión, como él mismo a su edad, un muchacho con talento para el dibujo y para las artes, al que le costaba ceñirse a las normas de la masa. Además, ambos tenían otra cosa en común que les hacía sentirse cercanos. Su amor por la patria alemana.

—Tal vez podría hacer un trabajo sobre el canciller de hierro en lugar de copiar las Catalinarias —se ofreció Hitler cuando el maestro regresó a la clase.

Leonard se echó a reír.

—Buen intento. Pero eso no sería un castigo. Sé bien que te encanta la figura de Bismarck, el gran militar, el gran estadista que ha convertido a Alemania en una potencia mundial. Dejarte hacer un trabajo sobre él no sería un castigo sino un premio.

—En cualquier caso, fue una pena que el kaiser Guillermo II prescindiera del canciller de hierro, de su mano derecha.

—Los emperadores tienen sus razones, y a nosotros los mortales se nos escapan.

Adolf pensó en la emperatriz Sissí, caída en el suelo de madera del vapor del lago Lemán. Y sonrió. Pero esta vez no con su sonrisa cínica ladeada, sino con una enorme y ancha sonrisa en su rostro.

—Vuelve a las Catalinarias —le aconsejó entonces su tutor—. Esto es un castigo. No quiero verte sonreír como si lo estuvieses pasando de maravilla. Quiero que seas consciente de que has cometido un error.

Sin embargo, pasados diez minutos, Leonard permitió que Adolf hiciera el trabajo sobre Bismarck. Aquel muchacho era su debilidad.

Por la tarde, algo después que el resto de sus compañeros, Adolf y Franz regresaron a sus respectivas casas. Franz no tardó en llegar porque residía en Linz, donde estaba la escuela real. Pero Hitler, como siempre, tuvo que caminar una hora hasta su casa en Leonding. Mientras avanzaba por los caminos polvorientos que rodeaban la ciudad, volvió a pensar en la Emperatriz, en cómo le vigilaba embutida en el disfraz de condesa de Hohenembs. Pero ahora ya no podía hacerle daño ni revelar a nadie el secreto que había descubierto acerca de él. Ni siquiera una Emperatriz había podido derrotarle. Desde entonces, Adolf se creía invencible. Pensaba que estaba tocado por la varita mágica de los dioses y que era un elegido. Aunque todavía no tenía claro para qué.

Al llegar a casa, se encontró a Alois sentado en el salón. A su lado estaban Johanna y Klara, cabizbajas. Era evidente que habían llegado las notas. Como Adolf sabía que aquella escena tenía que llegar tarde o temprano, estaba preparado:

—¿Y bien? —inquirió, en un tono desafiante.

Lo cierto es que el haber manipulado a su padre para matar a Edmund, unido a la muerte de la Emperatriz, le habían hecho ganar una confianza todavía mayor en sus capacidades. Ahora era un ser pagado de sí mismo, que se creía capaz de conseguir cualquier cosa de los demás, y que estaba dispuesto a eliminar a cualquiera que fuera un obstáculo.

—Quiero hablar de tus notas —le dijo Alois.

—Hablemos, pues.

—Has suspendido historia natural y matemáticas.

—No me interesan ni la historia natural ni las matemáticas. Por eso la suspendo.

Alois se quedó boquiabierto. Johanna y Klara se miraron espantadas. Nadie esperaba aquella actitud de Adolf. Lo cierto es que estaba muy raro desde hacía unos meses, desde que entrara en la escuela real. Mientras todavía daba clases en Leonding y estuvo rodeado de su círculo de amigos habituales, su comportamiento no varió. Pero al pasar a Linz perdió aquel grupo de incondicionales, aquellos muchachos con los que jugaba en el bosque de las afueras y que le daban una cierta estabilidad a su carácter, por lo demás volátil. Porque en la gran Linz, los niños con los que se codeaba tenían más dinero que Alois y mejor cuna. Muchos se reían de Adolf al principio y por eso sus travesuras se habían multiplicado. Solo conseguía ser popular a través del mal comportamiento, y eso había estimulado su vena sádica natural y su tendencia a la manipulación. Su nuevo círculo estaba formado por muchachos maleables y brutos, de un nivel cultural muy inferior a él, a los que ordenaba cometer pequeñas diabluras que poco a poco se iban haciendo más grandes. Su carácter, entretanto, se había vuelto aún más prepotente. Aunque siempre había contestado a sus mayores y se había valido de rabietas para conseguir lo que quería de su madre, de su tía y hasta de sus hermanos mayores, últimamente se atrevía a plantarle cara a Alois.

—Así que esas tenemos —dijo su padre. Alargó una mano y tomó una botella de coñac que estaba sobre la mesa. Lo vertió en un vaso de cerveza hasta la mitad y se lo bebió de un trago.

—Solo digo, respetuosamente, padre, que ciertas asignaturas me interesan menos que otras y mi nivel por tanto se resiente. —El discurso de Adolf había cambiado de pronto, ya no resultaba tan amenazante, pero contenía un deje irónico que ni siquiera Alois, aún medio borracho, pudo obviar.

—Me parece que te crees muy listo, muchacho, pero el mundo no está hecho para los que van de listos como tú. Si no eres capaz de sacar buenas notas, te sacaré de la escuela real de Linz y tendrás que hacer el examen de ingreso en el servicio de aduanas. Desde los puestos más bajos si es preciso, pero entrarás a trabajar y dejarás los estudios.

—Me parece una buena idea eso de dejar los estudios. Porque yo quiero ser artista. —En realidad, Adolf no tenía la menor idea de lo que quería ser de mayor, pero en el contexto de aquella conversación le pareció la respuesta más hiriente. Porque su padre detestaba a los artistas, a los que consideraba parias, gente que no ofrecían ningún beneficio real a la sociedad. A menos que se dedicaran al Canto Gregoriano, disciplina que amaba tanto o más que a sus abejas.

—Vuelves a llevarme la contraria por nada, solo por el placer de llevarme la contraria, como cuando discutimos el otro día por el asunto de Schönerer.

Schönerer era un nacionalista pan-alemán y antisemita que defendía la unión de Austria y Alemania en un solo estado. El día anterior habían estado precisamente discutiendo sobre ese asunto. Porque Alois era un nacionalista austrohúngaro. Defendía la necesidad de un emperador austriaco y no deseaba en absoluto una unión con Alemania. Hitler, por el contrario, opinaba como Schönerer que, al fin y al cabo, los austríacos hablaban la misma lengua que el resto de los germánicos. Por tanto, su destino era formar una única patria germánica que doblegaría a Europa entera bajo su dominio.

—No discutimos, padre, solo tenemos opiniones diferentes.

—¡Tú opinarás lo que yo quiera que opines! —chilló Alois, que había perdido las ganas de seguir conversando de forma civilizada— ¡Y estudiarás lo que yo quiera que estudies! ¡Y trabajarás donde yo quiera que trabajes!: En el servicio imperial de aduanas.

—Si me obligas... te mataré o, todavía mejor, haré que alguien te mate —dijo Adolf en voz tan baja que nadie pudo escuchar sus palabras. Su madre, que era la que estaba más cerca, acaso pudo intuir algunas sílabas de lo que acababa de pronunciar su pequeño Adolf:

—¿Qué has dicho, hijo? —terció la mujer.

Pero Adolf no respondió y, dándose la vuelta, se marchó del salón de la casa. Klara se volvió hacia su marido y añadió:

—Y lo bueno y dulce que era solo apenas unos meses atrás.

—Es la adolescencia —opinó Johanna—. Muchos niños son rebeldes a su edad y luchan por hacer su santa voluntad. Alois acercó de nuevo la mano a la botella de coñac y llenó su vaso largo hasta al borde.

—Pues ese muchacho no hará su santa voluntad. Hará lo que yo diga a menos que quiera meterse en un problema.

## 18.

Lo que había comenzado por ser una frase al azar sin mayor valor, casi solo una forma de irritar a su padre, había terminado por convertirse en realidad: Adolf quería ser un artista. Bueno, lo que quería ser exactamente era pintor. Día y noche, tanto en clase como en la pequeña cocina donde Klara siempre estaba haciendo galletas o cualquier otra tarea del hogar, podía verse a Adolf encorvado sobre una cuartilla en blanco haciendo el bosquejo de un paisaje.

Por fin, Adolf Hitler tenía una vocación.

—Maldito muchacho —murmuraba Alois cada vez que pasaba por delante de la cocina camino de su sala de lectura o del salón. Para quitarle de la cabeza aquella idea loca de convertirse en artista, Alois organizó con la ayuda de sus antiguos compañeros en el servicio de aduanas, una visita guiada a la central de Linz. El padre sabía que a Adolf le encantaba aquella ciudad y esperaba que ello le animase a trabajar allí. Pero se equivocó. Adolf amaba de Linz las dos catedrales, la vieja y la nueva, la hermosa Iglesia de Martín Lutero y la Casa de Mozart. Pero odiaba los viejos edificios gubernamentales, los lugares donde los hombres serviles trabajaban como esclavos al servicio de la nación. De hecho, odiaba el concepto de funcionariado, que consideraba una forma de degradación de la especie. Aquella forma de pensar exasperaba especialmente a Alois, que se había pasado la vida trabajando para alcanzar un buen puesto en un lugar que su hijo parecía despreciar de forma visceral.

—Esto es una jaula —dijo Adolf, señalando las mesas dispuestas en hileras, los ábacos de los contables, las interminables carpetas con informes, la sensación de ahogo de aquel local infinito que solo sabía de ordenaciones y organigramas, precisamente esas ordenaciones y organigramas que tanto había amado Alois.

—No sabes lo que dices.

—Sé perfectamente lo que digo. Esto es una jaula forjada por y para el Estado de Austria Hungría, una prisión sin barrotes para hombres que no quieren saber que son presos y no quieren ver esos barrotes.

La frase de su hijo era demasiado sutil para Alois, pero podía entender de forma somera lo que significaba y levantó la mano derecha para abofetearle. Sin embargo, estaba rodeado de compañeros y, en el último momento, modificó la trayectoria de su mano para acariciar el cabello de Adolf.

—Cuando lleguemos a casa —le susurró impostando una mueca de camaradería que fue lo único que vieron sus compañeros —te voy a enseñar lo que es bueno. Hace mucho que no te enseñé mi vara de sauce, pero creo que estás deseando volver a verla.

—Prefiero tu vara a ser un esclavo en un lugar como este —le devolvió el susurro Adolf, imitando su mueca de amor fraterno.

—Vas a ser funcionario de aduanas.

—Voy a ser artista.

—Sobre mi cadáver.

Adolf asintió. “Sobre tu cadáver será”, pensó. Aunque no lo expresó en voz alta, por supuesto. Pero bastaba con el asentimiento. Sobre su cadáver sería sino quedaba más remedio.

Por la tarde, obligado de nuevo a vestir con un pantalón corto y una camisa de niño pequeño, iba Adolf caminando por las calles de Leonding. Avanzaba lentamente, arrastrando las piernas, que llevaba enrojecidas a causa de los golpes que su padre le había propinado con su famosa vara, que había rescatado del fondo del armario. Iba de camino de una carpintería, a ver a un joven de veintiún años con el que no tenía contacto desde hacía seis meses, pero que le constaba que estaba esperando su visita.

Le encontró tallando a favor de la veta un intrincado diseño geométrico para el cabezal de una cama de matrimonio.

—Hola —dijo Adolf, mirando al muchacho fijamente.

Pero ya no estaba frente a un muchacho. Era ya todo un hombre, que levantó la vista de su trabajo, dejó las herramientas sobre la mesa y se incorporó para colocarse a la altura de su interlocutor. Le sacaba una cabeza y media de altura; y pesaba casi el doble de kilos, porque Adolf era muy delgado. Se trataba de un joven fornido que respiraba fatigosamente, pero no a causa del cansancio sino de la emoción. Sabía perfectamente por qué habían venido a visitarle.

—¿Es el momento? ¿Ya llegó la hora?

—Sí. Solo me preguntaba si estás preparado.

Alois Junior miró a su hermano y, de pronto, su respiración dejó de ser un jadeo. Se normalizó. Ya no era un niño. Era un hombre que había guardado en su corazón un odio infinito hacia el monstruo que asesinó a su madre delante de

sus ojos cuando él tenía cuatro años.

—Estoy preparado. Solo dime cuándo y le mataré con mis propias manos.

Alois Junior le mostró a Adolf sus manos callosas y enormes de trabajador de la madera. Unas manos capaces de estrangular en menos de un minuto a un hombre anciano, cercano ya a los setenta años: alguien como su padre.

—No será necesaria la fuerza bruta, querido hermano. He pensado en algo mucho más sutil y a la vez mucho más divertido. Ya verás que, cuando te lo explique, te parece algo maravilloso.

Eran las mismas palabras que había utilizado para convencer a Edmund de ayudarlo en su plan tiempo atrás. Creerle le había valido la muerte. Pero esta vez era verdad: iba a ser algo maravilloso. Al menos para Adolf y Alois Junior.

Aunque no para el padre de ambos.

## 19.

Un viejo estaba sentado en la última mesa de la taberna de la fonda Wiesinger. Era uno de sus locales habituales. El viejo era un tipo de costumbres y comenzaba su rutina a primera hora de la tarde, luego de visitar su granja de colmenas. Aquella rutina era ni más ni menos que un concienzudo tránsito por los diferentes bares de la ciudad de Leonding, que acababa en aquella fonda, un lugar oscuro y retirado donde dormirar antes de volver a casa. Su jornada de bebedor y alcohólico habitual, la comenzaba en compañía de sus amigos, pero según avanzaba la tarde, el grupo iba disminuyendo hasta quedar él sólo. Nadie tenía más aguante que aquel viejo, que ese recalcitrante borracho y fumador empedernido que llevaba tantos años con aquella rutina que nada ni nadie podía superarle ni alejarle de ella.

Pero precisamente por ser un animal de costumbres, su amor a la rutina y las repeticiones, terminaría siendo su perdición. Porque otra de sus manías era beber la primera copa de la botella de un trago. Le gustaba el embate terrible de un vaso entero de alcohol contra los sentidos. El estupor, la sensación de que te arden las entrañas, un puñetazo en el plexo solar y a la vez en medio del cerebro. Aquel primer vaso era el mejor y Alois siempre comenzaba (y a veces terminaba) las botellas de la misma forma.

Al llegar aquella tarde a la fonda Wiesinger, pidió una botella de coñac y se sentó al fondo, como de costumbre, en su sofá preferido. No vio, por supuesto, a Alois Junior hacerle una seña al dueño del bar y susurrarle: “le llevo yo la bebida a mi padre”. Tampoco vio como su hijo servía un generoso trago de coñac en un vaso y luego lo rellenaba con un líquido de una redoma. Colocándose a su lado, puso el vaso en la mesa y al lado la botella. Alois engulló aquel delicioso primer trago sin ni siquiera mirar al joven, al que confundió con un camarero. Luego de aquella sensación que tanto amaba, de ese puñetazo en el cerebro, en pleno rostro, de aquel primer vaso de coñac penetrando y embotando sus sentidos... Luego de aquella sensación que tanto amaba, se volvió hacia el camarero, preguntándose qué demonios hacía todavía allí parado, de pie, aquel estúpido. Pero en lugar del camarero, se encontró el rostro crispado, en tensión, de su hijo mayor.

—¿Qué haces tú aquí?

Alois Junior tomó asiento delante de su enemigo. Se sentó pesadamente, como si aguantara una carga terrible que le impidiese moverse con ligereza. Parecía triste y a la vez consumido por una emoción intensa.

—Es curioso lo que un niño es capaz de recordar. De los primeros años de mi vida guardo una memoria muy fragmentaria, querido padre —Alois Junior dijo “querido padre” con un tono extraño, que no era irónico. Era... otra cosa—. Recuerdo una vez que me meé en la cama de Ángela una noche que pasé con ella porque tenía miedo de los fantasmas. Aunque tal vez fuera de ti, que eres el peor de los espectros que he conocido en esta vida. Recuerdo también, un tiempo antes, estar en mi cuna y verte a ti a lo lejos, volviendo tambaleándote de alguna borrachera con tus amigos imaginarios en la sala de lectura, aunque no sé si este recuerdo es real o compuesto con retazos de experiencias posteriores. Pero recuerdo sobre todo la conversación que tuviste con mi madre, la dulce Fanny, el día que ella murió. Yo te pregunté si el doctor iba curar a mi mami y tú te echaste a reír. Te acercaste a la cama y le dijiste que le habías contagiado la tuberculosis con unos rollitos de manzana que habías recubierto con el esputo de una tísica moribunda. Le dijiste que te daba asco, que te había dado asco desde el primer día en que metiste tu polla en su cavidad hedionda de criada, de sirvienta. Acabaste tu monólogo de hijo de la gran puta asegurándole que una persona como ella, una criada jode-vidas, estaba mejor muerta.

—Yo, yo... —Por primera vez en su vida, Alois no supo qué decir.

—Pero luego fuiste más allá —prosiguió Alois Junior—. Le aseguraste que me ibas a matar a golpes y la emprendiste a puñetazos conmigo hasta que quedé inconsciente. No recuerdo nada más, por supuesto, hasta de que me desperté y me informaste de que mi querida mamá había muerto. No me mataste a palizas, por desgracia para ti, de lo contrario no estaríamos ahora hablando. Pero tal vez deberías haberlo hecho. Sí, deberías haber sido fiel a tu promesa y así no tendrías que enfrentarte a la situación presente.

Alois tragó saliva. Sacó fuerzas de flaqueza y al final supo qué debía decir. Había cambiado. Ya no era aquel hombre dominado por los demonios de la mente. Era verdad que había cometido muchos errores y había llegado el momento de pedir perdón a su hijo. Pedirle perdón de verdad, de rodillas si era necesario. Decirle cuánto sentía la infancia y el mal ejemplo que le dio. Porque aquel era el momento de rendir cuentas con el pasado y de reconocer que fue un mal hombre, que llevaba mucho tiempo penando sus errores, sintiéndose culpable.

Sí. Eso le diría a Alois Junior. Y muchas cosas más. No pararía hasta limpiar su alma de pecador.



El viejo ogro fue a abrir la boca, pero de forma inexplicable, esta no se movió. No fue una incapacidad mental, como al principio de la conversación con su hijo. No es que tuviera dudas. Sencillamente, estaba paralizado. No podía mover la cabeza, ni las manos, ni los pies... Por supuesto, tampoco la lengua. Así que solo pudo emitir un sonido gutural.

—Te he llenado la copa con la ponzoña de tu tío Nepomuk, el veneno que tenías en ese cofre indio encima de la chimenea. El mismo veneno, estoy seguro, con el que has asesinado más de una vez. Pero en lugar de una pequeña dosis te he dado prácticamente todo el botellín. Eres tan bruto que te lo has bebido de golpe con tu coñac, sin notar el sabor. Así que no morirás poco a poco por fallo renal, ni tendrás manchas en la piel que puedan confundirse con otra enfermedad. Se trata de un envenenamiento masivo y la parálisis el primer síntoma. En unos minutos quedarás inconsciente. No hay tiempo que perder, así que me despido deseándote una agónica muerte. Me quedaría más rato a insultarte, pero ya tendré tiempo de ir a bailar sobre tu tumba en unos días. Espero que te pudras en el infierno.

Alois Junior se levantó, todavía un tanto tembloroso y envarado por la emoción. Abandonó su silla de golpe que casi cayó sobre el enlosado. Una mano la detuvo y le hizo un gesto al joven carpintero, que abandonó a buen paso el local, casi como si le persiguiera la sombra del acto que acababa de cometer. Por más que Alois se lo mereciese, no dejaba de ser su padre y acababa de asesinarlo.

—Bueno, aquí acaba esta parte de la historia —le dijo al moribundo un segundo interlocutor, aquel que había detenido durante su caída la silla de Alois Junior. Se trataba, por supuesto, de Adolf Hitler, que tomó asiento sonriendo de forma cínica y se echó atrás en el respaldo. Llevaba su mejor traje de tweed, una gorra con mucha clase y la pajarita negra que le había regalado su tía Johanna. Parecía mayor que los trece años que realmente había cumplido.

—Ahhh... —gimió Alois, incapaz de decir nada más, sintiendo que algo le quemaba por dentro y le dejaba sin aire que respirar, sin fuerzas ni siquiera para emitir algún sonido afónico, como si se estuviese deshaciendo desde el interior.

—No te esfuerces, imbécil. No vale la pena. Ya estás muerto. Sin embargo, en una doble deferencia que no te mereces, voy a despedirme de ti con unas palabras de ánimo y una explicación. —Adolf acentuó su sonrisa y ladeó la cabeza, como acostumbraba—. Quiero que sepas, en primer lugar, que mataste a tu hijo Edmund por nada. Él tenía en su interior el mismo estigma de locura y de perversidad que hay en tu corazón. Bueno, no el mismo exactamente. Habitaban en él dos de los demonios de la mente: Piotr K. y Thomas H. Pero no el tercero, el más terrible de todos, aquel que tú tanto temes... Joseph G.

«Supongo que te preguntarás por qué viste también a Joseph si no habitaba al pobre Edmund. Eso es sencillo. Cuando te pusiste a gritar como loco, entré a toda prisa en la habitación y te zarandeé. Entré en contacto con tu cuerpo y te permití ver a Joseph G. Yo no le veo, ni tengo contacto externo de ningún tipo con él, yo no soy un pobre loco como tú o como, de haber crecido, habría sido el pobre Edmund. Yo tengo a lo que tu llamas un “demonio de la mente” en mi interior, está conmigo a todas horas, cogido de la mano como en aquel dibujo que hice con cuatro años y que me costó la primera paliza con tu maldita vara de torturador. Él está mi lado, me da consejos sobre cómo manipular a los demás, sobre cómo engañarlos, sobre cómo ser mejor hasta llegar un día a gobernar el maldito universo. Él y yo somos uno.

«Si no fueses un idiota habrías sabido hace tiempo lo que son los demonios de la mente. No son demonios, no son entidades paranormales, no son fantasmas, no son diablos venidos del inframundo para darte consejos, buenos o malos. Cada época tiene unas ideas que están en el aire: son fruto de pensadores, filósofos, de idealistas en muchos casos... Estas ideas terminan calando en el subconsciente colectivo y nos impelen a realizar actos buenos o malos dependiendo de la moral de la época. Thomas H. o Thomas Huxley y los darwinistas y sus teorías de la evolución. Piotr K. o Piotr Kropotkin y su pensamiento de izquierda cercano al anarquismo. Joseph G. o Joseph Gobineau y sus postulados acerca de la superioridad del hombre blanco sobre las razas inferiores. A eso se refería la emperatriz Isabel cuando te enseñó los libros. Esos seres no son reales y solo se hacen reales en los dementes como ella o como tú o incluso como el pequeño Edmund. Esos seres son solo ideas y luego los hombres, según su condición, toman unas u otras. De niño te sentiste atraído por los ideales de ultra izquierda de Piotr K. y lo considerabas un amigo. ¿Quién no ha sido un idealista alguna vez? Poco a poco, te acercaste al pensamiento de Thomas H., mucho más realista. Pero según te hiciste mayor abrazaste las ideas racistas de Gobineau, al que llamas Joseph G. Esas ideas de desprecio a los demás, no solo de las razas, sino también de las mujeres y de todos los que uno quiera, a su voluntad, considerar inferiores. Porque estas ideas terribles te convirtieron en aún peor persona de lo que ya eras y terminaste siendo un asesino, un tipo despiadado, un maltratador, un violador, cosas a las que ya estabas inclinado de forma natural. El pensamiento de Joseph G. fue tu justificación.

«Yo, desde mi nacimiento, me he sentido seducido única y exclusivamente por Joseph. No he pasado por una fase de idealismo, ni por una fase más realista, propia de la madurez. Aunque sigo siendo un niño, he alcanzado sin intermediarios la fase final de tu propia evolución, porque siempre he despreciado de forma natural a los racialmente inferiores, a los débiles, y creo en un mundo gobernado por la superioridad de la raza y de la sangre germánica. Por ello, tan solo Joseph G. estaba mi interior, aunque, como ya te dicho antes, yo no lo veo caminando alrededor de la habitación y dándome consejos. Yo no estoy loco. Solo soy lo que tú o los ciudadanos bien pensantes de Austria Hungría llamarían una mala persona. No hay más.

Adolf se levantó. Su padre estaba al borde del colapso y le miraba con los ojos inyectados en sangre, mientras el veneno le oprimía las arterias. Temblaba y estaba a punto de desmayarse. Antes de que le hiciera, Adolf añadió:

—Ah, se me olvidaba. También fui responsable de la muerte de tu amada emperatriz Sissi. Pero al contrario que tú, jamás me manché las manos. Prefiero manipular a los demás y que sean ellos los que se las manchen por mí. Fue una solución desesperada, pero encontré, entre la multitud agolpada en aquel hotel de Ginebra, a alguien dispuesto a asesinarla en nombre de los valores de Piotr K., del anarquismo y de la revolución de las masas, de la igualdad de los pueblos y todas esas tonterías. Fíjate qué curioso, el asesino de tu emperatriz, ese tal Luis Lucheni, seguramente tenía sus propios demonios de la mente, pero la figura maligna, aquella que le impulsó a realizar actos asesinos, no era Joseph G. sino el dulce Piotr. Tal vez ahora, en este momento de revelación, comprendas por fin qué son los demonios de la mente. Son instrumentos en nuestras manos. Como un cuchillo, pueden untar una rebanada de pan o cortar un

pescuezo. Solo depende de qué queramos hacer con esas ideas que bullen en nuestra cabeza.

«Y quiero que lo entiendas porque es necesario para alcanzar la última parte de mi explicación, aquello que quería contarte la “hermosa” Sissí, esa vieja arrugada y entrometida que una vez fue la más bella, pero que en sus últimos años solo era una anciana intrigante y un poco loca. Justo lo que eres tú. Tal vez por eso la admirabas. Sin embargo, he de reconocer que no era ninguna idiota, porque ella comprendió algo que Joseph G. me lleva diciendo al oído desde niño. ¿Quieres saber lo que es?

Alois comenzó a perder la verticalidad y a inclinarse sobre la mesa. Adolf puso una mano en su hombro y detuvo su caída como había hecho un rato antes con la silla.

—Mi secreto, eso que quería revelarte la vieja loca es... que yo soy, o más bien seré en el futuro, un demonio de la mente. Joseph Gobineau una vez estuvo vivo, al igual que Thomas Huxley, que murió hace solo unos años. Piotr Kropotkin, por su parte, ni siquiera está muerto. Joseph hace tiempo que me susurra al oído que los demonios de la mente son entidades intemporales en teoría, pero temporales de facto. Los hombres de nuestro tiempo leen a Darwin, leen a Freud, a Gobineau, a Huxley, a Kropotkin y a muchos más. A partir de sus ideas y pensamientos se forjan las obsesiones de los pensadores de nuestra época. Sin embargo, poco a poco, todos quedan en el olvido. Salvo unos pocos elegidos que trascienden su época.

«Yo seré uno de los demonios de la mente más poderosos del porvenir. Yo trascenderé todas las épocas. Mi vida está empezando, no sé a dónde me va a conducir, pero Joseph me ha dicho que en el futuro aquellos hombres que quieran obrar desde la maldad, desde el desprecio a los demás, desde el racismo, desde el etnocentrismo, desde la supremacía blanca, germánica y aria, me tendrán a mí como a su modelo, como a su demonio de la mente. Adolf Hitler será inmortal, y aquellos símbolos que me pertenezcan y yo haga míos, las generaciones futuras los tendrán como símbolos de la maldad más pura y absoluta. Si tomara como símbolo una cruz blanca sobre un fondo rojo, por poner un ejemplo, los jóvenes del futuro, aquellos dominados por la violencia y la barbarie más abyectas, tendrán mis fotos y mis banderas como recordatorio. Yo seguiré vivo para ellos, susurrándoles desde dentro de sus cabezas las enseñanzas propias de un demonio de la mente.

Adolf se inclinó sobre su padre, que babeaba en un último estertor de muerte, y le dijo:

—Es de mí de quien tendrías que haber tenido miedo, no de Joseph G., maldito idiota.

El muchacho empujó hacia atrás a su padre y su cabeza se quedó apoyada contra la pared. Curiosamente, la taberna de la fonda Wiesinger tenía un mobiliario de primera calidad y toda aquella conversación había tenido lugar con Alois sentado en un sofá Biedermeier, un mueble que había marcado buena parte de su vida y que ahora sería testigo de su final.

Adolf se marchó, mirando de reojo al idiota, que lentamente se desplomaba de lado en dirección al suelo, que alcanzó con un golpe sordo pocos segundos después. El camarero, que estaba en la barra, despertó de su letargo y vio tan solo que uno de sus clientes estaba caído sobre las baldosas. Pronto se encontraron a su alrededor una docena de transeúntes y de clientes recién llegados, que rodeaban al moribundo, al que, por lo visto, le había dado un colapso que todos atribuyeron al exceso de coñac, o a un infarto, o a ambas cosas. Llamaron a un médico, y poco después comprendieron que debían llamar también a un cura para que le diese la extremaunción.

Pero ambos llegaron demasiado tarde. Alois Hitler falleció a las seis en punto del día 3 de enero de 1903.

## 20.

—¡Estoy harto de la escuela real de Linz!

El día que Adolf Hitler cumplía los catorce años, entró en su casa después de su habitual hora de caminata desde Linz a Leonding, y expresó en voz alta cuánto le asqueaba aquel colegio lleno de señoritos que le miraban por encima del hombro. Por encima del hombro a él, que había hecho asesinar a su Emperatriz, que había mandado envenenar a su propio padre, que había sacrificado a su hermano Edmund para salir indemne de las trampas del destino. Por supuesto, todo esto no le expresaba en voz alta, pero no por ello dejaba de sentirse sorprendido de que aquellos mequetrefes, aquellos necios serviles que en realidad no aspiraban más que a convertirse un día en recaudadores superiores del servicio imperial de aduanas (o algún otro cargo pomposo similar), se atrevieran a poner en duda su superioridad mental y hasta ética. Existía aún cierto pequeño grupo de inadaptados que le respetaban, a los que Adolf dominaba y forzaba a hacer travesuras, pero el paso del tiempo había acabado hastiando a sus compañeros y hasta a los profesores que más le defendían, como Leonard Postchl. Ya no era popular en casi ningún círculo.

No, Adolf Hitler estaba de más en la escuela real de Linz. Así que volvió expresarlo en voz alta:

—¡Estoy harto de la escuela real de Linz!

Klara acudió a su encuentro y le ayudó a quitarse su chaqueta de dandy. Johanna fue tras ella y le ayudó a quitarse las botas. Ángela le estaba preparando un refresco. La doncella le estaba planchando una ropa más cómoda para estar por casa.

—He decidido cambiar de escuela. A partir de ahora estudiaré en la escuela real de Steyr.

—¡Pero esa ciudad queda a muchos kilómetros de aquí, hijo! Tendrás que alquilar una habitación en una pensión y vivir tú solo la mayor parte del año. No sé si podría soportarlo.

Su madre pronunció aquella frase tan rápido que parecía un borbotón de agua manando de una cascada. Lo había dicho nerviosa, como temiendo haber comprendido lo que había dicho su hijo y al mismo tiempo no queriendo comprenderlo.

—He tomado una decisión. Debo hacerme un hombre. Tengo edad de vivir nuevas experiencias.

Lo cierto es que Adolf estaba muy a gusto en aquella casa. Un lugar donde era el rey, un lugar donde era el emperador y gobernaba a sus súbditos con mano de hierro, pero sin necesidad de alzar una vara de sauce como había hecho el bruto de su padre. Él los controlaba con amor, los controlaba con cariño, con sonrisas, con lisonjas y con alguna rabieta ocasional cuando no conseguía lo que quería. Él era (o quería pensar que era) un monarca benevolente, no un maltratador.

Pero monarca, al fin y al cabo.

—Mi decisión está tomada. No hace falta hablar más de este asunto.

Johanna le puso unas zapatillas acolchadas. Su doncella le ayudó a vestirse y Ángela le trajo el refresco. El señor de la casa se sentó en el sofá Biedermeier, el sofá preferido de su padre, que había hecho trasladar desde la sala de lectura al salón tras la muerte del monstruo. Solo él podía sentarse en aquel lugar, e incluso tenía un puf para apoyar los pies. También una mesita baja donde colocar sus libros o algún refresco ocasional como el que acababan de traerle.

—Va a venir de visita Alois —dijo entonces Johanna.

Desde el momento en que Alois padre había desaparecido, Adolf prohibió volver a referirse al hijo como Alois Junior. Solo había un Alois y era su hermano mayor. Ningún otro Alois había jamás existido y si había, pese a todo, que nombrarle, prefería que le llamaran sencillamente el monstruo o el idiota. Como refrendando esta reflexión, Adolf cogió un periódico que guardaba desde hacía meses y consultaba a menudo. Era del día posterior a la muerte de su padre. Se trataba del Tagespost, que había hecho un extenso artículo necrológico alabando la honorable vida de Alois Hitler, un alto cargo del servicio imperial de aduanas, el “amigo del canto” como se le llamaba por su afición al canto gregoriano y a financiar grupos corales como los del convento benedictino de Lambach. Una vida útil al servicio de la comunidad que el azar había convertido en demasiado breve. Adolf río y rompió el periódico en pedazos. Luego los arrojó al suelo y contempló indiferente cómo los recogían entre la doncella y Johanna.

—¿Necesitas algo más? —dijo su tía, mientras guardaba el último trozo de diario y se incorporaba con esfuerzo, ya que, aparte de jorobada, tenía dolores en los huesos y problemas de movilidad.

—No necesito nada de momento. Gracias.

Adolf estiró una mano y acarició graciosamente el cabello de su tía. Ella sonrió y se marchó satisfecha de poder ser

útil a un muchacho como su sobrino, alguien maravilloso que un día sería un gran artista. Alguien que sería recordado por la sociedad: de eso estaba segura.

La doncella siguió a Johanna hacia la cocina para continuar con las tareas del hogar.

Ángela ya había abandonado el salón luego de servirle su refresco y estaba preparándose para ir al trabajo. Adolf, desde su trono Biedermeier, contempló todos aquellos movimientos de sus súbditos y le placieron. Todos se comportaban tal y como él había previsto y deseaba que hicieran. Mientras fuera así, solo habría caricias y sonrisas, nunca rabietas. Pero... ¡ay de quien le desobedeciera o le contrariara! Esa persona sabría que no solo podía ser benevolente. También podía convertirse en alguien airado si la situación lo requería. O manipular a un tercero para que le castigase en su nombre.

—Te veo pensativo esta tarde —dijo entonces Klara, que era la única que se había quedado con él en el salón.

—Yo siempre estoy pensativo, madre. Siempre tengo cosas en la cabeza, pero hoy no más que otros días.

Klara asintió e iba a retirarse también cuando Adolf prosiguió:

—Voy a intentar por última vez conseguir un certificado de estudios en la escuela real de Steyr. Pero, si te soy sincero, no tengo demasiada confianza en ello.

—¿No?

—No, madre. Mucho me temo que en breve tiempo dejaré los estudios y me dedicaré exclusivamente al arte. Tal vez vaya a una escuela especializada en dibujo. Todavía no lo tengo decidido. De momento, eso sí, voy a seguir intentando conseguir, al menos, llegar a los exámenes de acceso a la Universidad. Pero ya te digo que probablemente no termine esos estudios. Creo que los profesores y sus normas no están hechos para mí.

Adolf quería ser el único, el mimado del grupo, el macho alfa. Cuando no conseguía ser el centro de atención, se sentía totalmente desplazado. Por ello, había escogido una ciudad de segunda, lo bastante alejada como para que aquel chico con libertad de movimientos, habitación propia, sin supervisión de sus padres y seguro de sí mismo, pudiera impresionar a sus compañeros de clase. Pero si no conseguía ser el chico más popular de la escuela, si no conseguía dominarlos y manipularlos a todos, incluidos los profesores, probablemente tendría que abandonar Steyr y buscar nuevos caminos.

Para Adolf la vida era simple: o todo o nada. Y ese sería su axioma el resto de su existencia.

—Como tú quieras, Adolf, confío en ti y en tu criterio —dijo Klara.

—Por supuesto, madre —Adolf alargó la mano y la acarició el antebrazo con la misma magnificencia y prodigalidad con que había acariciado la cabeza de Johanna—. Ya puedes retirarte si quieres.

Klara así lo hizo y dejó a su hijo a solas, sentado en el sofá Biedermeier, tomando un último sorbo de su refresco. Atardecía y Alois no tardaría en llegar. Adolf se despidió satisfecho de sí mismo y de sus logros en la vida, de todo cuanto había conseguido y de todo cuanto soñaba conseguir. Estaba algo cansado y tal vez le viniera bien una siestecita. Se quitó las zapatillas, se estiró sobre el sofá, colocando un cojín muy mullido bajo su cabeza. Sonrió con su, ya habitual, mueca torcida y se durmió plácidamente, como un bendito.

El emperador Adolf Hitler se merecía un descanso. Después de todo, aún le quedaban muchas experiencias que vivir, muchos reinos que gobernar, muchos súbditos a los que manipular. Solo era el principio de su historia y debía coger fuerzas para lo que se avecinaba.

Porque él, naturalmente, no podía saberlo: pero se avecinaban tiempos terribles.

—Duerme, mi niño. Duerme, mi dulce demonio de la mente.

Joseph G., al otro lado de la estancia, sonreía componiendo la misma mueca torcida que el pequeño Adolf. Incluyó la cabeza en señal de respeto hacia aquel nuevo demonio de la mente que sería aún más grande que él mismo y se puso su sombrero hongo. Era hora de decir adiós. Su aprendiz ya no le necesitaba. El resto de su vida seguiría susurrándole frases al oído, aconsejándole qué hacer ante esta o aquella situación. Pero Adolf era ya un demonio con suficiente poder en sí mismo para prescindir hasta de los consejos de Joseph G.

—Es el momento de volar solo, pequeño Adolf. Es el momento de volar.

Joseph Gobineau y su racismo de salón estaban ya obsoletos, era el turno de forjar un nuevo racismo pangermanista y ario de la mano de Adolf Hitler. Con él nacería una nueva época de odio, de asesinatos y de guerras mundiales.

—Ah, estáis aquí, queridos amigos.

Piotr K. y Thomas H. esperaban en el umbral de la vivienda de los Hitler. Atravesaron los tres juntos, como buenos espectros, la madera de la puerta y salieron a la calle, al trasiego de las gentes de la ciudad de Leonding. Alois Junior estaba llegando a la casa familiar tras su jornada de trabajo en la carpintería.

La vida de los Hitler seguía su curso.

—¿Y ahora? —inquirió Piotr K.

—Ahora es el momento de desaparecer —le informó Joseph—. Llegan nuevos mitos que tomarán nuestro lugar.

—Hitler, pero también Himmler, Lenin, Trotski —terció Thomas—. Y más tarde el Che Guevara, Ludwig von Mises o Margaret Thatcher. Unos más conocidos que otros para la gente de la calle, pero todos profundamente enraizados en el inconsciente colectivo. La lista es y será siempre interminable.

Joseph asintió y le dio la razón.

—Y es bueno que así sea. Mientras el mundo exista, existirán los demonios de la mente.

—Pero Hitler solo habrá uno —dijo Piotr—. El más grande y a la vez el más terrible de todos nosotros.

—Por eso precisamente es bueno que solo haya uno —opinó Joseph, poniéndose a andar. Los otros le siguieron—. No creo que el mundo soportase la existencia de más de un Hitler.

Los tres demonios de la mente se echaron a reír y avanzaron entre la multitud, perdiéndose entre las aceras empedradas de Leonding.

Cuando llegaron al final de la calle, el mundo ya les había olvidado.



---

## SAGA EL JOVEN HITLER

---

La novela que acabas de terminar puede leerse de forma independiente, si bien forma parte de la Saga de **“El Joven Hitler”**, formada por 5 novelas, todas ellas autoconclusivas pero con un mismo hilo conductor para poderlas seguir de forma consecutiva si así se quiere:

- 1-EL PEQUEÑO ADOLF Y LOS DEMONIOS DE LA MENTE
- 2-HITLER ADOLESCENTE 1889-1903
- 3-HITLER, VAGABUNDO Y SOLDADO EN LA GRAN GUERRA 1904-1918
- 4-HITLER Y EL NACIMIENTO PARTIDO NAZI 1918- 1923
- 5-HITLER 5, LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, AÑO 1939

Casi todos los libros de Cosnava son gratuitos.

Pero el autor debe poner algún libro de pago para poder ganarse su sustento y poder seguir creando historias.

Por ello, siempre que puedas y tu economía te lo permita, compra un libro del autor.

De esta forma, la rueda sigue girando...

GRACIAS

## **Nota del autor**

### *Licencias literarias*

En el cuarto libro de la saga, **HITLER Y EL NACIMIENTO PARTIDO NAZI (1919-1923)** encontrareis al finalizar un pequeña nota histórica explicando las licencias de cada novela, el porqué de la aparición de tal o cual personaje, y será resuelta cualquier duda general que podáis tener sobre la saga.

De forma más pormenorizada explico cada licencia la historia de Hitler en el ensayo **100 COSAS QUE NO SABÍAS SOBRE HITLER Y EL TERCER REICH**, también disponible en formato digital. Además, el libro incluye una extensa galería fotográfica de Hitler y su entorno desde antes de su nacimiento hasta que cumple 34 años.

Esta saga que ahora estás leyendo, la de **EL JOVEN HITLER**, sirve de antesala a la historia novelada de la segunda guerra mundial, que también estoy escribiendo, y está protagonizada tanto por Hitler como por un oficial alemán llamado Otto Weillern. Por ello, la familia Weillern aparecerá brevemente durante esta saga previa, para introducir sucesos posteriores en la vida de estos personajes.

Eso sí, hay una cosa que muchos lectores de novela histórica no tienen en cuenta y es fundamental. No importa el detalle sino el fondo de la cuestión. Hace años me leí una novela histórica situada en el antiguo Egipto en que los trajes, las descripciones y los monumentos eran exactos históricamente. Eso sí, había un asesinato y, al final, el asesino oculto entre las sombras era el faraón en persona. Es decir, alguien que era un Dios en vida y que podía señalar a mil personas y asesinarlas solo porque le apetecía y sin dar explicaciones a nadie, montaba un plan retorcido para que no se supiese que había matado a un trabajador cualquiera al que podría haber mandado matar sin más. Este es un ejemplo de muy mala novela histórica, en la que los personajes no se comportan de forma coherente con las costumbres y la época.

Hay muchos lectores de novela histórica, como decía más arriba, que creen que una novela histórica debe ser exacta en vestidos o detalles triviales y luego no les extraña que los personajes se comporten de forma extemporánea, pensando y obrando cosas incompatibles con su época histórica.

En esta saga hay varias licencias históricas, la mayoría causadas por la necesidad de recortar (solo nombrando familiares de Hitler que le visitaron de niño o compañeros de colegio o de la primera guerra mundial, se podrían llenar capítulos enteros). Pero yo he tratado de ser fiel con lo que fue Hitler, con su personalidad e idiosincrasia. Y sobre todo con el hecho de que se ha convertido en El Diablo para nuestra sociedad, en la encarnación del mal absoluto:

O si preferís... en el más grande y perverso de los demonios de la mente.



**Sigue a Javier Cosnava en facebook o twitter**

Twitter: @cosnava

Facebook: Cosnava

Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más ¡!!

---

## TAMBIÉN EN EBOOK

---

### LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

#### La novela

- A la venta en ebook, pero además en papel en España y próximamente en Latinoamérica

**El Joven Hitler**

y

**La Segunda Guerra Mundial, la novela**

Ambas en edición de lujo:

tapa dura con subrecubierta y guardas con mapas de época

VIVE LA GUERRA MÁS MORTAL DE LA HISTORIA A TRAVÉS DE LOS OJOS DE HITLER Y DE UN JOVEN OFICIAL DE LAS SS

JAVIER COSNAVA, (Hospitalet de Llobregat, 1971) es un escritor y guionista residente en Oviedo

Ha publicado en papel 7 novelas como escritor en editoriales tan prestigiosas como Dolmen o Suma de Letras; 6 novelas gráficas como guionista; 2 ensayos sobre política y marketing editorial; y ha colaborado en 9 antologías de relatos: 7 como escritor y 2 como guionista.

Ha ganado hasta el presente 36 premios literarios, algunos de prestigio como el Ciudad de Palma 2012, el Serra i Moret de la Generalitat de Catalunya o el Haxtur a la mejor novela gráfica publicada en España.

Sigue a Javier Cosnava en facebook o twitter

Twitter: @cosnava

Facebook: Cosnava

ii Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más !!

## RETIRADA PARCIAL DE LA LITERATURA

He de anunciar que por razones personales me retiro parcialmente de la literatura.

Mi hijo de 14 meses tiene una rara enfermedad llamada mastocitosis. Una vez terminados los proyectos que estaban en marcha voy a dedicarme en exclusiva al bebé y no tendré pues horario de trabajo y solo escribiré cuando mi hijo duerma o en ratos libres. Lo que implica por fuerza que durante unos años mis libros publicados serán menos de lo habitual.

Ello no retrasará la finalización ni de los libros de “España, la novela” ni de “La Segunda Guerra Mundial”, que seguirán su camino en las fechas estimadas, aunque con ayuda de terceras personas.

Esperando su comprensión, me despido.

GRACIAS DE TODO CORAZÓN